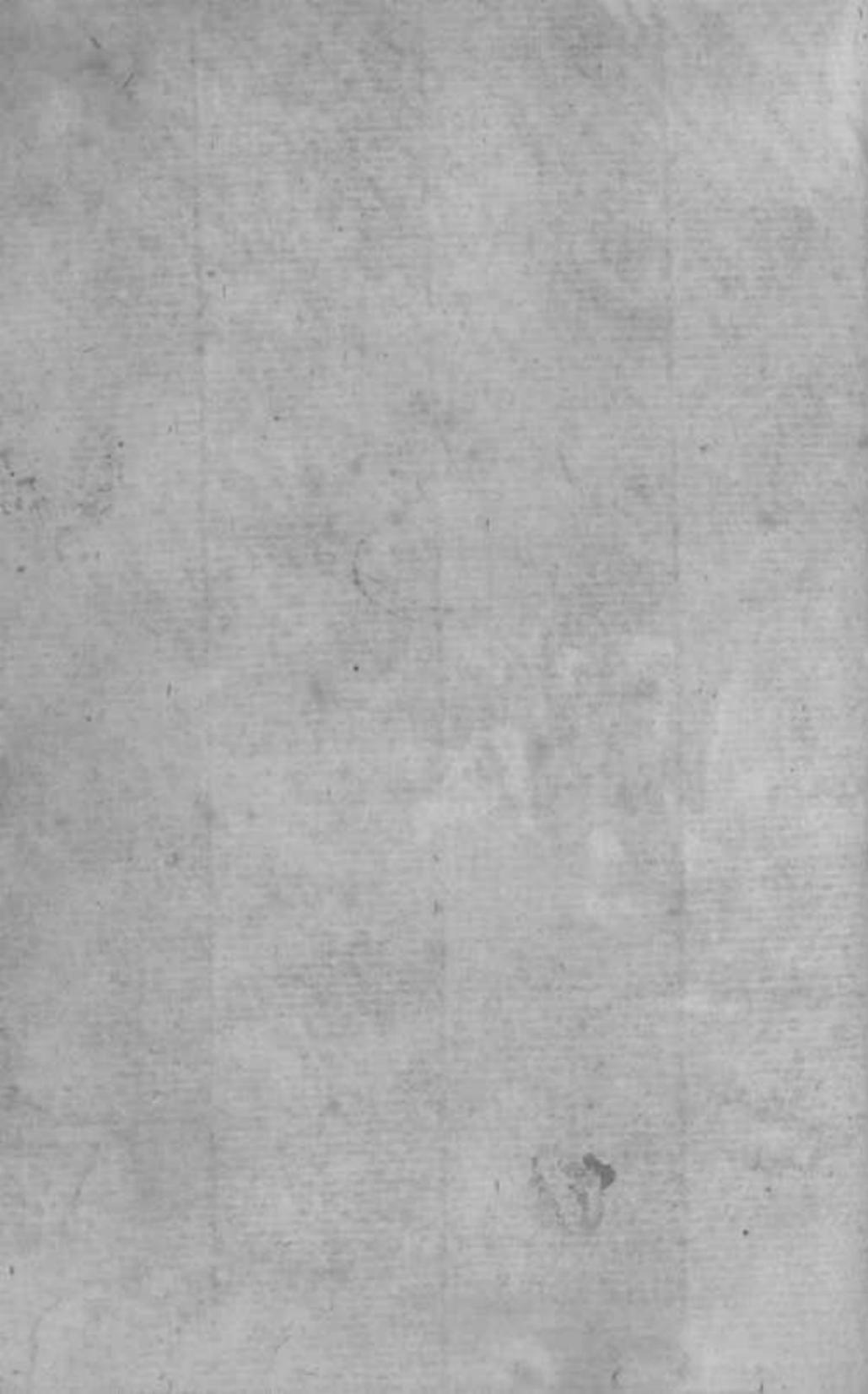


4



Guerra
D

716760/2



LOS
APETIDAS

6

VENGANZA Y HUMANIDAD.



187

ARTES

ARTES Y HUMANIDADES

LOS

APETIDAS

6

VENGANZA Y HUMANIDAD,

NOVELA HISTORICA,

ACOMODADA DEL ALEMAN AL ESPAÑOL.

TOMO II.



Fondo Bibliográfico
Dionisio Ridruejo
Biblioteca Pública de Soria

BARCELONA, 10257

IMPR. DE LA VIUDA É HIJOS DE GORCHS.

—
MDCCCXXX.

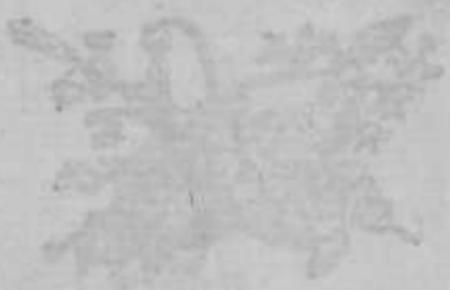
APERTURAS

DE LAS PUERTAS Y ANAGRAMAS

JOSE L. BUSTOS

ACADÉMICO DEL INSTITUTO DE ESPAÑA

1900



BAJILLO

EN LA TIENDA DE LOS LIBROS

MADEIRA

LOS

APETIDAS.

6

VENGANZA Y HUMANIDAD.

AL llegar Gonipo al ejército no pudo refrenar el incendio de su pecho : no respondia á las preguntas que Evergétidas le hacia , y lo miraba con ojos que daban indicios de desesperacion. El dia ántes de trabarse la primera batalla , se acercó á Gorgo y le dijo : ¡ Ah Gorgo amigo ! cuan feliz fuera yo si hubiese seguido tus con-

sejos! Mas ya que todo se ha perdido, encárgate á lo menos de un mensaje que será grato á mi sombra. En Pilos vive una tierna jóven, se llama Areta, te ruego que le digas que la quise hasta el último suspiro: adios. Gorgo quiso detenerlo, informarse de la causa de sus siniestras palabras, y consolarlo en fin en su desesperada situacion, mas fué en vano. Sin embargo su peticion quedó grabada en su mente, y al fin se vió en el doloroso caso de cumplirla. La malhadada Areta debió saber de los labios del sensible Gorgo el funesto fin de Gonipo, y el dolor con que fué oprimido su corazon dió fin á sus tiernos años.

Luego que supo Aristomeno que los Arcadios sus aliados habian pasado las fronteras, fué á recibirlos con el ejército, levantando el campo que tenia en las orillas del Pamiso: Cuando los dos ejércitos se avistaron resonaron los vecinos montes con los gritos de alegría que despedian uno y otro: los Arcadios salieron de sus filas para echarse en los brazos de los Mesenios, y estos acorrieron desde el propio instante impacientes por recibirlos. Solo el rey Aristocrato guardaba silencio, y la gravedad de su semblante no se disminuyó en lo mas mínimo al recibir al Apetida.

Quiso situar su campo á cierta distancia de los Mesenios, pero sus soldados le solicitaron

lo contrario, y tuvo que ceder. ¿No son nuestros hermanos los Mesenios? le decían, sean pues sus males los nuestros: los que van á partir unos mismos peligros, los que tal vez no volverán á juntarse sino en el Aqueronte, ¿por qué se quisieran separar ahora? El ejército espartano se iba acercando: Anajandro tenia á su cargo el ala izquierda, y Anajidamo la derecha, y se acamparon al otro lado de un riachuelo que los dividia. Aristomeno fué de parecer de atacarlos desde luego, pero Aristocrato diferia el ataque so pretesto de que los sacrificios no habian sido propicios: su hipocresía era hija de su traicion, pues estaba vendido á Anajidamo, y sus dilaciones eran con el pérfido fin de dar á los enemigos circunstanciados partes de los planes de Aristomeno. Por fin los agüeros se mostraron propicios, y Aristomeno determinó el ataque. Los Mesenios se hallaban impacientes de llegar á las manos, y se pusieron en marcha contra los Espartanos. Anajidamo no hizo movimiento alguno para contrarestar á los Arcades. No se hallaban todavía á suficiente distancia los dos ejércitos para entregarse al combate cuerpo á cuerpo, cuando Gonipo lanzándose de sus filas con la celeridad del rayo, se mezcló en las de los Espartanos sembrando la muerte, y señalando con sangre el rápido curso de su carrera. Los Espartanos quedaron atónitos, admirando

la audacia y el valor de un solo hombre que así los acometia. En un principio le abrieron paso, pero al último se echaron sobre él. Anajandro que divisó á lo lejos el tumulto y la confusion que habia introducido un solo guerrero en el ala que mandaba, acorrió para restablecer el órden; pero al reconocerlo Gonipo, lleno de sangre y á penas con facultad de respirar se le echó encima con ánimo de darle la muerte; pero su brazo habia ya perdido su primera fuerza. Anajandro eludió el golpe, y tiró á desarmarlo, no queriendo verter la sangre de tan magnánimo guerrero; mas Gonipo queria resueltamente morir, y al quedar sin espada la arrancó velozmente á uno de los enemigos que lo rodeaban, y otra vez hizo estragos á impulsos de su desesperado furor: al fin tuvo que ceder al número y á la fatiga, y no habiéndose querido entregar, cayó atravesado por una lanza, pronunciando el nombre de Areta, y rindiendo el último aliento á pocos instantes.

Gorgo y Manticlo peleaban en el ala izquierda, y Androclo y Finta en la derecha. Evergétidas, al frente de los valientes jóvenes que se habian ofrecido á la muerte, se precipitó sobre los enemigos, cual torrente que sale de su cauce é inunda la comarca. El Apetida habiendo dado un violento ataque á los Espartanos les obligó á ceder; pero en aquel instante oyó unos

gritos de confusion en el ala izquierda, y vió que los Arcadios se desvandaban perdida toda formacion. Anajidamo se habia situado en un bosque que dominaba dicha ala, y Aristocrato sin hacer resistencia, ántes retirándose con la mayor perfidia, le franqueó paso para que pudiese caer sobre los Mesenios. Aristomeno al reconocer el peligro que amenazaba á su ejército, acorrió denodado á oponerse á su paso, gritando á los Arcadios y escitándolos con súplicas y ademanes á que volviesen al combate; pero Aristocrato empezó á dar voces de retirada, prohibiendo á los suyos que adelantasen, persuadiéndoles que iban á ser cortados en el propio instante. Aristomeno redoblaba sus esfuerzos, y se hundia en los espesos batallones enemigos, de donde volvía á salir lleno de sangre y polvo, no para huir del peligro, sino para escitar á los suyos á que imitasen sus insignes hechos. Tres veces hizo retroceder á los Espartanos, y tres veces tuvo que ceder á su vez al desproporcionado número de enemigos que lo contrarestaba. Androclo que se habia apercebido del desórden de los Arcadios, buscaba al Apetida para secundar sus disposiciones, y al distinguir su voz terrible se precipitó sobre los enemigos con la clava en la mano, destruyendo filas enteras. Mas un dardo le atravesó el brazo, y Finta, al ver el peligro que lo amenazaba, cor-

rió á socorrerlo , pero en vano : al alargárle una espada lo vió caer atravesado por una lanza enemiga. La desesperacion de Finta hizo mil estragos en un solo punto , y vengó mil veces y de mil maneras, su desdichada muerte ; pero al fin , exausto de fuerzas y rodeado de enemigos, cayó tambien para exalar el último suspiro al lado de su hermano.

Aristomeno seguia peleando sin descanso con Gorgo y Manticlo á su lado , mas los Arcadios todos habian abandonado el campo de batalla por la traicion de su rey , y los Mesianos no podian sostener la desigual pelea : muchos se habian retirado por haber perdido á sus gefes, y otros arrastrados por el desórden que introdujeron sus mal dirigidos aliados. Anajidamo levantaba un trofeo , y todavía Aristomeno disputaba la victoria, probando de hundir la falange de Anajandro ; mas , cansados los Mesianos, apenas tenian aliento para evitar la muerte que les amenazaba por todos lados. En este instante Evergétidas se reunió al Apetida , y exclamó en alta voz : Ya no existe Mesenia : mira , Apetida, este mi pequeño escuadron y el que te rodea, son los únicos que sostienen el campo. Dime, Apetida , ¿no es ya tiempo de bajar al Aqueron-te ? No , respondió Aristomeno , los dioses nos conservan todavía la vida : ¿quien penetrará sus inescrutables juicios? Seguidme todos, Mesianos:

morirémos cuando lo ordenaren las inevitables parcas. Entonces levantaron todos sus escudos, y haciendo una masa impenetrable, atravesaron el campo, forzando y destruyendo cuanto se opuso á su paso, y al llegar delante de donde Anajidamo habia levantado ya su trofeo, Evergétidas iba á lanzarse sobre él para derrocarlo, mas Aristomeno lo contuvo, reprendiéndole su temeridad. ¿Por qué no te has de someter á la ley rigurosa del destino? por qué no has de reconocer que en este dia nuestra desgracia y la traicion de Aristocrato han hecho triunfar al enemigo? Hayamos sin tardanza; las sombras de Gonipo, de Androclo y de Finta, velan sobre nosotros; estan satisfechas de nuestros esfuerzos por vengarlas, y protegen en este instante nuestra peligrosa marcha.

Anajandro recorrió todo el campo de batalla: los jóvenes mas distinguidos de ambos ejércitos habian perecido. Despues que el ejército espartano se hubo retirado del lugar de la pelea, Anajandro escribió á los Éforos estas palabras. La traicion venció á los Mesenios, no nuestro acero: Anajidamo ha erigido un trofeo, yo no he querido imitarlo. El Apetida vive aun, aconsejo la paz.

El corto resto del ejército mesenio se retiró al Pamiso en donde se reunieron los fugitivos. Los Arcadios seguian á su rey, tristes y abatidos, atri-

buyendo á la cólera de los dioses, lo que era efecto de la traicion de aquel. Aristomeno permaneció tres dias en el campo, celebrando sacrificios, y dando sepultura á los guerreros que habian sucumbido, y luego envió á Manticlo á Andania para que trajese su guarnicion, y cuantos guerreros se encontrasen en las ciudades populosas, para reunir á todos los jóvenes, reparar la pasada pérdida, y llevarse á todos los habitantes, mugeres, niños y ancianos á parage de seguridad, distribuyéndolos en las aldeas que baña el Pamiso, despues de haber puesto fuego á las villas y lugares abandonados. Adia, Phera, y Chiria levantaron á un mismo tiempo las llamas hasta las nubes; los templos fuéron derribados: los habitantes miraban el incendio con horror, y sin embargo lo atizaban. Al dia siguiente todo el mundo emprendió la marcha con sus rebaños, siguiendo las orillas del rio, que despues vadearon, considerándose ya como estrangeros en su misma patria. Aristomeno al divisarlos ocultó el rostro con su manto, porque las lágrimas se desprendieron de sus ojos á su pesar. Llegaron en seguida los jóvenes Mesenios de las ciudades, cuya juventud casi rayaba todavía á la infancia. Aristomeno subió á la cumbre de un pequeño monte inmediato, desde donde tendió la vista sobre la llanura, y contempló aquella triste reunion, última gente de su pueblo, aquella tierna

juventud, última esperanza de Mesenia. Ya quería reunirlos, escitarlos y conducirlos finalmente contra el soberbio pueblo espartano, y sepultarse con ellos en sus ruinas; ya los latidos de compasión refrenaban su ímpetu vengativo, y le hacían esclamar: No, guarda la vida, juventud inocente, no será mi mano sacrilega la que deshoje la última flor. Al fin, volviendo al campo, dió orden de pasar el Pamiso, y en seguida levantando los reales se puso en marcha, volviendo los ojos el pueblo y el ejército al país nativo, regado con tanta sangre de propios y de extraños. Adios, amada patria, esclamó Aristomeno, algun día volverás á sustentar á tus hijos.

«¿Como, oh padre, prorumpió Gorgo, todavía tienes esperanzas de salvar á Mesenia? su suelo cubre para siempre á los mas distinguidos de tus guerreros, tu ejército no tiene mas que brazos débiles, que no saben manejar el arco, privados todavía de fuerza para sostener la lanza ni vibrar la espada. Cayó el fruto sobre la tierra por su peso y marchitado por el sol, ¿y todavía intenta el colono malograr la semilla? Estiende la vista por esta llanura que va del Pamiso á los lejanos montes, y acuérdate del dia en que salímos del Taigeto. Entonces se veian á lo menos algunas aldeas entre espesos matorrales y breñas, y de trecho en trecho los campos ostentaban los rastros del arado. No se oian

alegres cantos : mas vivian allí Mesenios , en cuyo sitio habita ahora el lobo voraz , entre las venenosas adelfas y las oleosas jaras. Hace tres años que te empleas en vengarte de los Espartanos , y el fruto de tu venganza lo han cogido tus enemigos : mira si tus ojos descubren ni una triste choza : por todas partes las ruinas han caido sobre sus malhadados cimientos , y los cadáveres de sus dueños cubren é infestan la llanura que dominaron algun dia. ¿Y sueñas todavía en felices perspectivas ? querrás como las olas de un atormentado mar estrellarte en la misma roca , para que se refrigere con tus propios despojos ? Nuestros hijos llorarán nuestra temeridad , y nuestros nietos tendrán por fabulosa la historia de sus mayores. Rompe , oh padre , rompe conmigo este funesto acero , y conduce á tu pueblo á parage de paz , donde crezca á tu vista , como un campo nuevamente sembrado : allí viviremos sin afanes ni ambicion , convertiremos nuestra atencion en ser *hombres afortunados* , sin acordarnos que hemos sido Mesenios. »

Aristomeno manifestó á su hijo que todavía no habia perdido la esperanza de conseguír una paz , y le juró que á esto solo se dirigirian en adelante sus operaciones , asegurándole que no pensaba en volver á probar la suerte de las armas , aun que fuese quedándose con un pequeño territorio en donde poder establecer el resto de su pueblo.

Dudaba Gorgo de la posibilidad de los planes de su padre, mas calló, porque conoció que reproduciéndole el estado de las circunstancias que los rodeaban, y el ódio inestinguible de los Espartanos, no hacia mas que exasperar su situación.

Sin embargo el Apetida se dispuso á poner en práctica los planes que habia concebido. Dividió á todo su pueblo en tres porciones, y las distribuyó entre Metona, Pila, y el monte Era. Dispuso que se fortificasen dichos tres puntos, y en poco tiempo estuvieron cercados de altas murallas. El monte Era se puso en estado inespugnable, siendo el lugar destinado para depósito de los tesoros. Los rebaños pacian á la falda del monte, y se cultivaron todos los campos con el esmero mas grande, sin pensar que viniesen sus mortales enemigos, ni ambicionar mas que la quieta posesion de aquellos abandonados terrenos, en donde pensaban regenerar á su nacion.

Luego que estuvieron concluidos todos los trabajos, Aristomeno se encaminó á Itoma con un corto número de soldados para llevarse las pocas chozas que allí quedaban, las cuales distribuyó á los que las necesitaban, repartiéndoles despues el fruto de las cosechas. Cada vez que los atalayas señalaban la aproximacion de los enemigos, se recogian dentro de las fortalezas

todos los ganados de los campos; pero como aquellos no encontraban en donde hacer descanso, se retiraban, por lo comun, sin haber conseguido llamarlos á combate. El mismo Evergétidas tuvo que domar su inclinacion y su furor, y Aristomeno le decia á menudo: Conservemos este tierno plantel; cuidemos de estos inocentes jóvenes, para que algun dia puedan obrar varonilmente si es necesario.

Los Espartanos recorrieron las riberas del Pamiso que encontraron desiertas, y la misma soledad vieron que reinaba en Itoma y en el resto de la Mesenia. Todas las aldeas y ciudades del interior habian sido destruidas. Llegaron finalmente á vista de Metona, se aproximaron á sus murallas, llamaron á los Mesenios al combate, pero tuvieron que retirarse por falta de víveres, y volvieron á pasar el Pamiso, sin que nadie los siguiese.

Luego que se supo en Esparta que los Mesenios habian abandonado los campos y ciudades, y se habian encerrado en aquellos tres puntos vecinos al mar, declaró Anajidamo en la asamblea que la conquista de Mesenia estaba concluida, y aconsejó que se repartiese su territorio, reedificando las ciudades y aldeas destruidas. Mas Anajandro entre otras observaciones le habló asi: ¿Crees por ventura que los Mesenios han abandonado sus campos y sus ciudades, para

que nosotros las habitemos tranquilamente? No sé que discurrir de esta desaparicion de nuestros enemigos, pero jamas me atreveré á presagiar bien de la inaccion de los Mesenios. El silencio del mar es precursor de la tormenta. Mas nos valiera convertir en aliados, á los que todavía nos pueden ser terribles enemigos. Pero Anajidamo levantandose impaciente, manifestó que no se debia desistir hasta haberlos espulsado del Peloponeso, si volvian á presentarse con las armas en la mano, recordando á la asamblea que él habia batido el ejército del Apetida, por lo que instaba por la reparticion de la Mesenia. Anajandro no pudo en este momento tener á raya su moderacion, y ¡Oh dioses! exclamó, di mas bien que sus aliados vendidos, fuéron los que lo batieron; y ¡ay de tí! y ¡ay de Esparta! si en esa jornada, en que tú piensas ver tu gloria, no hubiésemos peleado con la ventaja de una vergonzosa traicion! Mas ya que asi ha sucedido, piensa que no siempre tu oro podrá salvar á tu patria, y que será imprudente medida llevar á ese pueblo á la desesperacion, cuando tenemos á la mano hacerlo como nuestro. Mandad, oh Éforos, un mensaje al Apetida, volvedle el trono de Mesenia, y que ofrezcan no tomar las armas sino por nosotros, contra nuestros comunes enemigos.

El discurso de Anajandro no logrando con-

vencer á la mayoría, que era del partido de Anajidamo, se decretó el repartimiento de las tierras de Mesenia, adonde fuéron á morar muchas familias, reedificando los templos y las ciudades. Numerosos rebaños pacían en los feraces campos mesenios, y Aristomeno, pasivo espectador de estas disposiciones, se conservaba tranquilo dentro de sus murallas.

Mas al fin, transcurrido algun tiempo, y cuando menos podían recelarse sus enemigos, una noche llamó á Evergétidas y le dijo: Ya ha llegado el momento de la actividad: imposibilitados de presentar al enemigo una batalla campal, es preciso, sin embargo, recordar á Esparta que aun no se ha apagado el fuego en nuestros pechos, y que si se ha suspendido el día de la venganza y de la sangre, podemos todavía obrar y ofender. Disponte á seguirme con tu escuadron sagrado, y Panormo nos acompañará en una expedición importante.

Al día siguiente salió Aristomeno con sus guerreros escogidos, y llegados al Pamiso se escondieron en un bosque inmediato, aguardando la noche. Al ponerse el sol, vadearon el rio, y Panormo se quedó en las orillas con unos seiscientos soldados por órden del Apetida. Este en seguida penetró con su escuadron por la llanura, siguiendo Evergétidas la izquierda de su direccion: á poco de haber andado, encontró

el pueblo que buscaba , y habiéndolo rodeado , entró de improviso , y al sonido de sus trompetas de guerra. El estruendo de estos instrumentos heló la sangre de los miseros habitantes : la consternacion sucedió al descuidado reposo en que yacian , la triste vírgen y la desolada matrona buscaban temblando las olvidadas armas del padre y del esposo , y esta fué quizas la primera vez que lo escitaron al combate , en donde estaba su salud , ó su temido oprobio. Los habitantes probaron reunirse , mas Aristomeno habia tomado todos los puntos , é interceptado todas las comunicaciones : al fin , habiéndose apoderado de todos los varones , recogió los ganados , cargó todos los carros de trigo y demas provisiones , y en el momento de marchar , dirigiéndose á las mugeres les dijo : Dos dias os doy de término para que vengais á rescatar á vuestros padres y esposos , pasados los cuales serán vendidos como esclavos. En seguida con una pequeña escolta fuéron conducidos al Pamiso , y entregados á Panormo con todo lo demas que se habia recogido. Evergétidas habia penetrado igualmente en otro lugar , y remitido el botin á Panormo , y en el camino de Metona estaba apostado otro cuerpo de Mesenios para proteger la retirada en caso necesario. No tardaron en llegar á Anfea fugitivos de diferentes pueblos de la comarca con la noticia

de la invasion de los Mesenios. El gefe de la guarnición no sabia si salir al punto, ó esperar socorros de Esparta adonde habia ya dirigido aviso de lo ocurrido. Continuamente llegaban nuevos fugitivos, por lo que resolvió salir á reconocer el campo asi que amaneció. Entre tanto Aristomeno habia mandado orden á Evergétidas de reunírsele y se retiraban lentamente. Las tropas de Anfea al divisar el pequeño número de los invasores se llenaron de rabia y de indignacion, por lo que apresuraron su marcha con ánimo de recobrar los prisioneros, y cuanto llevaban consigo. Mas Aristomeno habiendo llegado al punto en que lo esperaba Panormo, mandó hacer alto y se dispuso á recibir á los que venian persiguiéndole; pero estos viendo que ya eran muy inferiores en número, se detuvieron tambien, renovando los avisos á Esparta para que enviase cuanto ántes sus refuerzos. Al fin Aristomeno continuó su marcha con toda precaucion, llegando á Metona sin haber tenido ningun contratiempo.

Apenas llegó la noticia á Esparta, cuando Anajandro se puso en marcha con numerosas fuerzas, sin detenerse hasta llegar bajo las murallas de Metona, desde donde hizo salir parte de sus tropas para Pilo, á fin de impedir que los Mesenios repartiesen el botin. Despues de lo cual mandó un heraldo á la ciudad, diciendo que

queria tratar del rescate de los prisioneros; y el Apetida viendo cuan considerable habia sido la presa, se los remitió sin exigirle las cuantiosas sumas que se habia propuesto, sino por lo que moderadamente fué convenido.

Anajandro permaneció acampado algunos dias en frente de Metona sin poder llamar al enemigo fuera de sus murallas, por lo que se retiró, conociendo que era inútil é imposible provocar el combate.

Apenas los Espartanos habian vuelto á repasar el Pamiso, cuando ya los Mesenios se hallaban de nuevo en el campo, siguiendo con este plan de operaciones, y procurando no trabar ningun combate.

Habia ya mucho mas de un año que Anajandro se hallaba en campaña sin haber conseguido alcanzar al enemigo, y deseando contener las expediciones de los Mesenios, pidió otro ejército á los Éforos, con el cual ocupó las riberas del Pamiso. Los Mesenios se quedaron quietos tras de sus murallas, sin afectar intencion de renovar sus salidas, por lo que los Espartanos últimamente establecidos en el territorio mesenio, creyendo que estarian bastante protegidos con el ejército estacionado en el rio, volvieron á sus campos para cultivarlos.

Los Mesenios estaban ya impacientes por renovar sus correrías, mas el prudente Aristomeno

les decía : No es tiempo aun , dejad que recojan sus cosechas. Los Espartanos son nuestros colonos que cultivan la Mesenia para nosotros.

Anajandro no auguraba bien de la inaccion del Apetida , y seguia dando continuos partes á los Éforos de los movimientos mas insignificantes de los enemigos. Los Éforos, contra el parecer de dicho rey, disminuyeron las fuerzas que estaban á sus órdenes , participándole que Aristomeno habia mandado embajadores á las islas jónicas, para tratar con los naturales de un establecimiento para su pueblo. Los Espartanos se felicitaban ya, creyendo que sus irreconciliables enemigos iban á dejar el Peloponeso.

Aristomeno habia tratado de alucinarlos con aquel ardid , y cuando conoció que los confiadlos Espartanos se hallarian poco apercibidos, volvió á poner sus soldados en movimiento. Una fuerte partida de jóvenes atrevidos saltaron en tierra en la embocadura del Neda durante la noche. Evergétidas que los conducía atravesó con diligencia el Taigeto , y se internó en el territorio espartano hasta encontrar el Eurotas, en donde empezó á operar , pegando fuego á todas las poblaciones inmediatas al mismo Esparta , ahuyentando á los habitantes sin entretenerse en hacer prisioneros. Por todas partes retumbaba el sonido de las trompetas , mezclándose con los alaridos de los que ó sucumbian al acero de sus

invasores, ó miraban destruida para siempre su propiedad. Las llamas de las aldeas incendiadas subian hasta las nubes, y la multitud de hogares que encendieron los Mesenios en los picos de los montes vecinos para aparentar que estaban sostenidos por numerosas fuerzas, alarmaron á los Espartanos, y mas todavía las abultadas relaciones de los fugitivos. Todos los ciudadanos corrieron á las armas, y Anajidamo se puso á su frente, siguiendo arriba del Eurotas: al mismo tiempo mandó decir á Anajandro que atravesase el monte, y se dejase caer sobre el enemigo por la espalda. Anajandro pasó precipitadamente el Taigeto y marchó hacia el manantial del Pamiso, habiendo dejado parte del ejército al mando de Gorgias para proteger la llanura, temiendo las operaciones del Apetida.

Entre tanto habia salido otra fuerza de Metona mandada por Panormo, la cual habiendo atravesado felizmente el golfo mesenio, desembarcó de noche no lejos de Acria, y en seguida se puso á obrar, quemando igualmente todas las aldeas y pueblos de la comarca. La consternacion de los Espartanos era inesplicable, y la confusion de los Éforos y reyes no les dejaba dictar ninguna providencia con acierto, no sabiendo adonde dirigir sus fuerzas. Gorgias que desde su apostadero divisaba lo que sucedia cerca de Esparta, creyó hacer un eminente servicio á su patria

acudiendo con sus fuerzas , pues sus compañeros de armas habian salido todos por diferentes puntos , y la ciudad podia correr el mayor peligro, por lo que apresuró su marcha , y atravesó el Eurotas con la mayor diligencia.

Entonces fué cuando Aris tomeno cogió el fruto de su bien meditado plan ; pues apostado con poderosa fuerza para caer sobre la llanura luego que estuviese desembarazada , entró talando y abrasando las poblaciones , y cargando el rico botin que apenas bastaba á recoger. Gorgo, para secundar la operacion , se habia apostado en el Taigeto , cuyas quiebras y senderos conocia perfectamente : asi es que llamó la atencion del rey Anajandro con el tino de un general consumado. Unas veces se dejaba ver en una parte del monte , y cuando ya los Espartanos pensaban tenerlo cercado, desaparecia de improviso sin saber por donde podia haberse franqueado camino ; otras se aparecia por su retaguardia asestándoles numerosas flechas y burlándose de sus inútiles fatigas, hasta que despues de mil circuitos los trajo cerca del Eurotas. Asi se pasó todo el dia , y cuando conoció que Aristomeno habria concluido su operacion , se retiró sin dar lugar á que le ofendiesen , ni á uno solo de los suyos.

Toda la rica cosecha de la Mesenia , y de algunos pueblos de la Laconia fué presa del Ape-

tida y de sus activos capitanes, y conducida á Metona. Panormo y Evergétidas despues de haber cansado al enemigo empeñado en una infructuosa persecucion, volvieron á reembarcarse dejando á los Espartanos con sus poderosas falanges en medio de las llanuras, sin saber todavía si los Meseños se habian ocultado ó desaparecido, hasta que llegados los fugitivos, dieron á conocer, aunque tarde, el plan atrevido de Aristomeno, escuchando no sin sobresalto la relacion de los que habian sido testigos del vasto destrozo ocasionado en un solo dia, y temiendo que no estando en su mano ocurrir á las estratagemas del insigne capitán que conducia á sus contrarios, llegase el momento en que viesen los escombros de su patria, cuando mas llena de inútiles laureles pensaba hacer vana ostentacion de su infundado orgullo.

Llevados de todas estas consideraciones los Éforos, llamaron al rey Anajandro para pedirle consejo, á fin de precaver los peligros que les amenazaban; mas Anajandro les respondió: Despues de la última batalla en que salimos vencedores, la paz hubiera atajado nuestros males; pero ahora solo se pueden remediar con constancia y con valor. El Apetida se burla con razon de nuestra impotente fuerza, y llegará el dia en que venga á asolar nuestras campiñas, á vista de la misma Esparta, y bajo tiro de flecha de

nuestras casas, ¿Quién podrá observar sus inciertos movimientos desde Metena al Neda? ¿quien penetrar en los planes atrevidos de un general que se ha criado peleando, cuya cuna se ha mecido entre los horrores de las luchas, y cuya niñez y juventud han sido el ejercicio de las armas, enseñado en la escuela de las desgracias de su patria y de sus mayores? Mas ya que quisisteis preferir la guerra á la paz que os aconsejaba, sostenedla como varones fuertes y magnánimos. Nuestras grandes operaciones deben dirigirse á destruir las guaridas del Apetida. Los Éforos pronunciaron el nombre de paz, pero Anajandro continuó: ya es tarde: cuando venimos podíamos darla, ahora tendríamos que recibirla: la paz que ofrece el temor es cien veces mas funesta que la guerra. Volved á vencer, y entonces concededla. El enemigo os deberá sus posesiones y su tranquilidad, y respetará en vosotros á sus amigos y á sus bienhechores; mas la venganza y la crueldad han hecho eterna la guerra entre Esparta y Mesenia. Vuestras crueldades han exasperado á ese pueblo, sobre cuyas espaldas se ha descargado el azoté de las furias, pero nadie ha leído en el libro del porvenir. En adelante usad con moderación de vuestros triunfos, y dad ejemplos de humanidad. Ahora lo que nos importa es sitiar á Metona y conquistarla.

La asamblea aprobó el discurso y consejo de

Anajandro, y la misma lo nombró para llevar adelante el propio plan que acababa de proponer. Anajandro, pues, se encaminó con su ejército á Metona y la bloqueó, fortificando su campo hasta que cerró enteramente la ciudad, levantando murallas al rededor de sus trincheras. Aristomeno desde el Era hacia repetidas invasiones sobre las orillas del Pamiso, y hasta dentro de la Laconia, para obligar á Anajandro á que levantase el sitio; mas este se mantenía en él, sin atender á sus operaciones, procurando estrecharlo cada vez mas. Pero los Éforos alarmados por las continuas apariciones del Apetida, mandaron venir á Anajandro para volver á tomar consejo y providencias para que no se repitiesen los excesos de los Mesenios en el mismo territorio de Esparta. Anajandro dejó á sus tropas con todas las órdenes para llevar el sitio adelante, y se presentó en la asamblea, en donde hizo ver la necesidad de continuar la guerra. Luego que el pueblo supo la venida del rey se amontonó en la plaza del mercado, y con las espadas desenvainadas se encaminó al templo de Minerva, en donde los Éforos y los reyes se hallaban reunidos, gritando por la paz; pero Anajandro habiendo salido para apaciguar la muchedumbre: Espartanos, exclamó, vuestros Éforos y vuestros reyes han resuelto la guerra, porque conviene al honor y á la salud de Esparta. La multitud

se dispersó: tanto era el respeto que se había conciliado este rey entre su pueblo, y en seguida partió para el campo.

Entre tanto empezaban á faltar las provisiones en las tres fortalezas de los Mesenios, y Esparta no sufría menos carestía; mas los atrevidos cantos de Tirteo inflamaban el valor de los Espartanos, los cuales aprendieron á soportar con sufrimiento y constancia el mal general.

Aristomeno, al frente de trescientos jóvenes de la Legion sagrada, recorrió todo el territorio de Esparta, y de todos los puntos envió provisiones á Pilo. Los Espartanos construyeron buques por consejo de Tirteo, para bloquear por mar á Metona, y para proteger sus costas que hasta entonces habían estado espuestas á las irrupciones de los Mesenios. Luego que estos vieron anclar frente de su puerto las naves de los Espartanos, despidieron los mas lastimosos gritos de desesperacion, creyendo que ya no faltaba sino un solo paso para su total ruina. Un Arcadio huyó de la ciudad al campo, y declaró que la plaza estaba desprovista de mantenimientos á pesar de los que había introducido Aristomeno, y que este y Evergétidas se hallaban actualmente dentro de ella intentando una salida para proveerse. Anajandro mandó ocupar desde luego todos los caminos de la ciudad, y dispuso que los buques estrechasen el puerto, á fin de que Aristo-

meno no pudiese verificar su salida, y cayese en sus manos con la guarnicion; pero á pesar de toda su vigilancia, el Apetida se abrió paso con sus trescientos hombres aquella noche, sin que pudiesen seguirlo, ni adivinar su direccion, y con los primeros rayos del sol entró en Amiclea, que era una de las ciudades mas ricas de la Laconia. Parte de su fuerza se quedó en las puertas, y el resto saqueó la poblacion, cargando en caballos y carros las provisiones que pudieron, y otras preciosidades de que se componia el botin, retirándose luego al monte, y atravesando por la misma inmediacion de Esparta. La mitad de la legion se quedó algun tiempo en la ciudad, y cuando conocieron que sus compañeros de armas llevarian bastante ventaja, pusieron fuego á la ciudad y siguieron las huellas del Apetida.

Apenas divisaron los Espartanos las llamas de Amiclea, cuando Anajidamo mandó sonar la alarma por la ciudad, y habiendo reunido el pueblo, lo condujo en persecucion del Apetida, pero en vano: la ventaja que llevaba aquel, no le permitió llegar siquiera á descubrirlo, y su salida no le sirvió de otra cosa que de recibir con anticipacion la nueva infausta de que su hijo Ergóteles habia caído en poder de los enemigos. Entre tanto llegó Aristomeno al Era, y la guarnicion luego que vió el tren de carros que venian en su séquito ostentó su gozo desde la cum-

bre del monte con banderolas blandidas en los picos de las lanzas, y con aclamaciones, á cuyas señales respondian los de la legion del Apetida con otras semejantes hasta que pudieron hablarse. Gorgo salió al encuentro de su padre, dándole sentidas quejas porque nunca queria partir con él los peligros de sus expediciones, mas Aristomeno le contestó: Si perezo, todavía tendrán en tí los Mesenios un Apetida que cuide de su suerte y parta con ellos sus glorias ó sus desgracias. En seguida dió orden para que se transportasen á Pilo los pocos prisioneros que habia querido conservar, y esto por ser de las principales familias espartanas; y al pasar estos por delante de Gorgo, se detuvo un jóven de gallarda presencia y nobles facciones, y con tímida voz: ¿Eres Gorgo por fortuna, le dijo, á quien mi padre hizo el presente de una esclava? Vive aun?.....Vive aun Sida.....Sida, la hija de Dammis? ¡Como! respondió Gorgo, ¿eres tú Ergóteles? ¡Oh padre mio! exclamó lleno de alegría, dirigiéndose al Apetida, concédeme te suplico este prisionero. Aristomeno sonrióse á la vivacidad con que Gorgo hizo su instancia, y se lo entregó. ¿Te acuerdas de Sida todavía? le dijo Gorgo cortándole el lazo que lo sujetaba, ven conmigo, yo te llevaré á su presencia; mas ántes sabe que desde este momento tienes entera libertad, y si quieres puedes volverte á Es-

parta. Condúceme á Sida, te ruego, le contestó Ergóteles, y ojalá quieran los dioses que nunca llegase el momento de nuestra separacion. Marcharon pues juntos, y apenas Gorgo podia seguir sus pasos. Llegaron al fin frente de la choza de Aretusa, en donde vivia tambien Sida, á la que apenas reconoció Gorgo, pues en lugar de aquella tierna niña que condujo mas de dos años atras de poca talla y formas infantiles, vió delante de sí una graciosísima jóven, en cuyo semblante se empezaban á imprimir los desarrollados rasgos de la juventud, y en cuyos ojos grandes y sonrojadas mejillas residian las gracias y la modestia. Ergóteles no supo distinguir de las dos cual era su adorada Sida, porque Gorgo lo hizo quedar á algunos pasos de distancia: al fin, dirigiéndole la palabra, aqui te traigo un prisionero espartano, le dijo, que no empezará ahora á sufrir el peso de tus cadenas. ¡Ergóteles! exclamó Sida con el mayor transporte de sorpresa y entusiasmo, ¡Ergóteles!... ¡Oh Sida! adorada Sida! prorumpió Ergóteles con iguales afectos: ¡qué! ¿al fin me conceden los dioses que vuelva á gozar de tu vista? No pudieron los dos amantes continuar, y Sida se dejó caer en sus brazos, ocultando en su pecho el rubor que habia encendido en sus mejillas. Al fin se sentaron todos, y Ergóteles hizo la relacion de su última desgracia, elogiando la generosidad del sensible Gorgo, á

quien sonrojaban las propias alabanzas; despues de lo cual se entregaron á la libre efusion de los tiernos sentimientos del mas honesto amor, y de la mas pura amistad.

Así se pasaron algunos dias, mas luego desaparecieron aquellas dulces ilusiones. Una mañana al romper el alba llegó un mensajero con un pliego del Apetida, comunicando á su hijo que los Espartanos habian mandado sus heraldos con el rescate de sus prisioneros, y que Anajidamo solicitaba vivamente por su hijo; por lo que le daba orden de encaminarlo á Esparta. Ergóteles y Sida quedaron mirándose inmóviles y sin poder pronunciar un solo acento. Al fin Sida exclamó así: ¿Será posible? Los dioses me habrán mostrado la aurora de la felicidad para sumergirme en la profunda noche de la desolacion y del infortunio? ¡Oh Ergóteles! ¿con que es cierto que debes partir? Ergóteles no pudo sostenerse en pié, y lanzando profundos suspiros, se apoyó sobre Gorgo, dejando caer sobre su pecho sus turbadas sienes. Al fin Gorgo dirigiéndose á la desconsolada Sida: no te opongas, le dijo, á que cumpla con los deberes del honor: pronto decidirán los dioses de la suerte de nuestros pueblos, y ora deba subsistir, ora sucumbir la Mesenia, sea vuestro amor superior á esta época, y dejad á los mismos dioses la proteccion que nunca negaron á la virtud.

Sida ocultó con su manto las abundantes lágrimas que derramaba, y haciendo un noble y generoso esfuerzo, que solo el que ama con sinceridad es capaz de apreciar, abrazó á Ergóteles, le dijo adios, y se precipitó en el seno de Aretusa. Ergóteles desprendiéndose de los brazos de Gorgo: marchemos, dijo, y tú, ¡oh adorada Sida! recibe el juramento del amor que te consagro, y durará con mi vida. ¡Adios, Sida mia! y salió precipitadamente por el camino de Esparta.

Sida conllevó con su mano las abundantes lágrimas que corrían por sus mejillas, y haciendo un ruido que se oía en el silencio, que solo el que con ella se encontraba, alzando la voz, alzó la voz, y se precipitó en el seno de Sida. Sida, que se encontraba en los brazos de Gorgo, murmuró: ~~¡oh Sida!~~ Sida! recibe el beso de un hijo que te ama. Gorgo, y hazte con un hijo; Sida, Sida mía! Sida precipitadamente por el camino de Esparta.

Gorgo se encaminó á reunirse con su padre despues de haber consolado á Sida, y su corazon palpitaba todavía de la tierna sensibilidad que habia escitado en su pecho aquella amarga separacion, despertando en su mente con todo el fuego de la pasion la tierna memoria de Zeona.

Sida estuvo algunos dias triste y abatida: Gorgo venia á consolarla á menudo; mas no pudiendo aquella sobrellevar el estado de infelicidad en que se hallaba sumergida, le dijo una vez á este: Dime, oh Gorgo, si al fin he de ser su esposa, ¿no pudiera yo dirigirme á Esparta, y vivir allí siendo Espartana, hasta que los dioses dispusieran nuestra union? Dime: ¿se oponen tambien

¿esto las crueles leyes que llamais vosotros de amor á la patria? ¡Ah! ¿por qué no marché con él? ¡Anajandro me hubiera protegido! Mesenia ó Espartana, mi sola ambicion, mi solo amor, es ser la tierna compañera de Ergóteles.

«¡Ah! todavía no conoces bien á Esparta, le respondió tristemente Aretusa; si tus labios prorumpiesen en Esparta que eres esposa de un Espartano, al momento te verias arrebatada de sus brazos, verias correr su sangre por el inhumano decreto de los Éforos, y tú misma, á pesar de tus inocentes llantos, de tus ruegos, y de tu desesperacion, serias arrastrada al precipicio, á que está condenada la estrangera que se enlaza con un Espartano, contra la bárbara disposicion de sus leyes. Asi recompensa Esparta al amante que sigue el impulso de la naturaleza, ó no lo sacrifica á sus reglamentos. ¡Ay amada Sida! estremécete al solo nombre de Esparta, que no conoce amor, ni amistad, ni relacion, y que no sabe distinguir sino al hombre de Esparta. Esperas encontrar allí la felicidad, y cualquier partido que quisieras tomar, solo serviría para labrar tu ruina y la del infeliz Ergóteles. En la primera guerra de los Mesenios yacia en una casa incendiada de una aldea mesenia una niña de pocos meses rodeada de las llamas que iban á devorarla: Un Espartano que habia ya sacrificado á su patria su felicidad y su familia,

su nombre Otriado..... ¡Qué! exclamó Gorgo, ¿sabes tú la historia de este anciano? Sí; yo la he contado varias veces á Manticlo por donde tú seguramente la sabrás, respondió Aretusa.

«No la sé de Manticlo, sino de la boca del mismo Otriado» repuso Gorgo. «¡Del mismo Otriado! gritó Aretusa pálida y trémula, ¿qué pronuncias, querido Gorgo? ¿Quieres verme morir á tus pies, si concebida tal esperanza resulta un triste engaño á mi credulidad? Habla por los dioses: ¿vive aun Otriado? ¿Es cierto que no murió mi padre?» «¡Como! ¿tu padre? ¿tu padre Otriado? Esparta mandó precipitar á su esposa y á su hija por la *Ceada*. Mas de todos modos el Otriado que yo conozco vive, Aretusa, y es el que ganó el laurel en la batalla de Tirtea.»

¡Oh dioses benéficos y justos! dad valor á mi débil pecho, y no dejéis que sucumba al estremo gozo que no basto á contener. Corramos, Gorgo, guíame por piedad al lugar de su morada; ven, amada Sida, venid: que lo vea un solo instante, que lo estreche en mi cariñoso pecho aunque deba allí morir á sus plantas.

Al acabar estas palabras se salió precipitada, como si sola sola supiese el camino que habian de tomar, y ya Gorgo y Sida se disponian á partir, cuando llegó Manticlo, el cual viendo la agitacion y el llanto de Aretusa, temiendo algun fatal evento, iba á preguntarle la cau-

sa, mas ella se precipitó en sus brazos ántes que pudiese hablar, y le dijo: Amado Manticlo, ven : vive mi padre..... y no pudo proseguir.

Gorgo enternecido levantó los ojos al cielo y exclamó en voz baja: ¡Oh dioses! cuán inescrutables son vuestros juicios! cuán inmensa la estension de vuestros beneficios. ¿Acaso Pandion ha leído en el libro de vuestros secretos? Sus palabras son otros tantos vaticinios, y yo me tengo por feliz en haber aprendido en su escuela. Todavía gime Otriado por las desgracias que lo oprimen, y á su encuentro corre el gozo, á cuyo acceso piensa haber cerrado para siempre su corazon; y el gozo que le espera es de naturaleza inefable, nunca soñado por él mismo. ¡Oh dioses! ¡qué es el hombre! ¿Por qué se afana en inquisiciones vanas, si no puede sondear los eventos de su misma existencia?

En seguida se encaminaron los cuatro siguiendo arriba del curso del Neda, y llegando al anochechar al pié del monte, se detuvieron en una cueva. Aretusa impaciente queria trepar por las escarpadas peñas; pero Gorgo le hizo ver que el camino era impracticable de noche, y habiendo todos tomado asiento, Gorgo le suplicó que contase de que modo había librado sus dias del terrible decreto de los Éforos contra sus padres, y si tambien se había salvado su madre.

Aretusa calmando un tanto la violencia de su

agitacion habló de esta manera: «Los Espartanos nos arrebataron á mi madre y á mí de los brazos de mi padre para precipitarnos en el terrible abismo. Mi madre, segun me aseguró despues, iba resignada á la muerte, y sus solos afanes eran por mí. Su resignacion conmovió á los que nos conducian, y al fin permitieron que me llevase en su seno para besarme mil veces, y regar mis megillas con su llanto. El camino de la *Ceada* pasaba por la inmediacion del templo de las *Parcas*. Al llegar allí, nuestros conductores le permitieron tomar algun descanso, mas al cabo de un momento le hicieron continuar su camino. Llegadas al fatal precipicio, mi madre agotó su llanto, redobló sus plegarias para que salvarsen mi inocente vida, pero en vano; el duro bronce habia cerrado sus oidos, y murallaba sus corazones: nos iban ya á precipitar, cuando se oyeron los ecos de unas flautas que acompañaban un canto magestuoso y fúnebre. Los ejecutores se detuvieron, y al mismo tiempo salieron los sacerdotes con brillantes antorchas, llevando en procesion á las terribles diosas. Al pasar por delante de nosotras, se postraron nuestros verdugos, y aprovechando mi madre aquella coyuntura, se precipitó conmigo á los pies de las *Parcas* y exclamó fuera de sí: *A vosotras, oh sagradas y severas diosas, entrego la suerte de dos inocentes victimas: salvad á lo menos la vida de mi hija,*

«Paróse la comitiva, los verdugos no se atrevieron á llegarse á sus víctimas, mientras tocaban á las aras de las inflexibles diosas, cuando los sacerdotes, acogiendo el ruego de mi madre, nos rodearon sin que nadie osase contradecir: por la noche un sacerdote anciano y venerable nos condujo hasta las fronteras de la Mesenia.»

Aretusa hizo una breve pausa, y Sida palpataba de horror, sumergida en mil ideas dolorosas, que en su mente escitaba la narracion de su amiga: al fin Aretusa continuó así: ¡Cuan feliz hubiera sido mi madre si hubiese podido averiguar que aun vivia su esposo! Pocos días despues llegámos á Itoma: El sacerdote Teoclo tuvo á mi madre por una Mesenia fugada, cuyo marido habia muerto en Esparta. Le dió una choza en el monte, y en ella me educó, callando á todo el mundo que hubiese nacido de un Espartano; solo en la hora de su muerte quiso revelarme este terrible secreto, haciéndome ántes prometer que no lo revelaria jamas. Solo Mantielo ha sido el único depositario de él despues de nuestro himeneo.

Gorgo contó en seguida cuanto sabia de Otriado, y el encuentro que habia hecho con él, cuyas circunstancias sabe ya el lector, despues de lo cual se entregaron al descanso: pero apenas apuntó la aurora, cuando volvieron á emprender su marcha. Cada estrella que salia

con nueva luz , anunciaba el alba á la impaciente Aretusa , y apenas se divisó la primera faja descolorida sobre el horizonte , cuando escitó á sus compañeros á la marcha.

Al fin , poco despues de haber hecho el sol la mitad de su carrera , llegaron al pié de otro monte en cuyas breñas vivia Otriado. Estaba lleno de zarzas y matorrales , mas no por eso se paraba Aretusa , que á pesar de lo intransitable del camino precedia siempre de un grande trecho al mismo Gorgo , que era el único guia , llegando á la inmediacion de la choza toda ensangrentada.

Entonces hicieron alto guardando el mayor silencio , y habiéndose Gorgo adelantado , vió que todavía no estaba cubierta la tumba que Otriado se habia abierto él mismo : volvió con alegre semblante , y aseguró á Aretusa que vivia aun su padre. Aretusa no podia sufrir los momentos que se tardaban en abrazar al autor de sus dias , por lo que habiendo dispuesto Gorgo que Sida y Manticlo se retirasen á cierta distancia , llamó á la choza apellidando á Otriado por su nombre. De repente salió el anciano , y observando al rededor exclamó : ¡ Así guardas tu palabra ! vuélvete al instante , ó prepárate á ser víctima de mi furor : diciendo esto tendió el arco con que habia salido , y asestó una flecha al pecho de Gorgo. Detente , Otriado , exclamó

Gorgo, ¿qué frenesí es el tuyo? ¿Sabes todavía á qué he venido? ¡Esta joven!..... Aretusa corría á precipitarse en los brazos de su padre, pero Otriado previniendo la acción soltó el arco de entre sus manos, y desenvainando una daga que llevaba ceñida en su cintura, la iba á clavar en el seno de su hija, que quedó desmayada en sus mismos brazos sin poder proferir un solo acento, cuando Gorgo exclamó: ¡Qué haces, Otriado! ¡es tu hija! ¡Por los dioses! esa que sostienen tus brazos es Aretusa. ¡Qué oigo! ¡como!..... y dejó caer insensiblemente Otriado el acero de sus manos. ¡Sería posible! ¡Podrías deleitarte en amargar mi existencia mas de lo que han querido los dioses, con este doloroso engaño! y la palidez de la muerte se pintaba en sus facciones. Tu hija es, gritaron todos rodeándolo, habiendo acorrido también Sida y Manticlo, tu hija Aretusa: ¡qué otro afecto, sino el excesivo gozo de hallarte con vida, la tuvieran sin sentidos en tus mismos brazos! Otriado fijó su vista con agitado anhelo sobre las facciones de su hija, y al fin exclamó: ¡Hija mía! ¿eres tú? y no pudo contener el llanto. Pero ¡cual poder del alto olimpo pudiera haberla sustraído al furor del pueblo espartano! Los sacerdotes de las Parcas, respondió Gorgo, aquel mismo día verificaban uno de sus misteriosos ritos; tu esposa se acogió á las sagradas

aras, los sacerdotes le prodigaron su favor, y tú sabes hasta donde alcanza. ¡Oh dioses! ¡es cierto! yo supe este acontecimiento, sin saber que habia recaído en mi desdichada familia! y volvió de nuevo á reconocer el rostro de Aretusa con nuevo afan y curiosidad: al fin doblando una de sus trémulas rodillas, y apretando á Aretusa en su seno: Sí, exclamó, sí: es mi hija, sus facciones llenan mi pecho de nueva vida, y mi mente de lejanos y crudos recuerdos.

En este instante volvió en sí Aretusa, y con lánguida voz: ¡Oh amado padre! exclamó, los dioses no pueden ya añadir nada á mi felicidad! Otriado apretó á su hija en su seno, juntó su rostro con el suyo, y no pudieron sus labios trémulos y balbucientes pronunciar una sola palabra. Padre é hija no oían nada de cuanto les decia Gorgo ni les observaba Manticlo, que temian que el extraordinario placer á que se habian entregado sus almas les llegase á ser funesto. Al fin Otriado desprendiéndose blandamente de su hija, levantó los brazos al cielo y exclamó: ¡Oh dioses! ¡cuan temerario es el hombre en resolver sin vuestro consejo! Cuan rodeado de tinieblas el breve círculo de sus dias! El dedo poderoso de vuestra omnipotencia no hace mas que señalar al hombre, y en donde todos marchan con seguro paso, se abren para él los hondos pre-

cipicios, y el caos de la confusion y de la ignorancia, embargando todos sus sentidos; el claro dia se convierte de repente en espantosa obscuridad á sus turbados ojos, la serena faz de la tierra es tormentosa mar á su desamparo, y la amena calma de los cielos y las rubias trenzas del padre de la luz, son cual rayo torcido del Olimpo acompañado del bramido del desatado noto. Mas, ¡oh secretos insondables de vuestra sabiduría! El hombre poco ha abandonado á vuestra venganza, escitando de nuevo vuestra piedad, suspende los rigores de vuestra justicia, y ved ahí que el bálsamo de la felicidad le nace en medio de las espinas, le crece entre las arenas y escombros. ¡Oh Aretusa! ¡Oh hija mia! une tus acentos á los míos para agradecer á los dioses, si nos es dado, el supremo bien de que nos colman en este instante. A tí, Gorgo, contra cuyo pecho armé mi diestra eriminal, debo mi felicidad. Los dioses te eligieron para que fueses mi ángel de paz, para que corrieses un velo sobre mis infortunios, para que me restituyeses al comercio de los hombres, y finalmente para que me enseñases á esperar.

Aretusa dió gracias á los dioses acompañando la plegaria de su padre: Gorgo con su natural afabilidad confortó al anciano Otriado, rogándole que nunca desconfiase de la bondad de los

dioses, y habiéndose sentado todos, Aretusa, á ruego de su padre, contó su historia y la de su madre, á cuyo recuerdo derramó abundantes lágrimas Otriado, y finalmente habiéndole participado su enlace con Manticlo, hijo del sacerdote Teoclo, Otriado lo estrechó contra su pecho, y lo llamó hijo suyo, y esposo de su Aretusa.

Por fin, Gorgo informó al anciano de la suerte de Mesenia, y Otriado levantándose con su hija: Vamos, dijo, vamos á Era; no para tomar las armas contra mi patria, sino por ver si me será dado convencer á tu padre, ó querido Gorgo, de que le es forzoso abandonar la desastrosa guerra que mantiene contra la fortuna, y en destruccion de su pueblo. Vamos todos á fundar una nueva patria en donde podamos amarnos y hacernos felices.

Gorgo no tuvo dificultad en conducir á Otriado á Era, y prometió redoblar todos sus esfuerzos en persuadir á su padre á abandonar la guerra y á salir del Peloponeso; pero ántes suplicó á sus compañeros de viage que quisiesen concederle un dia de tiempo, y marchó al Taigeto con el objeto de visitar á Zeona y el valle en que habia pasado su infancia y primera juventud.

Allí le esperaban escenas de puro amor y satisfaccion. Seria en vano el intentar hacer una fiel pintra de los transportes que produjeron su inesperada aparicion, y los nuevos juramen-

tos que venia á renovar á su amada. La madre y la hija no sabian desprenderse de su pecho, y el contento y la felicidad mas pura reinó en sus corazones durante el corto intervalo que Gorgo permaneció con ellas : les contó los accidentes últimamente acaecidos : les pintó los desastres ocasionados por la guerra , y últimamente aseguró á Zeona que su padre vendria al fin en consentir en su suspirado enlace. Asi se pasaron aquellas breves horas , y al fin al dia siguiente tuvo Gorgo que separarse de lo que mas amaba sobre la faz de la tierra , despues de su padre. Muy pronto, amada Zeona, le dijo , se decidirá nuestra suerte ; pero cualquiera que ella sea , aqui en el Taigeto , en Mesenia , ó en el mas retirado lugar del universo , iré contigo á gozar de la paz y de la felicidad que los cielos me guardan en tu mano en premio de mi constancia.

Por último desprendiéndose de sus brazos y besando su bella frente se retiró gritándole: pronto volveré á tu lado para nunca mas separarme de tí.

¡Qué felicidad es la mia ! decia consigo mismo mientras caminaba , sin saber el crudo sinsabor que iba á amargar su corazon. Llegó á la cabaña de Otriado , y al amanecer del dia siguiente emprendieron todos la marcha bajando el monte y encaminándose á las orillas del Neda , adonde llegaron al anochecer : camina-

ron toda la noche con la mayor precaucion, temiendo tropezar con alguna tropa espartana, y al romper el alba del siguiente dia llegaron al territorio de Era. Conforme se iban aproximando creian distinguir una multitud de gentes, corriendo precipitadas en grupos diferentes, y sin ningun órden: al acercarse mas llegaron á divisar la playa, y en ella infinito número de pequeños barcos cargados de mugeres y niños, cuyos ademanes marcaban la desesperacion, y hacian augurar algun funesto contratiempo. Gorgo impaciente alcanzó uno de los muchos que corrian hácia Era, y habiéndole preguntado la causa de aquella confusion, le contestó con mal concertadas palabras: Todo está perdido: el Apetida ha caido en poder de los Espartanos, y ha sido conducido á Esparta mortalmente herido. Gorgo sintió helársele la sangre dentro de sus venas y oprimírsele el corazon, sin poder proferir un solo acento; pero Manticlo siguió preguntando al fugitivo: ¿Por qué huis? Ya no existe Mesenia: volvió á responder aquel: Pilo ha sido entregada, y allí vienen ya los Espartanos con direccion á este punto, último resto del pueblo mesenio. Al fin la triste comitiva entró en Era en donde reinaba el llanto y la desolacion: Pandion recibió á Gorgo en sus brazos, le contó la desgraciada suerte de su padre, que efectivamente habia caido en poder de los

Espartanos, y le prodigó todos los consuelos de un segundo padre: pero Gorgo en su desesperacion queria de improviso encaminarse á Esparta para obtener la libertad de su padre, ó resuelto á perecer con él: ya meditando la imposibilidad de conseguirlo queria acabar sus dias al filo agudo de su misma lanza: ya en fin..... pero Pandion que ejercia en su ánimo un poderoso imperio, lograba calmarlo y le daba todavía motivos de esperanza. Aun no se sabe nada de cierto, le decia: Ninguno de los que salieron con tu padre ha regresado: ¿quien sabe si su impertérito valor habrá podido abrirse paso? Pero en vano recorrieron las cercanías: todas las noticias confirmaban la muerte de Aristomeno. Al fin habiendo Gorgo divisado á Evergétidas se encaminó á él precipitadamente, y ántes de llegar á sus brazos leyó en su rostro la certidumbre de su desgracia. Evergétidas lo recibió cariñosamente en su seno, pero desprendiéndose blandamente del malhadado hijo de su príncipe, le dijo volviéndolo á apretar. Ya llegó el tiempo de morir: Evergétidas no quiere sobrevivir al hombre mas grande que ha producido la Grecia.

Pandion volvió á apoderarse de su triste discípulo, y habiéndoselo llevado á su habitacion procuró confortar su espíritu con saludables reflexiones, citándole abundantes egejemplos de

constancia y de valor en el sufrimiento de las adversidades, traídos de la larga historia de sus mayores.

Entre tanto Manticlo, habiéndose reunido á Otriado y á sus dos compañeras de viage en el lugar de su demora, les contó los pormenores de semejante desgracia, segun habia podido inquirir, que fuéron asi: El mismo día en que salió Gorgo para el Taigeto, salió el Apetida de Pilo con sus trescientos guerreros para invadir el territorio de Esparta. Persuadido Anajandro que la guerra no tendria fin mientras viviese el Apetida, envió numerosos espías para que se informasen muy de cerca de los planes y movimientos de Aristomeno. Enterado por ellos del camino que debia llevar aquella noche, mandó ocupar todas las veredas y salidas del monte, y se ocultó él mismo con una fuerte partida en el valle por donde debia pasar. Llegado allí Aristomeno, mandó Anajandro sonar la carga á los clarines espartanos, y sus tropas lo rodearon por todas partes, de modo que no pudo verificar su retirada, ni romper por ningun lado. Viéndose en tan inminente peligro: Seguidme todos: exclamó impertérrito, y habiendo enristrado las lanzas sus soldados, se precipitaron sobre los Espartanos; mas estos se mantuvieron firmes, contando con el inmediato auxilio de las demas divisiones que acorrieron efectivamente al

lugar en donde se habia trabado el sangriento combate. De todas partes manaban arroyos de sangre : la desesperacion conducia el acero de los Mesenios , y los Espartanos súplian con el número el extraordinario esfuerzo de sus contrarios. El sudor y la sangre corrían por la frente impávida del Apetida , y su brazo se hundía en los pechos de sus enemigos. Precipitóse al último un nuevo escuadron de Espartanos sobre los cansados Mesenios , á quienes solo quedaba el escudo y la embotada espada por toda defensa. Un Espartano habiéndose separado de la pelea, volvió á ella con una enorme piedra , y habiendo buscado largo tiempo al Apetida , luego que lo divisó corrió á él , y mientras repartía la muerte al rededor , se la descargó con violencia ; y aunque Aristomeno presentó el escudo para reparar el golpe , no pudo evitar que le diese en la frente cayendo sin sentido en el ensangrentado suelo. En el momento levantaron los Espartanos un grito de alegría que retumbó en los cielos , y los Mesenios habiendo visto caer al Apetida no tuvieron aliento para defenderse por mas tiempo. Abandonaron las cerradas filas en que se habian mantenido hasta entonces , y su derrota fué tanto mas fácil á sus adversarios. Evergétidas probó reunirlos , pero fué herido á su vez , y solo pudo salvarse habiendo sido reputado por muerto , y abandonado en el campo como á tal : sin em-

bargo, al cabo de algunas horas volvió en sí, y tuvo bastante aliento y fortuna para alcanzar el punto de Era, de que distaba muy poco el lugar del combate.

Cincuenta Mesenios fueron los únicos que cayeron vivos en poder de los Espartanos, los cuales iban con los brazos atados, y el Apetida cargado de cadenas era llevado por cuatro Espartanos sobre unas ramas. La fama habia precedido á la llegada de los prisioneros, y todo el pueblo de Esparta habia salido al camino por donde debia llegar Anajandro. El Apetida ha caíen poder de nuestro rey : se decian unos á otros, y los ecos repetian cien veces el nombre del Apetida. Los niños y las mugeres, los adultos y los ancianos salian apresurados á ver el formidable guerrero, terror de Esparta y azote de la patria. Finalmente se divisaron los del séquito del rey al bajar de las colinas inmediatas, y fueron saludados con mil gritos de alegría. Por último llegaron abriéndose paso por entre la multitud : los cincuenta prisioneros iban delante del Apetida, pero no llamaban la atencion de ninguno de los espectadores : su anhelo era fijar la vista sobre el hombre extraordinario, cuya espada los habia llenado tan repetidas veces de viudez y de horfandad. Las madres levantaban á sus hijos, palpitando todavía, para que lo viesen, y estos luego que lo habian divisado

apartaban la vista llenos de un involuntario terror.

Aristomeno se hallaba casi exánime, cuando la terrible gritería de los Espartanos le hizo volver en sí. No sabia en que lugar se encontraba, y levantando con bastante trabajo la cabeza, reconoció el sitio, y viendo que se hallaba en Esparta: ¡ Oh dioses ! exclamó, ¡ tal fin habeis guardado á mi constancia ! y volvió á caer sobre las ramas : otra vez reclinó la cabeza como desmayado, y fué conducido á la plaza del mercado.

Allí se detuvieron los que le acompañaban, y probando levantarse no pudo conseguir mas que quedar apoyado sobre uno de sus brazos. La curiosidad habia convocado al pueblo que lo examinaba desde lejos, y á cada movimiento que hacia retrocedian todos algunos pasos como espavoridos. Sin embargo no proferia una sola palabra, fijando su dolorosa vista sobre sus compañeros de desgracia, que se hallaban tendidos en el suelo á su alrededor, espirando algunos de ellos al dolor de sus heridas, manando copiosa sangre de las de los demas.

Los Éforos y los reyes se reunieron en el templo de Palas. Hasta el mismo Anajidamo estrechó en su pecho con sincera alegría al rey Anajandro apellidándolo salvador de Esparta; pero al mismo tiempo dirigiéndose á la asamblea habló así : Ya que los dioses han puesto en nues-

tras manos al mas formidable de nuestros enemigos, seria desagradecer el beneficio si tardásemos en sacrificarlo á nuestra justa venganza: yo pido que al punto sea precipitado en la Ceada; pero Anajandro indignado al oir semejante proposición, y dirigiéndose con actitud imponente y magestuosa á los que componian la asamblea: El Apetida, ó varones espartanos, está en nuestro poder: es constante que su suerte depende de nosotros, pero ¿qué pensais hacer? Quereis manchar vuestro mayor triunfo con un acto de crueldad? Quereis señalar el primer dia de vuestro reposo, con el proceder mas inhumano? Toda la Grecia tiene fijos los ojos sobre nosotros, y sobre el héroe desgraciado. Mientras el patriotismo y la constancia sean virtudes entre los mortales, la posteridad clamará por nuestra víctima, eminente en amor á su patria, invencible en su sufrimiento. Los daños que ha ocasionado á nuestra patria son efectos de aquellas virtudes, y que nuestra ambicion ha provocado mil y mil veces. No mireis pues en el desgraciado que vais á sentenciar, sino á un príncipe sin fortuna, que ha peleado por la salud de su pueblo y por reconquistar el trono de sus mayores. Si Esparta ha sido mas feliz, recordad que pudiera haberse visto en la dura situacion en que gime el pueblo mesenio; y jamas los dioses os dejarán mas bella coyuntura de osten-

tar vuestra generosidad y vuestras virtudes. Yo soy el que he encadenado al Apetida; permitid que yo mismo rompa sus cadenas. Conceded la paz al pueblo mesenio y que se llame de hoy mas nueva parte del pueblo espartano. La patria conseguirá mayor número de guerreros, acostumbrados á pelear desde la cuna, y en Aristomeno tendrá un esforzado capitán que la defiende de sus enemigos.

El discurso de Anajandro conmovió á los Éforos, pero el inhumano Anajidamo insistió en su petición, haciendo presente que en vano se usaría piedad con un enemigo tan irreconciliable, que jamas depondría el ódio ni las armas hasta haber conseguido la ruina de Esparta, y que sería imprudencia, y acaso temeridad, no perdonar, pero ni suspender la sentencia de muerte contra el Apetida. Al fin pidió el voto de los Éforos, que llevados de su ascendiente pronunciaron el fallo terrible de muerte, debiendo ser precipitado en la Ceada.

Luego que salieron del templo, y que la multitud se informó de lo que se habia decretado, el júbilo y la alegría cruel de los inhumanos pechos de los Espartanos se pintó en el rostro de todos. «Muerte, muerte al Apetida:» clamaban todos con cobarde acento, y las voces retumbaban en los oídos de Aristomeno, que sin inmutarse, ni dar muestras de sorprenderse á tal

novedad, miraba con rostro indiferente al bárbaro pueblo que tan injustamente ordenaba deramar su sangre. Anajandro bajando las gradas del templo: ¡Oh posteridad! exclamó: Yo no consiento en el rigor de tan impía sentencia; y precipitándose por entre la multitud llegó á donde estaba el Apetida, y estrechándolo en sus brazos: ¡Oh Aristomeno! le dijo: príncipe desgraciado y magnánimo! el consejo te condena á morir para mengua y borron del nombre espartano: ojalá pudiera yo participar de tu fin, para no ser testigo de semejante impiedad!

Ya los guardias habian rodeado á los prisioneros, y despues de haberles quitado las armas los rodeaban en dos filas para conducirlos al precipicio de la Ceada. Entonces Anajandro mandando quitar las cadenas que aseguraban al Apetida, y dirigiéndose al gefe que debia conducirlo, le habló así: Conducid á Aristomeno con las armas: Vivió con ellas; baje con ellas al sepulcro, y no quieran los dioses vengar sobre el pueblo de Esparta la crueldad de su consejo. Vé, Apetida: yo quise reconciliarte con mi patria y volverte el cetro de Apito; pero mis esfuerzos han sido vanos: muere, pues así lo disponen los cielos; y escondió su rostro entre sus manos.

Aristomeno lo apretó en su pecho al separarse, y solo le contestó con una dulce sonrisa. Al fin salió la triste comitiva de Esparta en medio de

la cual iba el Apetida con erguida frente y sereno semblante, cual un vencedor olimpico aplaudido y aclamado por todos los pueblos reunidos de la Grecia.

Entre tanto volvió á salir Anajandro para Metona que ya habia caído en poder de los suyos, y dirigiéndose con el ejército á Pilos encontró que sus habitantes la habian abandonado sin esperar su llegada. En esta coyuntura fué cuando Gorgo entró en Era mezclado con los fugitivos, y tales los aciagos acontecimientos que habian tenido lugar desde su separacion de dicho punto. La crisis del pueblo mesenio parecia haber llegado á su último término, y la esperanza habia muerto en los pechos de todos, y todos habrian sucumbido, si Gorgo no hubiese conseguido el que prometiesen defenderse hasta la vuelta de los embajadores que iba á mandar á Arcadia para pedir hospitalidad.

Una noche se hallaban reunidos los principales Mesenios celebrando un consejo privado para su defensa, pero habia muerto su valor con el Apetida, y todos eran de parecer de abandonar el peñasco y retirarse á Arcadia, de parte de cuyos habitantes habian recibido generosos ofrecimientos. Evergétidas, no obstante, insistia en que no pudiendo recobrar el suelo patrio, debian todos preferir una muerte gloriosa, luchando hasta que no quedase un solo Mesenio, al opro-

bio de ir errantes, sin hogar y sin nombre, mendigando el socorro ageno. La asamblea quedó sepultada en el mas profundo silencio. Nadie se atrevia á tomar la palabra, cuando unos rudos golpes, que retumbaron por el elevado arteson de la sala del consejo, llamaron la atencion de todos, alarmándose al oir el estrépito que continuaba cada vez mayor. Gorgo el primero se adelantó denodado, abriendo la puerta, apercibiéndose todos con sus aceros desenvainados, cuando vieron entrar un guerrero armado de pies á cabeza, cuyas primeras palabras fuéron estas: «¿ Asi guardais el peñasco, ó Mesenios? Vedme aqui y nadie me ha detenido.» Todos quedaron inmóviles al reconocer por el sonido de la voz la persona que hablaba. Era el mismo Apetida. Los primeros afectos que obraron en el pecho de todos fuéron la sorpresa y la alegría, y al momento se echaron á sus pies, besando sus vestidos y haciendo resonar á un tiempo las voces de su inesplicable júbilo. Gorgo en su extremo alborozo estrechaba las rodillas de su padre contra su pecho, y no se saciaba de mirarlo con el rostro bañado en lágrimas. Aristomeno estaba pálido, y dejaba percibir en el aire de su cuerpo el sumo cansancio que lo tenia abatido; finalmente, habiéndolos abrazado á todos: No es tiempo, les dijo, de entretenernos en inútiles discursos; lo que primero importa es guarnecer

debidamente nuestra posicion. Corre, Evergétidas, y que no quede ningun lugar mal defendido, y luego iré yo á visitar los puestos. Los Espartanos estan cerca, y debemos redoblar nuestra vigilancia y actividad. Evergétidas marchó á cumplir las órdenes, y en un momento corrió la noticia de la repentina llegada del Apetida por todos los ángulos del peñasco. Aristomeno está aquí: El Apetida acaba de llegar: se repetian unos á otros corriendo de todas partes á cerciorarse por sus ojos de la verdad. En un momento se congregaron frente las puertas del consejo los principales Mesenios y un sin número de pueblo, pidiendo con gritos de alegría que se les concediese el placer de ver á su magnánimo caudillo, que todos creian víctima de la crueldad de Esparta. Aristomeno se presentó á sus Mesenios con aquel aire afable y magestuoso con que se habia conciliado siempre su cariño y su respeto. Su hijo y los demas individuos del consejo lo rodeaban silenciosos con bujías y hachas en la mano. Al fin Aristomeno les manifestó su gratitud, alentó sus muertas esperanzas, los exortó á la vigilancia y á la mas decidida defensa, y sus ojos se arrasaban en lágrimas al mirar la docilidad de aquel desgraciado pueblo, que aun en el borde del precipicio, en el último trance de su existencia, se euardecia, se entusiasmaba, al solo metal de su

voz. Concluido el discurso de Aristomeno se retiraron todos , llenos de satisfaccion y confianza, aunque deseosos de saber las circunstancias que habian salvado la preciosa existencia de su gefe.

No era menor la curiosidad de Gorgo y de los amigos del Apetida , el cual habiendo tomado algun refresco para reparar un tanto sus fuerzas , y ántes de entregarse al descanso , á ruego de aquellos, empezó su narracion que fué asi: Ya sabeis el funesto resultado de mi última expedicion , y nada puedo deciros desde que perdí el sentido , hasta que volví á ver la luz. Pero ¡oh dioses! al reconocerme dentro de los muros de Esparta se apoderó de mi alma tal furor, tan estrema indignacion , que á no haberme hallado entre fuertes cadenas habria yo mismo terminado mi existencia; pero los cielos que tenian decretada mi salvacion , lo dispusieron de este modo. Aguardé pues con sufrida resignacion el fallo de mis enemigos , y á pocos instantes los injuriosos gritos del bárbaro pueblo de Esparta me anunciaron el resultado del consejo de los reyes y de los Éforos. El rey Anajandro que me habia vencido clamaba por mi libertad, pretendia concedernos una honrosa paz, y sus últimos abrazos obligaron á mis ojos á que regasen con lágrimas de sincera gratitud el pecho de tan generoso enemigo. Pero sus votos fueron contrastados por Anajidamo y por los

Éforos , y llegó el momento de la ejecucion : salímos rodeados de guerreros , y nos encaminámos á la Ceada , precipicio por donde son arrojados los criminales de Esparta. Llegados al horroroso lugar , ya no lucia á mis ojos el menor rayo de esperanza : mis fervientes súplicas solo se dirigian á que los dioses dispensasen una mirada de proteccion sobre mi hijo , y sobre mi desventurado pueblo. Anajandro ya que no pudo salvarme , quiso concederme el honor de morir con mis armas , y á este fin habia nombrado á un valiente oficial con ciento y cincuenta Espartanos para que la ejecucion se cumpliese exactamente de este modo. Anajidamo deseoso de obtener mi escudo , resto precioso de la casa de Apito , habia mandado á otro oficial con doscientos hombres , con el encargo de que le llevase mis armas. Cincuenta Mesenios debian morir conmigo , y aunque estos habian sido ya despojados de sus armas ántes de ser sentenciados , fuéron despojados en este momento de los restos de sus armaduras y vestidos. Yo habia caminado en medio de la escolta sin cadenas ni otra especie de opresion , ó por órden de Anajandro , ó tal vez por ostentacion del orgullo de Esparta , afectando no tener ningun temor á los esfuerzos que pudiera hacer para sustraerme á la muerte ; pero mis flacas fuerzas , y la fuerte escolta que nos con-

ducia alejaron de mi idea todo empeño de evadirme temerariamente del cierto é inevitable fin que me aguardaba. En esto el oficial nombrado por Anajidamo llegándose á mí me pidió imperiosamente el escudo y las armas: el encargado por Anajandro se opuso fuertemente á su pretension, y á tal extremo llegó el empeño y la obstinacion de cumplir cada uno con su encargo, que en el acto se trabó la mas sangrienta lucha entre uno y otro destacamento de la escolta. En tal momento, aprovechándome de aquel desórden, y desprendiéndome de unos cuantos que me custodiaban, recobrando todo mi valor, y sintiendo en mí nuevas y poderosas fuerzas, que acaso me infundian los pródidos dioses, desenvainando mi luciente espada: «Corred Mesenios, imitad al Apetida» exclamé con terrible voz, y me mezclé entre los combatientes, esparciendo la muerte y el terror por todas partes. Era demasiado inminente mi peligro, y asi los esfuerzos de mi brazo eran sobrenaturales, y jamas he sentido en mi pecho fuego mayor, audacia mas decidida. Mis palabras retumbaron en los oidos de mis Mesenios, llenándolos de súbito fuego, y de un nuevo valor; asi es que al verme en la refriega, apoderándose prestamente unos de las mismas espadas de los de su custodia, otros de las de los muchos que yacian muertos ó postrados, iban acorriendo al

Lugar en que me hallaba asaltado de infinitos enemigos : cada nuevo Mesenio que se reunia á nosotros era semejante á un héroe que en el momento de perderse una accion , con sola su presencia muda la faz y la suerte de la jornada. Los Espartanos se apercibieron tarde de su imprudencia y temeridad , y cuando quisieron convertirse reunidos contra mí y contra mis pocos Mesenios, habian perecido la mayor parte , y los restantes se hallaban ó cansados, ó mal heridos, de modo que tuve lugar de hacerme fuerte en una altura , donde no se atrevieron á atacarme. Sin embargo , todavía era el número de mis enemigos cerca cuatro veces mayor que nosotros, y yo tenia necesidad de emprender la marcha ántes que llegase algun refuerzo de Esparta. Así pues, habiendo exortado á los míos á dar el último golpe, manifestándoles que valia mas morir en la tentativa que ser víctimas de la crueldad, íbamos ya á echarnos encima de los contrarios, cuando advertimos que hacian algun movimiento. En efecto, la mitad de la fuerza se encaminó por la falda de la colina en que me hallaba para dar la vuelta por el lado opuesto y atacarnos por todos lados. Suspendí pues mi ataque, y luego que el destacamento hubo traspuesto unos peñascos que rodeaban la colina, entonces conocí ser el momento de poner en práctica nuestros esfuerzos batiendo parcialmente la fuerza que

reunida habria seguramente acabado con nosotros. Nos precipitámos pues de lo alto arrebatados de la desesperacion , y de tal manera caimos sobre los Espartanos que habian quedado, que no pudieron contener nuestro choque , y en un momento fuéron completamente derrotados. Ya entonces no pensé en buscar el resto de mis enemigos que corrian á socorrer á los ya vencidos, sino que apresurando nuestra marcha procurámos ganar los montes inmediatos , y al obscurer perder de vista á nuestros perseguidores : Caminámos sin embargo internándonos por el Taigeto , y á poco ántes de la madrugada hicimos alto en unas chozas donde vivian algunos pastores que nos suministraron leche en abundancia. Despues de haber descansado algunas horas, y tomado algun alimento, volvimos á emprender nuestra marcha. En las chozas supimos que los Corintios venian á ausiliar á los Espartanos para la toma de Era, con otras circunstancias interesantes , y al despedirnos de aquellas gentes , les dije quienes éramos , encargándoles que hiciesen saber á los Éforos que el Apetida se hallaba en libertad y se encaminaba á defender el Era. Caminámos todo el dia sin hallar el menor obstáculo, y finalmente no pudiendo resolverme á pasar la noche sin abrazar á mis amigos , y participarles mi libertad , dejé á mis compañeros en el descanso á pocos estadios del peñasco , con

orden de que emprendiesen su marcha ántes de amanecer, y me dirigí solo aquí, en donde me miro libre ya de todo funesto contratiempo y colmado del mayor gozo.

Aquí dió fin Aristomeno á su narracion, y Gorgo y los circunstantes volvieron á abrazarlo con la mayor ternura, dando gracias á los dioses por el señalado beneficio que acababan de conceder al pueblo mesenio, habiendo salvado la vida del Apetida por tan maravilloso medio.

Dos dias empleó el Apetida en acabar de fortificar el Era y en recobrase de sus pasadas fatigas; al cabo de los cuales, habiendo reunido á los mas resueltos y esforzados de los Mesenios, salió para atacar el campo corintio que sabia que no se hallaba con la mayor vigilancia, no teniendo enemigos de quien temer ninguna sorpresa. Por la tarde del dia siguiente se ocultó con sus tropas en un bosque que estaba inmediato á dicho campo, en donde permaneció hasta media noche.

Resonaban desde lejos los alegres cantos de los descuidados Corintios, hasta que al fin todo quedó en el mas profundo silencio. Entonces creyendo Aristomeno que ya se habrian entregado al sueño, dividió sus tropas disponiendo que Evergétidas se dirigiese con la mitad á la espalda del campo. Habiendo esperado á que este llegase á su posicion, se encaminó con mucho

silencio hácia la entrada del campo, y asaltándola de improviso se introdujo con la mayor facilidad gritando todos sus soldados: «El Apetida, el Apetida» y descargando sus aceros sobre los espavoridos enemigos, que ántes de encontrar las armas hallaban la muerte en las de sus contrarios. Los gritos de los moribundos, el ruido de las armas y de las trompetas, y el alborozo de los Mesenios aumentaba el terror de todo el campo. El Apetida iba corriendo por todas partes, repartiendo la muerte, cuando divisó á lo lejos un grupo bastante considerable que entraba en formacion con la mayor presura. En efecto, los fugitivos se habian amontonado al rededor de la tienda de su general Hiperménides, y este se apercibía á repeler á los invasores. Al acercarse el Apetida y al reconocer su escudo al brillo de algunas hachas que habia mandado encender: «A las armas, Corintios:» exclamó, y se abanzó á recibir á Aristomemo que cual furioso leon lo acometió dando orden á los suyos de que nadie se mezclase en la singular pelea. Hiperménides se defendió con el mas inaudito valor, mas la espada del Apetida lo seguía sin descanso, y al fin cayó su cabeza partida por el mas terrible golpe. En este instante acorrieron Acladeo, Lisistrato é Idequito, cólegas de Hiperménides, los cuales asaltaron á un mismo tiempo al Apetida con sus lanzas; mas este sorteó sus golpes

con su grande escudo. Lisistrato iba á secundar el golpe, y al levantar el brazo sintió la espada de Aristomeno dentro de su ardoroso pecho. Acladeo iba á introducir su lanza por debajo del escudo del Apetida, y aquella y su mano cayeron sobre el polvo. Idequito retrocedió espavorido, pero los guerreros que estaban á su espalda le obstruyeron el paso y tuvo que volver á hacer frente á su adversario. Antes que la espada de este lo alcanzase creia ya que era inevitable su fin, y por lo mismo su defensa fué obstinada, y necesitó de tan terrible contrario para acabar; pero al fin el brazo del Apetida le cayó de lleno sobre el casco, que quedó abollado, introduciéndose en la cabeza de su infeliz dueño. Los Corintios, al ver estendidos sobre la arena á sus cuatro caudillos, despidieron espantosos gritos, y se entregaron á la mas desesperada lucha. Aristomeno despreciando su furor: Acabadlos, gritó á los suyos; y saliendo del lugar del combate tomó una tea encendida y pegó fuego á las tiendas del campo, y cuando las abrasadoras llamas se hubieron alzado hasta las nubes: «Ahora, Mesenios, me será dado mirar vuestros heróicos hechos: forzad: herid: el Apetida está con vosotros.» Los Mesenios alentados por sus palabras, y mas que todo por sus hechos, envistieron con nueva furia á los Corintios, que acosados por los aceros enemigos iban á tro-

pezar con las tiendas incendiadas, por lo cual empezaron á huir desordenadamente por la espalda del campo. Los derrotados Corintios encontraron la muerte en su misma fuga, pues Evergétidas salió entonces de su posición, y empezó á pasarlos á cuchillo sin la menor piedad. Los Corintios caían sin defenderse, y en medio de su conflicto no sabían qué partido tomar: los que aun sobrevivían al horror de aquella infesta noche, se precipitaron por fin de los parapetos, y traspasando los fosos corrieron á esconderse en los bosques inmediatos, caminando sin guía ni caudillo, y llegando á Esparta con el mayor desorden y dispersión.

Dueño del campo Aristomeno, esperó la hora del alba, y habiendo mandado cargar el rico botín y las abundantes provisiones que en él había, se encaminó tranquilo y satisfecho hácia el Era.

Luego que los atalayas del Era descubrieron las tropas del Apetida y hubieron repetido las señales convenidas para reconocerse, Gorgo y Mantielo hicieron una salida contra el campo espartano para impedir que incomodasen el convoy que ya se hallaba inmediato: así que hubo entrado en el recinto del Era, el Apetida mandó sonar el toque de retirada á los trompetas de guerra, y su hijo corrió al momento á echarse en sus brazos, y á informarse del feliz suceso de su expedición.

Anajandro viendo quanto se retardaba la llegada de las tropas corintias envió un mensajero á su campo para que se pusiesen inmediatamente en camino, resolviendo asaltar á los Mesenios con su refuerzo; pero los enviados volvieron con algunos de los fugitivos estraviados, por donde supo con certeza que el Apetida se habia reunido á los suyos; pues ¿qué otro sino el Apetida hubiera tenido resolucion para tanto? Asi pues mandó redoblar las fuerzas de los puestos abanzados, y de noche dispuso que la mitad del ejército quedase sobre las armas para evitar toda sorpresa. Al mismo tiempo hizo circular la noticia por toda la Laconia para que sus habitantes se apercibiesen, y no descuidasen sus posesiones, y Esparta volvió á temblar, y un nuevo ejército se dirigió al punto sobre las fronteras.

Una noche en que la obscuridad favorecia la resolucion que habia adoptado el Apetida, salió este con su hijo y el sacerdote Teoclo, y habiéndose encaminado á Itoma, y habiendo entrado en el templo, el Apetida consagró á Júpiter vencedor los escudos de los cuatro generales corintios. En el de Hiperménides se leia esta inscripcion: Aristomeno consagra este escudo á Júpiter que le dió la victoria. En el de Acladeo la siguiente: Aristomeno pide á Júpiter la salvacion del pueblo mesenio. En el de Lisistrato

esto : El pueblo mesenio espera conseguir en sus batallas la proteccion del padre de Itoma : en la de Idequito esta última : Las matronas, las doncellas y los ancianos de Mesenia piden su patria á Júpiter vencedor. En seguida colocaron sus ofrendas en las gradas del altar , dirigieron sus plegarias á los dioses tutelares de Mesenia , y se retiraron en silencio. Llegados al pié del monte , Aristomemo abrazó al sacerdote Teoclo , y le dijo : Parte Teoclo : cumple mi encargo, y quieran los dioses volverte felizmente, y con prósperas nuevas. No tardes en volver al Era : hasta tu regreso no emprenderé ningun combate, sino en defensa de nuestro último asilo. El sacerdote se separó de los dos Apetidas , y estos emprendieron su camino hácia el Era.

Luego que el sacerdote se hubo desviado algun trecho, Aristomemo participó á su hijo que habia enviado á aquel á consultar el oráculo de Delfos. Quiero saber , añadió , si es posible , cual remedio disponen los dioses á la salud de Mesenia : Estoy cansado de ver correr la sangre de mis compatriotas , y conozco al fin que la guerra es el azote de la humanidad, aunque sea la mas justa. Mesenia sucumbe , mis amigos van desapareciendo de mi alrededor , y poco falta para que el numeroso pueblo vea su término, pereciendo hasta el último individuo. Finta , Androclo , Fano , el esforzado y generoso Go-

nipo..... ¡ Oh dioses ! ¡ el guerrero no debe tener sentimientos de amistad ni de amor ! mis enemigos reemplazan sus pérdidas en la tranquilidad de sus hogares. Mis enemigos..... ¡ Ah ! entre ellos hay uno digno de las afecciones de mi corazón : el noble Anajandro conoce la injusticia de Esparta , pero el honor y el deber lo tienen armado contra mí en el mismo momento que quisiera verme sentado en el trono de mis mayores. Su espada busca mi pecho que late de reconocimiento por sus deseos , y la mía se vibra contra su corazón que siente la piedad por mi pueblo contrastado. Sí , Gorgo : yo no puedo menos de amar á este magnánimo guerrero , á cuya constancia caerá acaso nuestra última esperanza , y su brazo terminará tal vez la terrible obra que le impone la patria y abomina su corazón. ¡ Ay ! El hombre nacido para la amistad y el amor no debía hacer la guerra al hombre : ¡ cual no convierte sus armas contra los destructores vicios , contra las injustas pasiones que así trastornan la humanidad ! Esperemos sin embargo. Quizas Teoclo vendrá con felices nuevas ; mas si la existencia del pueblo mesenio debe terminar por el decreto de los dioses ; si debe desaparecer del suelo griego , salva tú , ó amado Gorgo , los restos del pueblo que tu padre destruyó.

Al fin, llegados al Era encontraron un heraldo

espartano que venia á ofrecer una tregua de cuarenta dias , por acercarse las fiestas Hyacintias, en cuyo tiempo , decia de parte de los reyes y Éforos de Esparta , no debia correr la sangre. Aristomeno lo recibió cortesmente , y convino en el armisticio y añadió : Di á tus compatriotas que atiendan una vez á la justicia de nuestra causa , y que el poder de los dioses acostumbra á castigar la injusticia. Dile á Anajandro que conservaré hasta el sepulcro el recuerdo de sus virtudes : y á Anajidamo..... dile que me has visto , y será sobrado su castigo.

El heraldo se retiró , y la alegría se hizo sentir al mismo tiempo en el campo espartano y en todo el recinto del Era. ¡ Ah ! decia Aristomeno al escuchar los gritos de alborozo de los Mesenios : ¡ por qué me será negado el hacer la ventura de mi pueblo ! y llamando á Gorgo le dijo : un buen padre de familia debe ordenar lo necesario en horas tranquilas : quédate aqui mientras voy á un asunto del mayor interes. Adios ; consuela á tus Mesenios mientras yo estaré ausente , y pues que no hay el menor peligro en estos cuarenta dias de tregua , quiero partir solo , y á mi vuelta sabrás á lo que he ido.

Gorgo se esforzó en vano en querer acompañar á su padre que salió sin ninguna comitiva, tomando el camino del Neda internándose en el Taigeto.

ARISTOMENO estaba ya interiormente convencido de que era llegado el fin del pueblo mesenio, y así resolvió desenterrar de entre las peñas del Taigeto las misteriosas tablas de la diosa Céres y conducir las al Era. Habiendo llegado á la selva, se dirigió á su antigua choza. ¡Oh dioses! exclamó: aquí he vivido yo por espacio de treinta años, jurando venganza por los manes de mi padre y de mis mayores. Me he vengado, me he vengado cruelmente, y anchos arroyos de sangre han corrido por los filos de mi espada, y sin embargo Mesenia se encuentra todavía más abatida. ¡Oh padre mio! continuaba entre sollozos acercándose á la urna, ¡sagrada sombra! Ya tú

Le encontrarás en las tranquilas márgenes de los Eliseos, que nunca han sido profanadas con ódios ni venganzas mundanas. ¿Y nunca se terminarán los ódios y las venganzas sobre la tierra? Yo he cumplido mis juramentos, y lejos de querer renovarlos, aquí sobre tu tumba, ó amado padre, rómpase el ominoso puñal que recibí de tu diestra para encender en mi pecho el frenético deseo de venganza, que ha acibarado mi existencia y ha sembrado la horfandad y la viudez en tantas familias de amigos y de enemigos. Desde este momento..... Una mano poderosa lo asió fuertemente por sus negras trenzas, y cinco guerreros acabaron de tenderlo en el suelo, sin que bastase su resistencia á poderse desprender de los que lo habían inicuaamente asaltado, mientras otros dos le ataron fuertemente los brazos con las cuerdas de los arcos.

« ¿Así quebrantais la tregua, bárbaros asesinos? soltad: exclamaba el Apetida: pero uno de ellos le respondió: Somos Cretenses: con nosotros no existe ningún pacto. Apetida, no te queda mas recurso que someterte al destino. Anajidamo es quien te manda prender, nosotros no hacemos mas que ser ministros de sus mandatos, y nos recompensa largamente. Hace dias que te estábamos acechando. Esta vez no habrá disputas sobre el despojo de tus armas, y por consiguiente no conseguirás escaparte. Tu muerte es segura.»

Pues sea, respondió Aristomeno, llevadme á Esparta y si los Éforos consienten en mi muerte, hollando lo mas sagrado entre las naciones..... No á Esparta Apetida, dijo uno de aquellos, no es á Esparta donde tenemos orden de conducirte; sino á una posesion que pertenece al rey Anajidamo. Allí es donde debes morir: allí te aguarda él para hacerte sufrir los mas inauditos tormentos, porque cree que eres tú el que protege el amor que su hijo profesa á una Me senia.

Dos de los Cretenses se adelantaron para llevar la noticia al rey, y los demas, en número de cinco, seguian rodeando al Apetida, conduciéndolo por los senderos menos frecuentados. Al anochecer se hallaban ya al pié de un monte, en donde habia un delicioso valle, y uno de ellos se adelantó en busca de asilo para pasar la noche y guarecerse del recio temporal que amenazaba, pues empezaba á llover con bastante fuerza, acompañada la lluvia de un viento frio y de una obscuridad que impedía caminar: al fin el Cretense que se habia adelantado los esperó en una encrucijada que hacia el camino por donde venia la comitiva con el ilustre prisionero, y los condujo á una choza inmediata en donde vivia una muger y una jóven que decia ser su hija.

Arquidamia, que asi se llamaba aquella, los recibió llena de temor viendo tantos hombres ar-

mados en su solitaria morada, y respondiendo á sus multiplicadas preguntas les hizo saber que era Espartana. Alégrate pues, le dijo uno de ellos, que tenemos en nuestro poder al mayor y mas formidable enemigo de tu patria. Zeona, la preciosa Zeona á quien ya debe haber conocido el lector desde que hablamos de esta choza, se acercó conmovida temiendo hallar á su amante en la persona de aquel desgraciado; pero ¡ah! la del personage de que se hablaba no debia ser menos interesante á su corazon. Mientras se hallaba en la inquietud que le sugeria el exámen de su porte y facciones, exclamaron los Cretenses : Es Aristomeno. Zeona no pudo contener la súbita conmocion que agitó su tierno pecho al oir el nombre del augusto prisionero, y gritó fuera de sí : ¡Aristomeno! y las lágrimas corrieron por sus mejillas. Los Cretenses se miraron unos á otros, y el compromiso de madre é hija habria llegado al punto mas crítico, si Arquidamia recobrando su serenidad no hubiese enmendado la involuntaria indiscrecion de su hija. Asi pues, dirigiéndose á aquellos : No debeis admiraros, ó Cretenses, les dijo, de la repentina conmocion que ha experimentado mi hija, y aun yo misma, al oir el ominoso nombre de este malvado. Si quereis traer algun consuelo á la mas desolada familia de cuantas llevan el nombre espartano, verted aqui á nuestra vista la sangre del mas funesto

enemigo de nuestra patria, y de nuestra casa : á los agudos filos de su espada ha muerto mi esposo, y á los filos de la misma ha exhalado el último aliento el amante de mi hija, único sosten en nuestra desolacion. Zeona, llena de horror, temia que los Cretenses no cumpliesen con los fatales ruegos de su madre, y esta continuó : pero no, llevadle delante los Éforos. Los dioses no podrán menos de recompensar vuestro esfuerzo, y Esparta os premiará con largueza. Trae vino, querida Zeona, quiero ofrecer á los dioses una copa, por la salud de Esparta. Zeona obedeció algo tranquilizada, y los Cretenses empezaron á beber, haciendo correr las copas de mano en mano, y cantando con todo el esceso de la alegría de que estaban poseidos. Zeona siguiendo el ejemplo de la madre les prodigaba las tazas y aun los atizaba á redoblar los tragos, cantando tambien ella alegres himnos á los dioses, acompañada de su acordada lira. Ya habia pasado la media noche, y todavia no cesaban de beber los Cretenses y de insultar al Apetida : al fin, embriagados y cansados del camino que habian hecho, empezaron á tenderse uno despues de otro, habiendo dejado la custodia de Aristomeno al que le tocó hacer el primer turno de vigilancia; pero Arquidamia fingiendo compadecer al centinela, se acercó á él y le dijo : Duerme tú tambien, y descansa

sin cuidado, que al mas leve movimiento que haga el asesino, yo os despertaré á todos: con esto pues, se durmió tambien el último, y Aristomeno que de buena fé creía que aquella muger hablaba con el ódio que era de suponer en una Espartana, no esperando el resultado que iba á ofrecerse á su admiracion, se tendió á su vez para entregarse al sueño.

En esto la madre, abrazando estrechamente á su hija, le manifestó en breves y balbucientes razones que su ánimo era poner en libertad al grande Apetida si era posible, y Zeona no pudiendo contener las lágrimas de alegría, se llegó donde estaba echado Aristomeno, se arrodilló á su lado, le besó las manos con ternura, y entre tanto su madre se llevó las armas que pudo de los Cretenses. Aristomeno no habia podido quedarse dormido todavía, y al percibir las afectuosas demostraciones de la jóven, se incorporó lleno de admiracion, preguntándole cual era su intento. Zeona, turbada y llena de mil diversos afectos que agitaban su espíritu, le manifestó cuanta compasion escitaba en su alma su triste situacion. Aristomeno le rogó que desatase sus ligaduras. Zeona, indecisa..... temerosa..... no sabia qué partido tomar, ni todavía sabia cuales eran los intentos de su madre. Sin embargo, no pudiendo resistir á los ruegos y protestas del padre de su amante, cortó las cuerdas que lo su-

jetaban. Entró entonces Arquidamia, y Aristomeno, lleno del mas escesivo gozo, las abrazó á entrambas, tomando por un sueño novedad tan inesperada, particularmente de parte de la misma muger que lo habia insultado tanto pocos minutos ántes. De todos modos, obedeciendo á las señas de la muger, se fué encaminando á la puerta de la choza; pero como los Cretenses dormian tendidos en el espacio intermedio, y sus arcos y algunas de sus armas estaban tendidas por el suelo, y el lugar estaba poco iluminado, no pudo evitar el que tropezase, metiendo el pié en la cuerda de un arco, y cayendo sobre su dueño con un estrépito que los despertó á todos. Las mugeres, al considerar fallida su operacion, se salieron de la choza, azoradas y llenas de temor, esperando pagar con sus cabezas la malograda tentativa; pero entre tanto el imperturbable Apetida, apoderándose de uno de los leños que ardian en el hogar, y descargándolo con suma violencia sobre uno de los Cretenses, le partió el cráneo en dos pedazos, y lo dejó tendido en el suelo: el segundo, á quien por casualidad habia quedado la espada, procuraba asestarla al pecho del Apetida, que habia dado impulso al pesado leño, señalando círculos al rededor de sí, y buscando en donde descargarlo de nuevo; y mientras los otros Cretenses iban en busca de sus espadas esparcidas por el suelo, aquel habia ya flanqueado un tanto al Apetida, y pocole

faltaba para llegar á él : en este momento , apercibiéndose Aristomeno del inminente riesgo en que se hallaba , descargó el terrible golpe sobre el hombro derecho del Cretense , y el brazo que llevaba la espada cayó desgajado sin separarse del cuerpo , hasta la cintura del miserable agresor , cuyos espantosos gritos aterraron á sus temerosos compañeros , los cuales viendo el seguro fin que les amenazaba , se arrodillaron delante del Apetida , y le suplicaron por sus vidas. No queriendo el generoso Aristomeno manchar sus manos en la sangre del rendido , les dijo que les concedia la vida , con tal que quedasen encerrados en la choza por espacio de dos horas , desde el momento de su salida , que seria en el mismo instante , y que hasta pasado dicho tiempo no intentasen derribar la puerta para seguir su camino á Esparta ; y cogiendo uno de los escudos de los muertos , grabó en él con la punta de una saeta estas palabras , con orden de que lo entregasen al cobarde Anajidamo : « Si tu pecho ha conocido algun dia el honor , ven á responder de tu alevosía frente á Era , en donde podrás medir tu brazo con el mio. » En seguida recogió la espada del segundo Cretense que habia ya espirado en agudísimos dolores , y al tiempo de inclinarse , uno de los tres últimos á quienes acababa de conceder la vida , sacando un puñal que habia conservado oculto , le asesta un golpe á

traicion, del cual habria sido víctima á no haber ladeado el cuerpo. Indignado á tan baja ingratitud, é impelido del exaltado furor de que se sintió acometer, se precipitó sobre él, y lo dejó tendido en el suelo, asi como á los otros dos, que segun dieron muestras se hallaban dispuestos á secundar á su compañero. Asustadas y temblando se hallaban madre é hija, cuando Aristomeno salió fuera en busca de ellas. « ¡ Qué has hecho, infeliz! exclamó la hija, qué has hecho! » « Ellos me han obligado á emplear tan terrible medio, respondió Aristomeno; á lo menos por lo que hace á los tres últimos, ellos mismos han provocado mi venganza con la mas horrorosa traicion é ingratitud; mas puesto que ya no hay ningun medio, ayúdame á enterrar sus cadáveres, y despues.... Sí, mugeres magnánimas; pues al fin vuestro intento fué salvar la vida de un desdichado, condenado á la mas injusta muerte; y esto sin que os detuviese el saber que era el mayor enemigo de vuestra patria. ¡ O Esparta! ¿ Sois en efecto hijas de Esparta? Deberé amar el nombre de Espartano, cuando he nacido para ser el terror de sus hijos, cuando he jurado desde mi infancia un ódio inestinguible á un pueblo, las virtudes de cuyos hijos despedazan mi corazon á pesar mio, y se levantan en fuerte barrera contra el torrente de mis deseos? Pero ¡ ó mugeres celestiales! yo sabré imitaros; y si el he-

roismo es una virtud noble y generosa, yo mediré mis acciones en lo sucesivo por el patron de la de los hijos de este pueblo aborrecido. Sí: tú serás mi hija, exclamó dirigiéndose á Zeona y estrechándola afectuosamente en sus brazos: aqui, en presencia de los dioses que escuchan mis sinceros votos, te lo juro. Tantas gracias, tantas virtudes, tanta inocencia, no podrán menos de llenar el corazon de mi hijo, del sensible Gorgo.... y si se negase.... ah! partamos, venid conmigo, ó vosotras á quienes debo la existencia, á quienes el pueblo mesenio deberá quizas la salud. Al concluir estas palabras, tomó cariñosamente las manos de madre é hija, y salieron juntos tomando el camino del Era.

Habiendo llegado á la selva del Lico, Aristomeno llevaba á Zeona asida por la mano, y « aqui, le decia, señalándole una choza ya enteramente arruinada, aqui nació mi hijo Gorgo; aqui jugaba cuando niño; allí escuchaba las lecciones del respetable Pandion, sacerdote de Céres, cuando jóven. » Ella lo seguia con semblante risueño, creyendo ver á su amante en cada uno de los objetos que se presentaban á su vista.

Aristomeno, viendo que entraba la noche, recompuso como mejor pudo la antigua choza, y los tres se dispusieron á tomar algun descanso, para continuar su marcha ántes del dia. Zeona

recostada en el lugar mismo en que su querido Gorgo se habia entregado al sueño tantas veces, ocupado solamente de sus gracias, templó su lira, que habia llevado consigo, y cantó con dulce y encantadora voz las alabanzas de Diana; finalmente, habiendo quedado dormidas madre é hija, Aristomeno se levantó, y se encaminó al lugar en que estaban enterradas las sagradas tablas de la gran diosa, y por la mañana, apenas rayó la aurora, habiendo despertado á sus compañeras de viage, las condujo á la tumba de su padre, les enseñó el templo de la diosa Céres, y habiendo quedado largo tiempo pensativo, exclamó: Adios, respetados manes del varon magnánimo á quien debo la existencia. En la morada de los justos no pueden resonar los gritos de venganza: vive el mortal dominado de indignas pasiones que son pasto bastardo de la carne; pero el espíritu del justo, cuando vuela á la eternidad, suelta con sus despojos todo cuanto era extraño á su purísimo ser. ¿Cuántas veces, ó padre mio, no habrás desaprobado el ódio inestinguible que he profesado á una parte de mis semejantes, y la cruda venganza que he meditado desde mis mas tiernos años, siendo hombre, contra el hombre, de cuyas acciones solo deben juzgar los dioses! Entonces borró el epígrafe que se hallaba grabado en el altar, y en su lugar esculpió estas palabras: *Consagrado*

á la humanidad. En seguida abrazó á Zeona, y despues á Arquidamia, y tomando en sus manos la urna que contenia las cenizas de sus mayores y arrimándolas á su pecho, se dirigió á la diosa, y puesta una rodilla en el suelo dijo asi: Permite ó grande y benéfica diosa, que los hombres vuelvan á quemar el incienso sobre estas desiertas aras. Mesenios ó Espartanos, suban sus himnos de paz hasta las moradas del Olimpo, y sean felices. La guerra ha arruinado tu templo, y las ópimas haces de tus campos han sido segadas por la espada de la venganza que blandia el hombre sediento de sangre. ¡ Oh compasiva diosa ! levanten los hombres nuevas aras á tu beneficencia, mezclen sus cantos de alegría en tu alabanza, reclinados en amigos lazos sobre tus doradas espigas. Paz ; oh diosa ! paz á los hombres ! y que las virtudes de los hombres hagan solas su felicidad.

Despues de haber orado de este modo el magnánimo Apetida, salió del templo con Zeona y Arquidamia, llevando consigo las sagradas tablas de la diosa y la urna que contenia las cenizas de su padre, y con grave silencio y detenido paso, se alejó de aquellas ruinas, atravesando el valle y encaminándose al Era.

Caminaron los tres viageros todo el dia, y llegada la noche se encontraron al pié de la roca en que se hallaba reunido el resto del pueblo mesenio. Aristomeno dispuso que sus compañeras

se ocultasen en una gruta , y subió solo á la cumbre del Era. Su primera diligencia fué ocultar en parage desviado las sagradas tablas y la urna de las cenizas de su padre , y en seguida habiendo hecho comparecer á Gorgo , le mandó que le siguiera. Obedeció Gorgo pensativo , al ver el misterio con que procedia su padre , y llegados fuera de las fortificaciones , escuchó con atencion las siguientes palabras que aquel le dijo, despues de haberle hecho sentar á su lado.

« Tú no sabes, ó querido Gorgo , hasta donde llega mi infelicidad. La mano severa de los dioses ha pesado sobre mi cabeza desde que me separé la última vez de tus brazos ; y tambien sobre la tuya , ignorante de los peligros que corria en tiempo de paz , y cuando ningun cuidado debia desvelarte ; no debiendo temer tú que yo volviese mas infeliz de lo que me fuí , ni distraerme yo de la ejecucion de la empresa importante á que iba destinado por la imperiosa necesidad. Pero ¡ ah querido Gorgo ! escucha y pesa bien las circunstancias de mi inesperada aventura. » Aristomeno contó entonces minuciosamente la perfidia de que se habia valido Anajidamo , y al concluir la narracion , ántes que le diese parte de la promesa que habia hecho á Zeona , despues de una breve pausa ! continuó asi : Ahora pues , ó querido Gorgo , llega el momento en que yo necesito de tu valor , de tus sacrificios...

¡ Como , padre ! repuso Gorgo conmovido , ¿ no estás ya en salvo ? No te hallas ya en mis brazos y entre los tuyos ? Qué falta á tu felicidad ? Pagar la deuda que he contraido por salvar mi vida ; y esto no puede verificarlo sino tu corazon y tu mano . La jóven quedó sola en aquel recinto de horror : los Cretenses que me habian aprisionado dormian tendidos á mis plantas , pero yo no podia hacer uso de mis brazos : al fin la jóven se llegó á mí , y me preguntó con estraño afecto por qué no procuraba tomar algun descanso : conociendo que se interesaba por mi suerte , me atreví á rogarle que soltase mis ataduras .

Si hago lo que me dices , me contestó , soy perdida .

No : le repliqué , vendrás conmigo : Mesenia será tu patria .

¡ Ah ! exclamó . Yo soy Espartana , y odiada entre tu gente

Librame , le dije : tú serás la esposa del mas noble Mesenio .

¿ Del mas noble Mesenio , dijo ella ? pues di tambien del mas virtuoso : Ningun Mesenio iguala en linage ni en virtud al illustre libertador de las doncellas de Caria : tan noble accion ha sido celebrada hasta de sus enemigos , y la fama de un hecho tan singular ha penetrado en estos desiertos : ¿ luego tu consentirás que yo sea la esposa de tu hijo Gorgo ?

Yo callé un momento, y ella continuó: veo que te resistes en unir á tu hijo con una desconocida; pero sábete que mi linage me permite aspirar á la mano de un príncipe; mas veo que he nacido entre tus enemigos: pues aprende á ser generoso: yo te desato, y sin que nada exija del juramento que me has hecho por la salud de tu pueblo.

Iba ya á meter un puñal por entre las ligaduras que me sujetaban, y exaltado á tanta generosidad: No, detente, le grité; ántes de desatarme quiero que recibas de nuevo el juramento que te he hecho: Yo te juro por la salud de Mesenia que Gorgo será tu esposo.

O que con el mismo puñal que va á romper tus ligaduras acabarás con mi vida, añadió ella.

No: repuse yo.

Pues no de otro modo, replicó la jóven, en cuyas megillas brillaba el mas encendido carmin, y volvió á insistir.

Al fin tuve que pronunciar todo el juramento. Ella ha venido conmigo y me aguarda al pié de la roca, á que le lleve tu mano, ó á que cumpla con mi juramento escondiendo su puñal libertador dentro de su corazon generoso.

Gorgo no contestó una sola palabra, y dejó caer la cabeza sobre su pecho.

La libertadora de tu padre se llama Lisitelis. Gorgo continuaba en su silencio.

Acaba : pronuncia , querido Gorgo , elige : si no puedes otra cosa , tu felicidad : caiga sobre mí solo todo el peso del infortunio.

¡ Ah ! exclamó Gorgo , mi corazón , querido padre..... tú no ignoras.....

Yo prometí tu mano á la generosa jóven ó bien traspasar su pecho con el mismo acero que desató mis brazos , y este juramento fué pronunciado por la salud de Mesenia.

Partamos : dijo Gorgo , guíame , padre , á esa muger extraordinaria : yo regaré sus plantas con mi llanto ; y si conoce el amor , si sabe que ya no existe libertad para mí..... si.....

¡ Ah querido hijo ! el amor de la doncella es desesperacion : quiere ser tuya ó morir , y recibirá la muerte de mi mano , porque la prefiere á la vida , y porque así lo juré , aunque á pesar mio. Los dioses irritados han querido sumergirnos en tal abismo de infelicidad , que ya no es dable que entrambos gocemos de la vida sin labrar por nuestras mismas manos la desventura de uno de los dos. ¿ Por qué , ó desdichado , quise aceptar la funesta libertad que me dió esa ominosa jóven á tan duro precio?..... Mas quédate : yo solo arrostraré la desgracia que nos amenaza.

Aristodemo se desprendió de su hijo , y desenvainando el puñal que tenia escondido en el seno : ¡ Adios hijo ! ¡ querido Gorgo ! cuida del

pueblo mesenio, y cuéntale la última, la mayor de mis desventuras: la sangre de mi libertadora va á correr mezclada con la mia.

Ten, padre, exclamó Gorgo fuera de sí, y sujetándole por el manto, espera: el autor de mis dias no perderá la vida porque Gorgo no supo vencer una pasión: partamos: condúceme á la jóven, y satisfaga mi mano tu sagrada deuda.

Aristomeno apretó á su hijo en su pecho, y reposó sus sienes sobre su cabeza, sin que ni uno ni otro pudieran romper el triste silencio, ni sofocar el llanto y los suspiros de que se hallaban embargados. Al fin Gorgo desprendiéndose de su padre: Guíame, le dijo, no perdamos tiempo: vamos, ó padre, continuó afectando una dulce sonrisa, á traves de la cual no dejaba de descubrirse la penosa afliccion de que iba poseido, vamos: llévame á su presencia: verá en estos ojos las sinceras lágrimas de la gratitud: y enjugó las que corrian por sus megillas. Marchemos: los dioses consolarán á Zeona, como consolaron á su madre, que tambien huyó de los brazos de su amante por seguir á su ciego padre en la desgracia. No mas lágrimas: yo me esforzaré en amar á la salvadora de tu vida.

Temblando bajaban padre é hijo por el sendero que conducia á la gruta, y habiendo llegado cerca de su entrada, Aristomeno se acercó á ella, y tomando á Gorgo por la mano, Lisitelis, dijo,

yo cumplo con mi juramento ; este es mi hijo Gorgo , que viene á recibirte en su pecho. Zeona estaba sentada en lo mas interior de la gruta , y llevaba un velo que cubria sus facciones : su gallarda y noble presencia traian á la idea la actitud de Diana disponiéndose para salir á sus ejercicios. Su madre se habia ocultado detras de unas espesas ramas , que distaban pocos pasos de la entrada de la gruta , des de donde podia contemplar la interesante escena que habia de hacer la felicidad de su hija. Gorgo sin reparar en las gracias de la doncella , ni en la elegancia de su esterior. O jóven generosa , le dijo , y dobló una rodilla en su presencia , tú no sabes cuan costoso sea el sacrificio que exiges de mi corazon , en pago de la libertad que has dado á mi padre. Yo... ¡ah !..... no supo proseguir. Zeona no tenia bastante fuerza para sobrellevar todo el exceso de su felicidad. Aristomeno deseoso de abreviar tan angustioso momento : Levántate , ó hijo, le dijo á Gorgo, recíbela en tu pecho. ¡Ah! sí: respondió este , sí, apreciable doncella : mi gratitud... sí : serás mi esposa , amada Lisitelis.....

Finalmente Gorgo tomó á la doncella por la mano , la condujo á la claridad , y Aristomeno le quitó el velo. Gorgo echó sobre ella una mirada y..... Arquidamia salió en este instante de detras del arbusto que la ocultaba y gritó : ¡ Oh Gorgo ! ¡ amado Gorgo ! Los dioses son los que

disponen el premio á la virtud. ¡Zeona! ¡encantadora Zeona! tú has salvado á mi padre! gritó Gorgo fuera de sí: ¡oh ventura! Zeona estendió los brazos y le dijo: Llega, llega, Gorgo amado, Gorgo infiel; y los dos amantes quedaron largo tiempo abrazados.

Aristomeno quedó inmóvil por un largo espacio de tiempo, y sin acertar á salir de su sorpresa y estupor; pero Gorgo y Zeona habian corrido á estrechase en sus brazos. ¡Zeona! exclamó, ¡oh virtuosa Zeona! ¡hija mia! ¿es posible? ¡Con que Gorgo satisface mi deuda sin labrar su infelicidad! ¡Qué digo! ¿constituyéndose el mas feliz de los mortales?

El Apetida apretó en su pecho á sus hijos derramando un torrente de lágrimas, [que no era dueño de contener, y al fin dirigiéndose á su salvador, exclamó así: ¡Oh Zeona! ¡hija mia Zeona! tú has disipado de mi pecho la fiera passion de venganza. Lágrimas de alegría de hoy mas entre nosotros, y no de sangre. Llega á mi corazón: y cuando mis ojos vayan á cerrarse á la luz, y las desesperadas furias se plazcan en pintar á mi turbada mente la destruccion de Mesenia por Esparta, para acibarar mi último instante, cuéntame entonces como Anajandro me llamó amigo á presencia de su bárbaro pueblo, y quiso salvarme á pesar de la oposicion de sus conciudadanos, y sobre todo como tus tiernas

manos rompieron mis lazos. Procura entonces alejar de mi vista los crímenes de los hombres, y haz por dirigirla hácia sus virtudes. Yo olvidaré en aquel terrible trance los delitos de Esparta, y las virtudes de sus ciudadanos me conciliarán á su favor. ¡Ah necio y engañado! También á tí te aborrecí un tiempo, sin quererme convencer que amor valia mas que ódio y venganza. ¡Oh! ¡cuanta felicidad he perdido, alimentando en mi corazon una pasion tan contraria al inefable deleite que en él derrama la humanidad!

En esto Gorgo se acercó el Apetida, y le indicó que era tiempo de pensar en subir al monte para tomar algun descanso. Aristomeno, enagenado y fuera de sí, tomó el camino del Era, con su hijo y sus amables bienhechoras.

No bien entraron en el recinto cuando Aristomeno empezó á convocar á los suyos con un semblante lleno de alegría y satisfaccion. Preparad las antorchas nupciales les decia, olvidad hoy que los Espartanos nos tienen sitiados. Entró en su tienda acompañado de Arquidamia, de sus hijos, y de todos los principales Mesenios, se quitó el casco y entrelazó sus negros cabellos con olorosas flores, cuya operacion imitaron todos. La alegría resonaba por todos los ámbitos del Era, y Gorgo se consideraba igual á una divinidad en ventura: las rojas piras llenaban el tem-

plo de aromático incienso ; todo era júbilo, y por todo resonaba el contento y la satisfaccion.

Manticlo y Aretusa eran los únicos que aunque sinceramente interesados en la fortuna de su amigo Gorgo , lanzaban profundos suspiros. Tú has llegado al término de tu felicidad , le decia Manticlo á Gorgo : ¿ cuando será el dia?... Pero Aretusa..... ¿ Por qué no miden los hombres las circunstancias que han de mediar en sus enlaces, por las virtudes , y no por las gerarquías ?

Gorgo introdujo á la sensible Aretusa en el retrete de su querida Zeona , y le contó el secreto amor , los cuidados y la triste suerte de aquella. No bien supo Zeona todos estos pormenores , cuando salió en busca del Apetida , y colgándose amorosamente de su cuello : Es preciso, le dijo , que me concedas una gracia. Entonces le contó el amor de Manticlo y de Aretusa , y le suplicó que permitiese la union de los dos amantes. El Apetida se hallaba silencioso y reflexionando , pero cediendo á la fuerza de los muchos argumentos de Zeona , dijo al fin : Sí, cesen de una vez todos los obstáculos que separan al hombre del hombre. Anajandro , ¿ no es el mismo que me hace la guerra , y el que, á pesar de las rigurosas leyes que lo tendrán separado de mí durante su existencia, me ofrecerá sonriéndose la mano , en señal de amistad , en los campos elíseos ? Sí : Zeona , procu-

remos que aparezcan , aqui , en la tierra , estos sagrados y felices campos en donde se acabarán los ódios , y en donde el Soberano Minos no atenderá mas que al número y á la importancia de las virtudes de cada uno : corramos : corramos pues : guíame al jóven Mánticlo. Aretusa corrió desolada en busca de los dos amantes para comunicarles la dicha que les esperaba, y aquella misma tarde ardieron las antorchas de su himeneo con las de sus amigos.

Aristodemo , concluidas las ceremonias celebradas en los enlaces de Gorgo y Mánticlo con Zeona y Aretusa , y las fiestas y juegos á que dieron lugar , volvió á restablecer el orden , y esperaba la vuelta del sacerdote Teoclo. Los Mesenios celebraban todos los dias nuevas fiestas para propiciarse á los dioses , y en accion de gracias por la salud del Apetida ; y Gorgo , viendo la buena disposicion de su padre , quiso hablar de la suerte de Mesenia , deseando poner un término á tantas luchas y desastres : asi pues , estando una tarde padre é hijo en lo mas elevado del monte , señalando hácia el mar en direccion á las islas Estrophadas : Allí , dijo Gorgo , allí , querido padre , está nuestra patria ; allí en donde se oculta el sol detras de las islas : abandonemos de una vez á la avaricia de Esparta este árido peñasco : allí fundarémos una nueva Mesenia. Aristomemo se sonreia y guardaba el silencio,

pero al fin contestó á las repetidas insinuaciones de Gorgo y le dijo: Deja que vuelva el sacerdote, ó querido Gorgo; entonces volveremos á meditar sobre la salud de nuestro pueblo. Cada vez que se ofrecia la ocasion volvia Gorgo á insistir en que abandonasen el fuerte á los Espartanos, y muchas veces se sentaban tambien con ellos Otriado y Arquidamia en lo mas encumbrado del peñasco, y mirando hácia la region en que vivia su Falanto, exclamaba con lágrimas en los ojos y suspirando: ¡Allá!... ¡oh dioses...! ¡Cual no vamos allá!....

Al fin volvió el sacerdote. Su frente anunciaba la tristeza de su corazon. Manticlo le presentó á su esposa dándole parte de los acontecimientos que habian tenido lugar en el Era durante su ausencia, pidiéndole que aprobase su enlace con Aretusa. El sacerdote los miró á entrambos con cierta indiferencia que denotaba que su mente se hallaba ocupada en otros asuntos de mas importancia, pero al fin les dijo, alargándoles la mano: Manticlo, sé feliz si puedes sobrevivir á tu patria. Yo no aspiro á otra cosa mas que á morir como á verdadero Mesenio. Nuestras leyes prohibian vuestro casamiento; mas, puesto que el Apetida ha consentido en él y en el de su hijo, yo lo apruebo. ¡Ah!..... Sea esta jóven la compañera de tu muerte: mis años no me [dejarán vivir mas allá de los sucesos de este sitio, y

quiera el cielo..... Tú, Aretusa, haz feliz á tu esposo : y partió en busca del Apetida.

Aristome. o por su parte iba tambien en busca del sacerdote, y luego que se hubieron reunido, se encaminaron á un bosque inmediato consagrado á las ninfas, en donde hablaron largo tiempo acerca de la respuesta del oráculo, y de la futura suerte del pueblo mesenio.

Nadie habia podido penetrar la respuesta de la Pithia, pero todos presagiaban funestamente por el silencio de uno y otro. El Apetida se hallaba siempre sumergido en profundas reflexiones, y el sacerdote se retraia de las miradas y del trato de los suyos, pasando solo por los lugares mas desviados del Era, y exalando profundos suspiros.

La respuesta del oráculo habia sido verdaderamente aciaga. La Pithia se habia reusado por largo tiempo á las solícitas preguntas de Teoclo; pero al fin, fijando en él los centellantes ojos, y erizando los cabellos, dijo con bronca voz, anunciadora de desgracias: « Cuando el alto chopo se doble hasta mojar su elevada copa en las aguas del Neda, en vano será ya blandir la lanza por la salud de Mesenia, porque cerca estará su triste hora. » El sacerdote escuchó las fatídicas palabras con turbado rostro y palpitante corazon, y con la cabeza cubierta de un manto regresó á los

suyos. Desde su llegada no se pasaba ningun dia , sin que él y el Apetida pasearan muchas horas por las orillas del Neda. Un elevado y soberbio chopo , era el único que existia en sus orillas , junto al templo consagrado á las ninfas , y su copa se escondia en las nubes. Cada vez que volvian al recinto del Era se aumentaba su mortal ansiedad , y el sacerdote buscó un sitio á propósito para poderlo examinar de continuo desde la roca. Allí pasaba horas enteras contemplando el robusto árbol con sombrías miradas, y á cada soplo de los vientos se figuraba verlo sumergido y arrastrado por la corriente del Neda : solo abandonaba el lugar cuando habia entrado la noche , y á los primeros albores del siguiente dia ya volvía á encontrarse en él. Los Mesenios habian al fin observado que Teoclo se conservaba siempre en un mismo punto , y que dirigia constantemente sus miradas hácia la misma direccion ; así como los paseos que hacia á las orillas del rio con el Apetida ; y cuando Teoclo abandonaba el sitio , todos venian á situarse allí , y cada uno examinaba los objetos que se descubrian , haciendo mil conjeturas , y sin poder adivinar la causa de la conducta del sacerdote.

Una mañana á penas habia llegado al sitio acostumbrado , cuando despues de haber examinado las márgenes del Neda , levantó las ma-

nos al cielo con demudado rostro, y mandó llamar al Apetida con toda presura. Apenas compareció Aristomeno cuando ya desde lejos le gritó con trémula voz: «Cercana está la triste hora.» El Apetida comprendió desde luego el significado de las misteriosas palabras del sacerdote, echó una mirada sobre el Neda, vió que habia desaparecido el chopo, y guardó el mas profundo silencio. Al fin tomando la mano al sacerdote: Modera, le dijo, ó Teoclo, modera tu desesperacion. El Neda mismo se agotará con el tiempo; estos montes se desplomarán, y hasta desaparecerá el esplendente luminar del dia. Hemos obrado como hombres; suframos sin murmurar. Con todo, mientras esta elevada roca guarde su situacion, y aun mucho tiempo despues de su total ruina, vivirá el nombre mesenio inmortalizado por los preclaros hechos de sus hijos. Vamos á visitar el Neda.

El elevado chopo no estaba desgajado, sino que inclinaba su copa hasta la superficie de las aguas, de modo, que las olas jugaban con sus hojas. El sacerdote se postró ánte el altar de las ninfas, y permaneció largo rato con el rostro apoyado en las frias losas. Aristomeno se tendió debajo del mismo chopo, apoyando su cabeza en uno de sus brazos, observando el mas leve movimiento del ominoso árbol, con los ojos preñados de lágrimas. Despues de un

largo rato de reflexion se levantó de repente , y abrazando el chopo procuró enderezarlo , agitando todas sus fuerzas : pero en vano , porque las muchas horas que habia permanecido de aquel modo durante la noche en que habia soplado el crudo norte , habian viciado la contesura de su tronco , y con esto exclamó , sin soltarlo de entre sus brazos : ¿Es cierto ; oh divino Apolo ! oh soberano padre de Itoma ! es cierto que no hay salud para el pueblo mesenio ?

Gorgo , Manticlo , Zeona y Aretusa habian seguido á lo lejos á sus padres , y arrimándose el primero al Apetida : ¿Pues qué , le dijo , la salud de Mesenia tiene algo de comun con este árbol ? ¡ Oh padre mio ! ¿Qué sucede ? ¿Qué pretendes ? Nada , hijo , contestó Aristomeno , ayúdame ánte todo á levantar este árbol medio caido . Pues aparta , Aristomeno , prosiguió Gorgo , déjanos probar á nosotros . (Los dioses dictaron las palabras de Gorgo , para que la representacion de esta escena fuese el mas claro vaticinio de la futura suerte de este pueblo desgraciado .) En efecto , el Apetida soltó el robusto tronco del chopo , y Gorgo lo apretó en sus membrudos y fuertes brazos , procuró enderezarlo , Zeona , Manticlo y Aretusa le ayudaron con todas sus fuerzas , y el árbol llegó á quedar perpendicular , y su copa empezó á erguirse poco á poco .

El sacerdote que habia salido del templo de

las ninfas á la llegada de sus hijos, contemplaba con sorpresa el prodigio que veia obrarse con el árbol, y Aristomeno no menos maravillado exclamó: ¡Oh Teoclo! mira: observa: nuestros hijos han levantado el árbol. Gorgo y Manticlo desenvainaron sus cortantes espadas, derribaron un robusto olivo, lo fijaron al lado del chopo, y asegurando en él con fuertes ligaduras el tronco combatido de los vientos, causa de los temores de sus padres, vieron tremolar en los aires las espesas hojas de la copa de aquel.

¿Pueden los dioses, continuó Aristomeno, haberse anunciado mas claramente? La guerra arruinó á Mesenia: nuestros hijos volverán á levantarla con el ramo de olivo. Descanse ya mi espada: deje ya de correr la sangre mesenia. Tú, hijo mio, lleva contigo los restos de este pueblo infeliz, y marcha á fundar una nueva patria con la proteccion de los dioses.

¡Oh padre! ahora es cuando visiblemente conozco sus benéficas miras sobre nosotros y sobre su pueblo. Sí: no nos neguemos á su soberana disposicion. Abandonemos el Era, y partamos: nuestra nueva patria se llamará tambien Mesenia. Tú, ó padre, sentarás la primera piedra de sus fundamentos.

¡Yo! respondió Aristomeno, no: los dioses han hablado, y á tí es á quien han elegido para tan noble y singular empresa. Yo debo morir se-

pultado en las ruinas de mi patria. Cresfonte, el primero de tus abuelos, engañó con un juego falso á los Espartanos, y Mesenia fué fundada con engaño. Inocencia, virtud y justicia sean el fomento de la nueva Mesenia. Yo llevo todavía impresos en mi desgraciada existencia los delitos de mis abuelos. Tú, querido hijo, tú y Zeona habeis aplacado la cólera de los dioses, pues por las venas de vuestros hijos correrá acrisolada sangre mesenia y espartana, y los dioses vengadores estan satisfechos. Marcha, querido Gorgo, sin murmurar: sin que una sola de tus lágrimas salga á humedecer tus megillas. Un príncipe se debe todo á la felicidad de su pueblo. Los Mesenios son tus hijos, y de hoy mas yo no soy mas que un estraño para tí, pues que la salud de tu pueblo asi lo exige. Separémonos como hombres, y bendigamos los altos secretos de los dioses. Al concluir estas palabras se precipitó en los brazos de su hijo, y volviéndose con serenidad: Aun algunos dias, y luego... Abandonarémos á la antigua Mesenia..... para siempre!... Sí, para siempre, respondió Gorgo, lanzando un profundo suspiro.

Por la tarde salia el Apetida con su hijo y con Manticlo , llevando consigo las sagradas tablas de la gran diosa. El sacerdote les preguntó adonde se encaminaban , y Aristomeno le hizo saber que habian resuelto enterrar las misteriosas tablas de Céres en el monte Itoma y prosiguió: Concluyóse ya para nosotros , ó sacerdote , el nombre de Mesenia. Nuestros descendientes levantarán del polvo estos preciosos monumentos, y volverán á titularse con el nombre que perdemos , si los dioses acogen nuestras últimas disposiciones , sometidos á sus decretos con el mas religioso respeto.

Habiendo llegado al Itoma se dispusieron á verificar con prontitud su última determinacion. En lo mas elevado del monte habia un mirto, y á su lado un olmo, por el cual se entrelazaba una espesa hiedra: entre los dos árboles estaba situado el templo de Júpiter; enfrente de él, y en direccion á las aras, cavaron Gorgo y Manliclo á mucha profundidad, y depositaron allí las tablas de Céres, y la urna que contenia las augustas cenizas de los príncipes de Mesenia, ascendientes respetables del sensible Gorgo, y del desgraciado Aristodemo; y cuando hubieron concluido la operacion, Aristomemo dijo asi: «Cuando con el curso de los siglos se halle aplacada la ira de los dioses, y nuestros descendientes vuelvan otra vez á Mesenia, hallarán en esta eminencia las sagradas tablas de la gran diosa, símbolo de nuestra creencia: (1) conserva, ó Gorgo, y difunde entre tus hijos una tierna memoria de este sagrado monte, que contiene las cenizas de tus abuelos, de Mesenia, y del bosque del Lico en donde has nacido. Mis manes se complacerán en venir á visitar errantes estos lugares

(1) Trescientos años despues de este acontecimiento, cuando los Mesenios recobraron la independencia, encontraron las tablas y la urna de que aqui se trata: los que volvieron á Grecia conservaban aun su antigua lengua en dialecto dórico.

que tanto imperio han ejercido en mis pasiones, en mis vicios y en mis virtudes. ¡ Oh ! cuan grande será mi ventura cuando oiga pronunciar á mis nietos mi nombre con todo el entusiasmo patrio ! No dejes olvidar á tus hijos la lengua y las costumbres de tus antepasados. Sé fiel á esta cara y desgraciada patria que abandonas , aunque te halles en lejanos paises. Queden estas tablas en el suelo mesenio , hasta que vengan nuestros nietos á tomar una nueva posesion de sus lares. Prepara , ó querido Gorgo , prepara á tus Mesenios para este dia de gloria. No serán jamas estraños á su patria. Gorgo renovó mil veces los mas sinceros juramentos de cumplir con todas las amonestaciones de su padre , y este se dirigió por última vez á visitar la tumba de su madre y de Aristodemo. Llegado al fúnebre lugar , se inclinó al suelo poseido del mas sagrado respeto , y apretó su pecho contra las frias losas : al fin despues de haber orado fervientemente , se levantó y esclamó : O vosotras amadas sombras de las personas que mas encienden el entusiasmo de mi espíritu por la defensa de nuestra malhadada patria , perdonad si no ois ya de mis labios los azarosos gritos de perdurable venganza. El fallo de los dioses es mas decisivo que la mas decidida voluntad del débil mortal. Estas enormes losas que cubren vuestros cuerpos infunden ira inestinguible en mi corazon ;

pero la hora de Mesenia ha retumbado ya en las etéreas bóvedas del olimpo, y sus ecos han resonado por todos los confines de la Laconia. Entonces se dirigió á Gorgo y á Manticlo, diciéndoles que era tiempo de abandonar el sagrado monte. Manticlo echó la última mirada al lugar en que estuvo la choza de su querida Aretusa, pronunció el último adios, y los tres bajaron taciturnos del monte, y se encaminaron al Era.

Las primeras disposiciones del Apetida se dirigian á desamparar el Era con todos los tesoros, lo cual no era ya ningún secreto para los Mesenios, ni aun para el campo espartano. Anajandro al saber la determinacion de Aristomeno desguarneció las orillas del Neda, á fin de que el terrible Apetida encontrase camino abierto, si resolvía marchar en secreto. Mas el plan de aquel no era el de huir vergonzosamente. Envió un mensaje al rey Anajandro haciéndole saber su resolución y pidiéndole paso para la Arcadia con su pueblo y con sus tesoros. Anajandro convocó el consejo de los Éforos, propuso la petición del Apetida, y se esforzó en cuanto pudo para que el consejo asintiese á la demanda del príncipe mesenio. Pero Anajidamo, después de haberse opuesto á lo que llamaban débil condescendencia, concluyó su discurso con las siguientes palabras: ¿Consentiréis

que despues de los estragos que ha hecho en nuestras posesiones , y de los innumerables saqueos con que ha assolado nuestras tierras se marche impune y tranquilo con unos tesoros que nos pertenecen absolutamente ? Con estas y otras razones no menos poderosas para los Éforos y para el pueblo, encendió su avaricia, y el consejo resolvió no consentir en su marcha , sino en atacar de nuevo el Era ; y en consecuencia se estrechó mas el cerco, y se guarnecieron las márgenes del Neda.

Sin embargo, á instancias de Anajandro volvió á reunirse el consejo de los Éforos ; pero estos y particularmente Anajidamo , en lo que únicamente convinieron fué en proponer que se mandase á decir al Apetida que se consentiria en su marcha con tal que dejara en rehenes á su hijo para que cumpliese con la promesa que se le exigia de deponer enteramente las armas , y de mantenerse sin guerrear contra Macedonia durante el resto de la vida; y que ademas se le obligase á dejar todos sus tesoros.

Anajandro hizo presente que tales condiciones eran sumamente duras , y que el proponerlas era determinarse á no querer admitir ningun medio de conciliacion ; que no era prudente irritar al que estaba desesperado, ya que preferia retirarse tranquilo. A pesar de la justicia de sus observaciones, Anajidamo dijo que por su parte todavía

consideraba las condiciones demasiado suaves; y como los Éforos apoyaron sus proposiciones, se resolvió mandar un heraldo al Apetida, con la esposicion de lo que habia resuelto el consejo.

Aristomeno se llenó de indignacion al escuchar la respuesta de los Espartanos: y dirigiéndose al mensajero le dijo: Vuelve, ó heraldo, al rey Anajidamo, y dile de mi parte que consulte de nuevo los verdaderos intereses de su patria, para lo cual le doy tres dias de término; pasados los cuales, si no hubiese aprendido á saber domar su espíritu de venganza y su avaricia, que venga en persona á tomar estos tesoros que tiene la imprudencia de llamar suyos, que yo los sabré conservar, y le obligaré á que por espacio de meses y aun de años se encuentre sin haberlos conquistado, preguntando si vivo aun como cuando escapé de la Ceada, y de entre los asesinos cretenses durante nuestra última tregua.

En fin los Espartanos siguieron estrechando el cerco, y mientras cada Mesenio se ocupaba de la defensa del Era, solo Sida se paseaba alegre por el contorno de las fortificaciones, atenta siempre al campo enemigo, por ver si su vista podria descubrir á su querido Ergóteles. A menudo repasaba con penetrante vista las filas de tiendas, y siempre que apercibia á algun guertero de gallarda presencia y vistosa armadura, creia que era su amante. Enagenada despues, y

caminando por la punta mas saliente de la fortificacion, llamaba en altas voces á su Ergóteles. Ergóteles, decia, aqui estoy. ¡ Ah! tú no me divisas! ¡ Ay de mí! esclamaba despues, sentándose cansada sobre alguna roca; todos viven aqui contentos: el Apetida se dispone para la marcha que ha de emprender todo el pueblo mesenio, y todos salen gozosos. Pero ¿ por qué? ¡ Ah! ¿ qué dejan aqui, mas que escombros y ruinas, y á lo mas las cenizas de los muertos? pero yo ¡ ay triste! yo que abandono el grato objeto de mi amor, mi bien, mi esperanza, mi todo. ¡ Oh dioses! una Espartana es la esposa del heredero del trono de Mesenia: si su alegría es justa ¿ por qué no lo será tambien la mia pensando en unirme á un Espartano? Aretusa aborrece á Esparta, y las razones que le sugieren este ódio son las mismas por las cuales yo debo amarla. Asi se levantaba á menudo la desgraciada Sida, y siempre con mayores y nuevas muestras de dolor, á medida que veia mas decidido al Apetida á abandonar la Mesenia. ¡ Ah! no: no, decia muchas veces, cuando Gorgo y Aretusa hablaban enagenados de los serenos dias de paz de que gozarian cuando hubiesen abandonado el pais: yo no deseo el reposo. Mi corazon se despedazaria si tuviese que acompañaros: mejor quiero quedarme sola en el Era y quedar sepultada entre sus ruinas. Si los Espartanos se compadecen

de una infeliz que idolatra á uno de entre ellos, acaso perdonarán sus tiernos años: y por mas aciaga que sea mi suerte ¿cuanto mas feliz no seré entre ellos, que viviendo en donde ningun lazo, ningun interes podrá unirme á los que me rodeen? ¿Seré tal vez conducida á Esparta y reducida á la esclavitud? ¡Ah! ya lo fuí en otro tiempo, y era feliz: aqui gozo de libertad, y vivo sumergida en el llanto, y muy en breve en la desesperacion. No, yo no puedo abandonar estos campos, en donde respira mi bien. ¡Ah Ergóteles! yo juré por lo mas sagrado de los cielos no olvidarte jamas; quiero ahora añadir el no alejarme nunca de los lugares en que vives. De este modo fortificaba su pensamiento en la determinacion de no abandonar aquellos peñascos, y muchas veces bajaba secretamente hasta cerca del Neda. En una de las laderas de la roca habia una antigua choza, cubierta todavía de los troncos y secas ramas con que habia sido fabricada: en ella pasaba á menudo la desconsolada Sida muchas horas. En ella daba libre curso á sus lágrimas, sin que nadiê fuese testigo importuno de su extremo dolor, y no pocas noches se quedaba en ella rendida y fatigada. Con la continua costumbre se familiarizó de tal modo con los senderos que conducian á la choza, que aun en las noches mas oscuras sabia trepar y descender por lo mas escabroso de la roca con la mayor seguridad.

EN uno de los tres dias de la tregua se hallaba Sida como de costumbre reclinada en un peñasco inmediato á la choza , examinando el campo espartano , y hacia consigo misma estas reflexiones : ¡ Oh ! ¿ por qué soy tan temerosa ? ¿ Qué motivo tengo para temblar ? Nuestros guerreros se hallan con los del campo espartano , la tregua les hace olvidar que son enemigos ; y ¿ por qué no podré yo descender algo mas abajo ya que no corre el menor peligro ? Animosamente iba caminando , abriéndose paso no con poca dificultad , y habiendo llegado al lugar en que habian estado las chozas cuando Ergóteles estuvo prisionero : ¡ No está aqui el ingrato ! exclamó : ¡ Ah ! si me ama-

se ¡ por qué no debería haber venido en alas del amor á visitar siquiera este misterioso lugar, consagrado al mas puro y singular amor! ¡ Ah! cuantas veces me decia suspirando, que este agreste lugar encerraba para él mas lisongeros encantos que los soberbios palacios de los reyes, que las mismas moradas de los dioses! Entonces le señalaba yo aquel elevado pino, bajo cuya sombra nos sentábamos retirados de la concurrencia de nuestros amigos. ¡ Cuantas veces ¡ ay! me decia arrebatado del mas acendrado amor: cuan dulce es llorar aqui! ¡ Ah! ¡ Por qué debió ser Gorgo tan generoso y devolverle la libertad! Sin este funesto don se hallaria ahora á mi lado, y fuera mio. ¡ Oh dolor! ¡ Ah crudo Ergóteles! ¿ donde estás? como no corres á visitar estos lugares, testigos de tus juramentos y de los míos?

Asi se lamentaba Sida mientras Ergóteles se dirigia al lugar del misterioso pino desde el momento en que se habia anunciado el armisticio. La roca era escarpada, y luchaba con la escabrosidad de sus peñascos, para lograr subir al sitio en que se hallaba Sida, incierto de encontrarla; pero animado de la mas lisongera esperanza, saltaba grandes barrancos, pasaba de peña en peña, hasta que encontró un precipicio, al otro lado del cual era imposible pasar, sin esponerse á ser víctima de tal temeridad. Se detuvo y se puso á considerar qué medios podria hallar

para pasar al otro lado ; y estando examinando la parte superior y la senda que dirigia al lugar de las antiguas chozas , divisó una doncella reclinada al pié de un arbusto: examinó, creyó que era Sida, y empezó á hacerle señas; pero Sida que en efecto era la que allí se hallaba, contemplaba el campo espartano , y Ergóteles no se atrevió á llamarla , temiendo el ser oido de abajo. Asi pues agarró atrevido la rama de un árbol , y dando impulso á su cuerpo se abalanzó al otro lado, adonde cayó sin lesion y con no poca fortuna. Al momento apresuró su paso hácia el lugar en que se hallaba Sida, y á corta distancia la llamó ya con alta voz. Ella dirigió la vista por donde le pareció que habia oido su nombre , reconoció afanosa todo el contorno, se puso en pié temblando, y al fin divisó un guerrero que se encaminaba hácia ella con paso apresurado. Lo examinó entre temor y esperanza , y vió al fin á su caro Ergóteles que al divisarla corria presuroso á precipitarse en sus brazos . Sida corrió tambien hácia él , y al llegar á encontrarse , quedaron abrazados los dos amantes sin poder pronunciar un solo acento por algunos momentos.

Sida condujo al fin á su amante á una gruta que habia en las inmediaciones , y sentados sobre las secas hojas y espesas ramas , empezaron á darse mutua cuenta , hasta de los mas indiferentes pensamientos , desde que se habian sepa-

rado. Se contemplaban, se abrazaban tiernamente, y suspiraban, olvidados de lo presente y de lo venidero, entregados á la felicidad del momento, repitiendo á cada instante los mas fervorosos votos de amarse con la misma sinceridad é inocencia que hasta aquel dia. Ergóteles no era capaz de abusar del extremo amor de su amante, ni la austera virtud de un Espartano tan distinguido como él, habria sucumbido fácilmente al incentivo del amor. Contentos en aquella aislada soledad, habia huido de su acuerdo que sobre ellos, en torno de ellos, y por todas partes bramaban los clamores de la desastrosa guerra, causa de sus desgracias. Las trompetas del campo espartano sacudieron el letargo en que parecia abismado el enamorado Ergóteles. ¡Oh Sida! yo debo correr á mi campo, le dijo, la noche no tardará en envolvernos en sus negras sombras: ya el sol se ha ocultado hace rato tras de estas montañas lejanas. Al fin se abrazaron tiernamente, repitiendo mil veces el último adios. En las trincheras del campo espartano se levantaban ya espesas nubes de humo, á traves de las cuales distinguian de cuando en cuando las rojas llamas. Asi: asi, exclamaba Ergóteles, doblad las hogueras y levántense hasta los cielos para que Sida encuentre los angostos y escarpados senderos que conducen al Era. O tú, Ergóteles, le respondia Sida, ¿ como podrás llegar á tu campo, tú que

por primera vez.... ; Ah! no temas contestó aquel, el amor me conducirá. Pero ; oh dolor ! El armisticio solo debe durar tres dias , y pasados estos... Es cierto , repuso Sida , pero nosotros podemos exceptuarnos de todas estas leyes de la guerra que se hacen nuestros compatriotas : el amor tiene sus sendas , y él nos defenderá y sabrá velar en nuestra seguridad. Yo te enseñaré un camino, por el cual no encontrarás jamas á ningun Meseño. Al momento tomándole una de sus manos lo fué conduciendo por varios circuitos, indicándole los peñascos y arbustos que debian servirle de contraseña. Al fin le dijo Sida : ya no puedes equivocarte ; durante estos tres dias podrás asegurarte de todos los senderos. La luna hacia brillar sus rayos luminosos con cuya luz caminaban mas seguros los dos amantes que al fin se separaron.

Ergóteles corrió hácia su campo , y Sida trepó despacio por las peñas y secretas sendas que el amor le habia enseñado , volviendo la vista hasta que entró en el Era. Por la mañana siguiente, luego que se dejó ver la aurora , sacudiendo los cansados miembros , saltó del lecho y se encaminó al lugar emplazado. Ya Ergóteles impaciente la aguardaba , y encaminándose á la gruta , volvieron á entregarse á los dulces coloquios que les inspiraba su inocente y puro amor , y de este modo continuaron hasta aun pasado el término

del armisticio, sin que ningun individuo del campo espartano ni de los situados en el Era, aun de los mas allegados á uno y otro amante, llegase á sospechar lo mas mínimo acerca de su comunicacion.

Aristomeno entre tanto habiendo recibido por contestacion que no se le abriria paso, si no entregaba á su hijo con sus tesoros, estaba haciendo los preparativos con la mayor tranquilidad, para transportar los últimos á la Elia, ántes de verificar su marcha.

Anajidamo quiso probar un dia si seria posible verificar el asalto, para lo cual mandó á cierto número de jóvenes los mas ligeros del ejército, que subiesen hasta donde les fuese posible; pero aunque practicaron el mandato del rey con la mayor diligencia, no pudieron pasar mas allá de media subida, en donde se vieron detenidos por peñascos de enorme elevacion, ó por los mas profundos precipicios. Aristomeno sin cuidar de hacer la menor tentativa para evitar este y otros muchos reconocimientos, dispuso que se construyesen dos pequeños esquifes para transportar con ellos todos los tesoros del Era, y dejarlos en salvo en Arcadia, ántes de emprender su marcha. Asi pues luego que estuvieron dispuestos todos los preparativos, Evergétidas salió una noche con trescientos Mesenios escogidos, y se echó de improviso sobre el campo de los Espartanos: pasó

á cuchillo la gran guardia que se hallaba situada á la entrada del campo , sembrando la muerte y la destruccion por todas partes. En tanto Panormo bajó por la parte del mar , pasó el Neda por su embocadura , y se dirigió al otro lado de los peñascos del Era , desde los cuales desprendieron los Mesenios sus esquifes , y los cargaron de sus tesoros, despues de cuya diligencia se alargaron costeando la costa de Elis , hasta llegar á la embocadura del Alfeo , desde cuyo lugar se encaminaron por tierra hasta Tegea, y entregaron los tesoros á los Arcadios , los cuales los depositaron en el templo de Palas. El traidor Aristocrates procuraba informarse en secreto del lugar en que se hallaban los pequeños barcos ; pero por muchas que fuéron sus diligencias , como el lugar de su apostadero era fuera de Arcadia , y los Mesenios habian llevado órden de Aristomeno de guardar el mas inviolable secreto sobre este particular, fuéron vanas todas sus pesquisas. Sin embargo escribió á Anajidamo cuantas circunstancias pudo averiguar acerca la llegada de los Mesenios, y este mandó reconocer la costa , no pudiendo comprender como los Mesenios que suponía no podian tener ninguna embarcacion , habian hecho tan atrevido viage ; por lo que dispuso que en lo sucesivo se guarneciesen las orillas del Neda con dobles guardias, y continua vigilancia. Evergétidas se retiró del campo espartano luego que

los sitiados le hicieron señas de haber verificado su embarque , y volvió al Era sin haber perdido un solo hombre.

Nadie era mas feliz de entre los dos partidos que Sida y Ergóteles. Desde la época de la tregua habían seguido hablándose , y cada noche subia Ergóteles práctico ya en las sendas que conducian a la misteriosa gruta , en donde se reunian los dos amantes. Sida bajaba á ella aun en las noches mas oscuras y tormentosas , y el que habia sido lugar de sus lágrimas , lo era ahora de su felicidad. Durante el largo espacio de tiempo desde el cual se habia vuelto á renovar la guerra , solo Sida y Ergóteles gozaban de mayores venturas que las que ofrece la paz. Los hechos esclarecidos del Apetida , los esfuerzos de los Espartanos eran de lo que menos cuidaban uno y otro : todos sus desvelos eran seguir el pereoso curso del sol , y la demasiada presta aparicion de cada nueva aurora. Sida no tenia mas oido que para escuchar la trompeta del campo espartano cuando llamaba á sus tropas á recogerse en el campo al anochecer , y Ergóteles no atendia á otra cosa mas que á los primeros resplandores de las hogueras que brillaban desde el oscurecer en los puntos abanzados de los Mesenios.

Al fin los Espartanos cansados de la larga duracion de un infructuoso sitio , resolvieron dar libre paso al Apetida , pero sin comunicarle tal

resolucion , por no ceder un punto de su orgullo ; y Anajandro retiró el ejército de las orillas del Neda para dar lugar al Apetida á que emprendiese su marcha. Mesenios y Espartanos rebosaban de alegría desde el momento de esta operacion ; ¡tan desastrosa habia sido la guerra para uno y otro partido! Al fin , decía Aristomeno , se cansó la soberanía espartana , gracias á vosotros , ¡oh soberanos dioses tutelares de este pueblo infeliz! Esparta se ha convencido de que Mesenia podia sucumbir , pero no ser vencida. Sí : cae Mesenia ; pero cae como el sol de ocaso , rodeado de brillo y resplandor , para volverse á levantar con nueva magestad. Entonces llamó á su presencia á su hijo y á los principales gefes mesenios , y les habló asi : Cuatro años se han transcurrido desde que pretendimos abandonar esta estéril roca para ir en busca de nueva patria sometiéndonos al soberano querer de los dioses , y gracias á nuestra incalculable constancia , á nuestro decidido valor , los Espartanos han probado por mil medios , todos infructuosos , apoderarse de nuestros tesoros y reducirnos á la esclavitud , sin conseguir otra cosa , que fatigar inútilmente sus ejércitos y consumir la sustancia de los feraces campos de Laconia y de Mesenia , delante de este inaccesible peñasco. La constante amistad de los Elios y de los Arcades , que nos abastecen de víveres , á pesar de la oposicion de

nuestros enemigos, han convencido á estos que es absolutamente imposible el obligarnos á una rendicion, y asi, segun se puede colegir del movimiento de su campo, han resuelto abrirnos paso y permitirnos la retirada. Mientras se ha tratado de defender el último recinto de Mesenia, he sido vuestro gefe, vuestro padre: con vosotros he partido los peligros en los combates, y con vosotros era mi ánimo exhalar el postrer suspiro en defensa de nuestra patria: mas ya que los dioses lo han dispuesto de otro modo, partid, ó Mesenios, id en busca de nuevos lares, y sed felices, lejos de la ingrata tierra en que abristeis los ojos á la vida. Gorgo os conducirá y os dará leyes benéficas, que garanticen vuestra futura dicha. En seguida tomando á Gorgo por la mano, lo sacó de entre los demas Mesenios, y habiéndolo colocado en medio de la asamblea, le entregó la espada y el escudo que llevaba, último resto de la casa de los Apetidas, y le habló asi: Yo te saludo, ó augusto padre del nuevo pueblo Mesenio: salud á Gorgo, al Apetida: que su mano se consagre á la defensa de su pueblo: y los Mesenios, llenos del mas sincero gozo, repitieron con entusiasmo las palabras de Aristomeno, y doblaron al suelo una rodilla, exclamando en voz unánime y clara: Recibe, ó Apetida, nuestro respeto y nuestro amor: los dioses te hagan tan grande como ha sido tu padre. Y mas feliz

que él, añadió Aristomeno, y los Mesenios se retiraron á disponerse para la próxima partida.

Aristomeno envió un mensajero á Elia, para avisar á sus magistrados y á los de Arcadia las últimas ocurrencias, y para encargarles que enviasen embarcaciones por el Neda, para transportar á los ancianos, á las mugeres y á los niños.

En el momento en que se dió la órden al campo espartano para que se retirasen las tropas que guarnecian el Neda, un sudor frio cubrió el rostro del enamorado Ergóteles, y poco faltó para que cayese desmayado en los brazos de sus amigos, que ignoraban el secreto motivo que le ocasionaba tal mudanza; pero luego que logró serenarse, corrió con determinada resolucíon á la tienda de su padre, con ánimo de revelarle el cruel estado de su corazon, creyendo encontrar voces bastante enérgicas y sensibles con que escitar su compasion, y conseguir inclinarlo á que consintiese en su felicidad. ¡Inocente! no sabia que su imprudente paso... Entró precipitado, y con el pecho agitado de la mas exaltada conmocion, sin encontrar las primeras palabras por donde habia dispuesto dar principio á su discurso. Anajandro se hallaba en la tienda de su cólega, y entrambos se levantaron alarmados al ver el turbado semblante y la sofocacion de Ergóteles; y ántes que tuviesen tiempo de dirigirle sus preguntas, se echó este á las plantas de

Anajidamo, y habló así, cortándole la voz los frecuentes suspiros que exalaba: O padre: cata ahí el mas infeliz del pueblo espartano. Ya no le queda á tu hijo otro partido que el de pedirte la muerte, ó que consientas en su felicidad. O tú tambien, rey benéfico y grande, tú, sensible Anajandro, sé aqui mi apoyo, si no quieres verme morir á tus pies. ¡Yo amo! Yo!... ¡oh dolor!... El Apetida lleva consigo el sublime objeto de mi amor... Sida... La Apetida Sida... Permite, ó padre, que sea mi esposa. Desde que tuvo lugar la última tregua, la he visitado todas las noches, y nuestros juramentos... No pudo continuar, y cayó, apoyando la cabeza en las rodillas de su padre.

Anajidamo al oír tal declaracion perdió el color, y volvió á recobrarlo según los afectos de ira ó de temor que agitaron súbitamente su corazón; y al fin exclamó: ¡Como! ¡ingrato! El hijo de un rey de Esparta unido á una esclava mesenia! Nunca: ora este enlace trajese á nuestra nacion el imperio de toda la Grecia. Pues bien, respondió Ergóteles desesperado, manda tú en Esparta, mientras tu hijo irá prófugo y errante en medio de este pueblo desgraciado, sin hogar, sin patria, sin.....

Ten, ó desgraciado Ergóteles, ten el injusto acento, le dijo cariñosamente Anajandro, levantándolo del suelo, y arrimándolo á su pecho

con la mayor afeccion. ¡ Como ! un nieto de Hércules habia de abandonar á su patria por una triste doncella ! El frenético amor que te devora puede sugerirte el que profieras ir fugitivo y extranjero en medio de un pueblo que nunca podrá amarte ! á gozarte en la lisongera prespectiva que te ofrece la grande Esparta y á la que te dan derecho tus virtudes ! Ergóteles, tú eres Espartano, y aunque tu padre fuese injusto contigo ¿ en qué pudo ofenderte Esparta ? en qué sus virtuosos ciudadanos, para que, arrastrado de una miserable pasion, te resuelvas á privarles de tu brazo, de tu corazon, de tus virtudes ! ¡ Oh jóven ! si tu alma es grande, no podrá jamas conducirte á tan injusta, á tan ignoble accion.

Ergóteles quedó avergonzado á presencia de las prudentes razones de Anajandro, y sin acertar á disculpar su pasion ; pero su corazon se sentia despedazado, luchando con el violento amor que lo devoraba y con las rigurosas leyes que impone el honor y la virtud, y sobre todo á un noble y verdadero Espartano. Al fin : O Anajandro, dijo : yo conozco todo lo que me prescriben mis deberes ; pero tú no te miras en el estado en que se encuentra mi corazon ; yo refrenaré, si me es dado, la pasion que me atormenta, pero mi vida pagará por mí el doloroso sacrificio que exigen las severas leyes de nuestro pueblo. Anajandro se esforzó en consolarlo, y creyendo que se hallaba

algo tranquilizado, lo dejó con su padre, al cual aconsejó en secreto que procurase suavizar sus razones para no escitar su desesperacion.

Luego que quedaron solos padre é hijo, Anajidamo afectando cierta compasion, tomó la mano de Ergóteles, y despues de algunos momentos de silencio: ¿Como es posible, le dijo, que te hayas dejado conducir á tal miserable estado por ese malhadado amor? Querrás que tambien peses sobre mi cabeza tu singular extravío, puesto que si tú sucumbes á tan funesta pasion, yo no he de sobrevivir á tamaña desgracia! Si los dioses abriesen algun camino... ¿No dices que has hablado con Sida todas las noches? Ergóteles se precipitó en los brazos de su padre, creyendo que iba á consentir en su felicidad, y exclamó: sí: ó querido padre, sí: ¿qué vas á decir? consentirás en que sea mi esposa? Acaso los dioses compadecidos de mi situacion te han sugerido... Si, Ergóteles, Sida puede ser tuya; pero bajo una condicion: guia á los Espartanos al Era, y sea la jóven á quien amas tu ansiada recompensa.

Como, ó padre: ¿Ergóteles habia de hacer tan grande traicion? ¿Yo consentir en el vil asesinato del magnánimo Apetida? No: ¡jamás!

Y ¿quien te propone estos soñados delitos? ¿Qué necesidad hay de que corra una sola gota de sangre? ¿No peleas tú contra el pueblo mesc-

nio? tú sabes por cuanto tiempo he sido el único opositor en el consentimiento de dejar marchar al Apetida : al fin la necesidad nos obliga á dar este paso , únicamente vergonzoso para mí. Tú debes librarme de esta vergüenza , y labrar tu felicidad. Subamos al Era , sean nuestros prisioneros , vayan luego á otro suelo , como es su resolucion , y Sida será tu esposa : tú consigues el logro de tus deseos , y yo vuelvo con honor á Esparta. En vano procurarás encontrar otro medio , ni mas grande , ni mas legítimo. Sida no puede entrar en Esparta , sino haciéndole tan eminente servicio.

Ergóteles se levantó apresurado , y se salió de la tienda de su padre , diciéndole que le contestaría luego que hubiese meditado en los medios que le proponia. Las palabras de su padre habian hecho en su corazon el efecto de un sutil veneno , y corria de una á otra parte del campo , sin hallar descanso en ningun lugar , ni poder soportar la vista de ninguno de sus mas íntimos amigos y allegados. Ninguna sangre debe deramarse , decia entre sí: ¿Qué le importa pues al Apetida abandonar la roca por su voluntad ó por la nuestra , una vez que debe abandonarla? Podrá quedar eclipsada su gloria? ni eso , pues su defensa ha labrado la inmortalidad de su nombre y la de su pueblo , y los infortunios de la guerra no mancillan al héroe magnánimo. Su-

mergido en estas y otras reflexiones semejantes pasó el día, esperando las sombras de la noche; en cuyo tiempo se encaminó al Era. Sida sobresaltada á vista de los preparativos de los suyos, lo aguardaba con inquieta impaciencia. Luego que se divisaron, corrieron á encontrarse, y la primera palabra que pronunciaron uno y otro fué: «debemos separarnos» y las lágrimas se mezclaron sin poder continuar. Sida al fin rompió aquel penoso silencio y dijo á su amante: No, yo estoy resuelta á no separarme jamas de tí: Ergóteles, yo quiero estar á tu lado: tu esposa ó tu esclava, condúceme á Esparta, y sea yo feliz con cualquier título. ¡Ah Sida! respondió Ergóteles conmovido: no: no es posible; las duras leyes de Esparta..... un solo medio se encuentra para que seas mi esposa; pero un medio cruel, Sida..... no: ántes debemos renunciar á nuestro amor.

Sida insistió hasta saber el medio que habia meditado su amante; mas luego que lo supo se horrorizó: pero siendo el único, la pasión desesperada se lo traia sin cesar á la memoria. Ya se hallaba próxima á aprobarlo, pero exclamaba con un profundo suspiro: ¡Oh dioses! Habia yo de hacer traicion á mi patria! Esto es lo único que no puedo hacer por tí, adorado Ergóteles: primero me resolveré á morir, á vivir sin tí: No, jamas. Entrambos quedaron entonces sumergidos

en el mas profundo silencio, y á poco rato volvia á exclamar: ¡Ah! tú eres Espartano y lo que para tí seria un hecho glorioso, seria para mí un delito infame y abominable... Si los dioses dispusieran que la casualidad hiciese lo que me propones... Si en la ejecucion no se derramase la sangre de los míos... ¡Yo seria feliz! ah! sí: y qué daño resultaria al Apetida en ser prisionero de Esparta por algunas horas! Ergóteles viendo cuan estremadamente se habia agitado el corazon de su amante, se arrepentia de haberle indicado tan horroroso medio, y procuraba consolarla. Al fin se separaron, y Sida examinó involuntariamente por donde eran mas bajos los muros. Tan sutiles el veneno de la seduccion cuando el corazon propende al crimen que le exige la pasion: una oculta fuerza guia al hombre contra sus mismos sentimientos de honradez y de virtud á consumir el delito que impotentemente reprueba. No falta mas que un leve impulso que destruya ese fatal equilibrio, y queda determinada la accion por la mas imprevista circunstancia que favorezca á uno de los dos extremos. Sida entró en la fortaleza, y lo primero que se le ofreció á sus ojos, fué los preparativos para la próxima marcha. ¡Oh dioses! exclamó al punto en voz baja, ¡con que es cierta mi desgracia! El mensajero que habia sido enviado á la Elia, volvia con las nuevas de que los barcos se hallaban preparados para

recibir á los Mesenios ; y estas noticias corrian de boca en boca , por todos los ángulos del Era, y todos se hallaban poseidos de la mas grande alegría. ¡Ay de mí! exclamaba la ¡desdichada Sida, si á lo menos ignorase que hay un medio para evadirme de esta separacion cruel ! Desesperada y con las mejillas llenas de lágrimas erraba de uno á otro lado del recinto , y cuantos objetos se presentaban á su vista redoblaban su dolor, y escitaban su desesperacion. Al fin llegó la noche , y con ella su amante. Al llegar á él se precipitó en sus brazos sin poder proferir un solo acento. La inocente confianza que hasta entonces habia sido el encanto de su intimidad , habia desaparecido de sus pechos. La pasion impetuosa ocupaba el lugar del amor puro y constante. El crimen derramaba su veneno hasta en sus suspiros, y sus pérfidos corazones se estremecian de los latidos mismos que resonaban en sus pechos. El ruido de las hojas , movidas al leve soplo de los céfiros , despertaba sus temores y alarmaba su seguridad.

El cielo empezó á cubrirse de espesas nubes, y algunos relámpagos, que relucian á lo lejos, amenazaban una próxima tempestad. Adios, ó Sida, yo debo separarme de tí, dijo Ergóteles, cortando su discurso con hondos suspiros ; quizas esta es la última vez... ¡Ah! El Apetida aprovechará las tinieblas de esta noche y... ¡Adios!

A estas palabras se enjugaron de repente las lágrimas que derramaba Sida, y su rostro se encendió del color de la mas subida púrpura. ¿Qué dices, ó Ergóteles? exclamó. Esta noche... ¡Como! sería posible... ¡Ah!... ¡separada de tí!... y para siempre!... No: corre, Ergóteles: vuelve presto. Ven: ¡Ah! sí: ven á salvar á tu esposa. Ergóteles poseido de los mismos temores que su amante, y viendo que la tempestad se aproximaba, se desprendió de Sida, y apresurando su carrera por el pendiente de la roca: Adios, Sida, le gritó, dentro dos hora eres la esposa de Ergóteles.

No bien se habia desprendido Ergóteles de los brazos de Sida cuando conoció esta toda la enormidad de su crimen. Todavía pronunciaba Ergóteles sus últimas palabras, cuando el mas deplorador arrepentimiento despedazaba su corazón. Ah! espera, Ergóteles, le gritó con todas sus fuerzas; ¡Ergóteles! yo te prohibo la ejecucion del criminal proyecto. Permitan los dioses justicieros que yo sea la primera víctima de este negro plan, y que tu sangre con la mia espie tanta maldad delante de los severos jueces del tártaro. ¡Desdichada! sus palabras volaron con el crudo aquilon que empezaba á ensordecir las llanuras de Laconia y Mesenia con sus enemigos silbos sin que su incauto amante las apercibiese.

Sida luego que perdió de vista á su amante, se retiró con paso trémulo hácia el Era. Las nu-

bes abrazaban con sus negros y espesos vapores todo el recinto del Era. A pocos instantes empezaron á retumbar los mas espantosos truenos, y á desplomarse una abundante lluvia. Las guardias abanzadas se retiraron dentro del recinto, y el mas espantoso silencio y la mas triste soledad aumentaban el horror de la tormenta: solo Sida vagaba por las calles del Era. Gorgo habia recorrido los puestos, y habiendo divisado una persona que corria, la alcanzó y se encontró con Sida. ¿Qué es esto, amiga Sida: todo el mundo huye de la tempestad, y tú sola te espones á su furia? Los fuegos de los Espartanos se han estinguido; nosotros apenas podemos permanecer en lo interior de nuestras murallas, y tú aquí? Ven, querida jóven, ven conmigo: cúbrete con mi manto: Zeona preguntaba por tí; vamos á reunirnos en el alcazar del Apetida. Sida lo siguió turbada y silenciosa, y si la noche no hubiese favorecido su turbacion, acaso Gorgo habria sospechado algo de lo que pasaba en su interior.

por apañados con sus brazos y espaldas abiertas
 todo el recinto del Era. A pocos instantes empu-
 raron a reténidas las mas espantosas truenos,
 y se desbordaron una abundante lluvia. Las gran-
 das abundantes se resacaaban dentro del recinto,
 y el mas espantoso silencio y la más triste sol-
 tudin silencian el horror de la tormenta: solo
 se oía vagar por las calles del Era. (Gorgo habia
 recorrido los ~~pasadizos~~ ~~diversos~~ ~~de~~
 persona que corria, la silenciosa y se encontró con
 Sida: Que estaba, amiga Sida: todo el mundo
 a raya de la tempestad, y tu sola te espantas a tu
 interior: los lugares de los Espartanos se han ca-
 lificado: nosotros mismos podemos permanecer
 en lo interior de nuestras tiendas, y tu sola

No bien llegó Ergóteles al campo espartano,
 cuando entrando precipitadamente en la tienda
 de su padre: Ea, ó querido padre, ármate al
 punto y el Era es tuyo. La noche es oscura y
 terrible: yo conduciré á los Espartanos al muro;
 pero vuelve á jurarme que Sida será mi recom-
 pensa, y que no correrá la sangre de tus enemigos.
 Anajidamo se habia levantado á las primeras
 palabras, y alargándole la fementida diestra: Sí,
 le dijo, condúcenos al Era, y Sida es tuya sin
 que corra la sangre de solo un Mesenio: y sa-
 lieron al punto á reunir las tropas.

Ergóteles se puso á la cabeza de los Espartanos
 y los condujo hácia el Era. Detras de su pequeña

vanguardia seguía su padre con el grueso del ejército: así que hubieron llegado al pié de los muros tomaron todas las alturas exteriores, y en seguida, habiendo arrimado varios troncos á las murallas, empezaron el asalto; pero Anájidamo olvidando la solemne promesa que habia hecho de perdonar las vidas de los sitiados, con esforzada voz empezó á gritar á los suyos, que entrasen degollando á cuantos Mesenios encontrasen, sin respetar el sexo ni la edad. Al oír Ergóteles tan inhumana y pérfida órden, se adelantó horrorizado y exclamó: ¿Así cumples, ó cruel padre, tus promesas? Revoca tan inhumana órden: pero Anájidamo, injusto y endurecido, le contestó con desprecio: primero soy rey de Esparta, y luego padre: degollad, soldados, sin compasion ni miramiento.

Ergóteles desesperado, no pudiendo sufrir que se llevase adelante tanta inhumanidad, arrancó á un Espartano la trompeta de la mano, y habiendo trepado á lo alto de la muralla, la hizo resonar por todo el recinto del Era, y en seguida se puso á gritar con voz esforzada: ¡Mesenios, á las armas! ¡traicion! ¡traicion! los Espartanos asaltan el Era!

Aristomeno dormitaba sobre su lecho, y en su alrededor estaban sentados sus hijos con la infelice Sida. Gorgo escuchó con pavor: Aristomeno saltó de su lecho apresurado, y Sida,

demudado el color, cayó en los brazos de Aretusa. Todavía se oía la voz de Ergóteles, que seguía gritando en la muralla. El Apetida se puso el casco, tomó el escudo, la espada y la lanza, y salió precipitadamente. Gorgo y Manticlo habían ya marchado. Evergétidas corría también armado hácia el lugar del alarma, y Panormo llegó con el mismo Apetida.

Los Espartanos todavía no habían podido reunirse en bastante número sobre la muralla, por lo difícil que era la subida, para empezar á correr el recinto á sangre y fuego.

Al acercarse Aristomeno al lugar en que se reunían los Espartanos sobre el muro, gritó á los suyos, y empezó el combate mas obstinado por una y otra parte. Ergóteles seguía gritando, y de cuando en cuando hacia retumbar los aires con el sonido de su trompeta, para avisar á sus mismos enemigos, por lo que fué arrancado á viva fuerza del muro por los Espartanos, y conducido á presencia de su padre. Luego que reparó en Anajidamo se dejó caer en el suelo en el mas grande desvarío, hablando como un furioso, en términos que tuvieron los suyos de maniatarlo para que no atentase contra su misma vida, ó no hiciese los estragos que daban á sospechar sus palabras y acciones.

Entre tanto acorrian los Mesenios de todas partes, y se avanzaban á los muros para rechazar

á los enemigos. Aristomemo dió orden que se trajesen teas y hachas encendidas para reconocer en lo posible el número y posicion de los Espartanos ; pero la recia tempestad las hacia enteramente inútiles. El terror se habia apoderado de todos los corazones : y las tinieblas y el ruido espantoso de los truenos redoblaba la impresion en el ánimo de cada uno. Finalmente el Apetida consiguió derribar de lo alto de las murallas á los Espartanos que se obstinaban en hacerse firmes en ellas. Por otro lado acometió denodado el esforzado Evergétidas , y por todas partes se acumulaban los Mesenios al parage en que se hacia mas obstinado el combate á la sombra de las tinieblas. El muro estaba cubierto de cadáveres, y los Espartanos no podian hacer frente al Apetida y á Evergétidas que los cargaban sin descanso.

En este estado se hallaba el combate de los muros , y poco faltaba para quedar enteramente victoriosos los Mesenios , cuando se oyó una confusa gritería por el lado opuesto. La aurora empezaba á asomar por el negro horizonte , y el Apetida , habiendo encomendado la defensa del muro á Gorgo y á Manticlo, se dirigió con Evérgétidas al lugar en que continuaban los gritos. Los Espartanos habian forzado una puerta , y la lucha se habia hecho allí sumamente crítica. Todavía bramaba la tempestad , y los terribles

relámpagos alumbraban por intervalos el campo de batalla. Las trompetas retumbaban por todos lados: los clamores de los combatientes se mezclaban con los tristes gemidos de los moribundos: las mugeres y los ancianos corrían espavoridos de calle en calle y de altar en altar, invocando á los dioses, buscando algun lugar de salvacion. A pesar de todos los esfuerzos, los Espartanos rompieron la fuerte coluna de lanzas que les oponian los sitiados, y abriéndose paso, penetraron en las calles inmediatas, en donde se hizo general la mortandad.

La desesperacion de los Mesenios habia llegado á su último grado. Los guerreros se lanzaban imperturbables sobre los aceros enemigos, prefiriendo la muerte á la esclavitud: las mugeres precipitaban de lo alto de los edificios enormes piedras y maderas sobre las espesas filas de los enemigos. Aristomeno parecia una roca en donde fijaba su planta, y á pocos instantes se hallaba rodeado de cadáveres. Incausable, animaba á los suyos, y Evergétidas secundaba sus esfuerzos, con otro tanto de no menor gloria y riesgo. «Ya es de dia: gritó el Apetida: mirad, Mesenios como caen nuestros enemigos. El Era será su tumba: seguid, seguid peleando, valientes Mesenios.» Teoclo se habia colocado en lo mas alto de un edificio desde donde animaba á los Mesenios á la pelea. Les recordaba las crueldades de

Esparta, y les exortaba á morir ántes que consentir en la esclavitud. A sus voces los Mesianos se sentian escitados de nueva ira, y corrian animosos á la victoria ó á la muerte.

Anajandro habia entrado en las primeras calles con un grueso de sus tropas, y nadie podia contener sus pasos: pero advirtiendo el Apetida el desórden que se habia introducido por aquella parte, se adelantó con denuedo, y habiendo penetrado por la multitud, llegó enfrente de su adversario, y uno y otro dieron principio á la mas obstinada lucha. Semejante á las impetuosas olas de un mar alborotado, se adelanta Anajandro al frente de los suyos, sin que nada contenga el impulso de su carrera; pero al llegar en donde se encuentra el Apetida, su brio y sus estragos son contenidos como lo son aquellas por las enormes rocas de la escarpada costa. Blanden entrambos los lucientes y ensangrentados aceros, y los secuaces de cada uno suspenden su ardimiento y sus proezas, para dejar campo á los esclarecidos combatientes. Anajandro se adelanta tres pasos, y ordena á los suyos que no prueben medir sus espadas con el poderoso enemigo que quiere combatir: el Apetida se adelanta tambien á recibirlo, saliendo de entre los suyos, y entrambos se disponen á dar principio al combate. O magnánimo Apetida, dijo el rey de Esparta, mi destino te lleva esos golpes que repugnan á

mi corazon : mi amistad quisiera estrecharte en mis brazos ; y descargó su pesado acero sobre el Apetida , que parándolo en el ancho escudo, retumbó por todo el contorno. Aristomeno levantó su espada á su vez , y asestándola con vigoroso brazo contra la cabeza del rey de Esparta : O generoso príncipe, le contestó , algun dia en los campos eliseos te diré cuanto reconocimiento escitó en mi corazon la justicia de tus esfuerzos y de tus hechos para conmigo y con mi pueblo. Anajandro desvió el golpe del Apetida con serenidad y destreza : los golpes eran continuos , y renovados cada vez con mayor esfuerzo y vigor ; cada uno se mantenía imperturbable en el lugar en que se defendia ó atacaba : el pavimento se miraba sembrado ya de rotas mallas y de fragmentos de sus armaduras : la victoria se hallaba de todo punto indecisa, y los altos dioses no queriendo consentir en que tan magnánimos guerreros sucumbiesen al valor de su adversario , dispusieron poner fin á tan singular combate , sin que ninguno de los dos alcanzase el triunfo que habria acibarado la existencia del vencedor. La varonil y magnánima Aretusa se apareció por un flanco , al frente de infinitas matronas mesenias, el cabello esparcido y flotando á la merced de los vientos, los pechos desnudos y la espada en la diestra , abriéndose paso por entre la multitud. El furor

guiaba á esas infelices, y al llegar al lugar de la pelea: Suspende, ó rey de Esparta, tus tiros, gritó Aretusa, y conviértelos contra el pecho de una muger que te reta: reflexiona por este hecho cuanto le queda que hacer á tu pueblo para conseguir nuestra esclavitud; y se precipitó sobre el conmovido Anajandro que tocado en lo mas íntimo de su sensibilidad, derramó algunas lágrimas, y retrocedió perdiéndose entre la muchedumbre de los Espartanos que lo rodeaban.

Todas las calles estaban cubiertas de cadáveres, y al fin los Espartanos tuvieron que retirar, haciéndose fuertes en la puerta que habian conquistado. Los Mesenios habrian puesto feliz término á la sangrienta batalla, pero Anajidamo habia dispuesto que á cada momento subiesen nuevas tropas, con órden de relevar á los que combatian; por donde los infelices Mesenios no podian terminar la lucha que se hacia cada vez mas crítica, viniendo á las manos con nuevos y descansados guerreros, cuando la fatiga los tenia ya casi estenuados.

En fin la noche suspendió todo encuentro, y Aristomeno y Evergétidas recorrieron los puestos sin cuidarse de descansar de las sumas fatigas de la jornada, exortando á los soldados á apercebirse para la venidera accion.

Todavía no habia amancido, siguiendo la tempestad cada vez mas furiosa, cuando Aristomeno

repuesto un tanto de sus fatigas, pensaba atacar con nueva decision á los Espartanos; pero ya estos se hallaban por su parte sobre los armas para principiar el ataque; al fin apareció la aurora cubierta de nuevos celages y precedida de espantosos truenos, y con ella la nueva lucha. Gorgo y Manticlo habian rechazado á los enemigos del muro el dia anterior, y aun habian saltado fuera de las murallas para perseguirlos; pero asaltados por tropas de refresco, se habian visto precisados á volver á los muros, y su valor y constancia eran del mayor interes en el punto que defendian.

A pocos instantes volvió á hacerse general la pelea, y nuevos clamores retumbaban por todos lados, y nuevos cadáveres volvían á llenar las estrechas calles del Era.

Entre tanto la infeliz Sida en medio de los gritos y de la confusion general, erraba fuera de sí por todas partes, y sin saber adonde dirigir sus pasos. Sus largos y rubios cabellos volaban con los airados soplos de los vientos. Su pecho palpitaba zozobrando, sus ojos enjutos se negaban al llanto, y sus manos levantadas en actitud desesperada le daban un aspecto espantador. Ora se tendia en los umbrales del templo del Era, y sus gritos y sus ademanes pintaban el estado de su corazon, ora se levantaba arrebataadamente y se encaminaba al lugar de la

pelea, introduciéndose en lo mas espeso de los combatientes, que despreciando la víctima se contentaban con alejarla con sus escudos. Al fin rendida y enagenada, penetró por entre un grupo de Mesenios, y esclamó con terrible voz: ¡Oh! ¡matadme! ¡matadme por piedad! Yo he entregado á Mesenia! ¿Pero quien conservaba bastante sangre fria para escuchar las insignificantes palabras de una muger? La compasiva Zeona recorria presurosa todo el recinto en su busca, y habiéndola divisado, ayudada de alguno de los mismos que luchaban, consiguió sujetarla, y la llevó de nuevo al alcazar del Apetida. La pelea sin embargo continuó mas encarnizada, sin que bastasen las tinieblas de la noche, cada vez mas tormentosa, á separar los combatientes. Al amanecer del dia siguiente una triste muger vino á exalar el último suspiro cerca del lugar en que se hallaba Sida: los gemidos de la moribunda exaltaron de nuevo su imaginacion acalorada, y sin que Zeona pudiese detenerla, salió presurosa á contemplar aquella víctima de su traicion. La sangre inundaba el pecho de aquella desgraciada, que habiendo querido socorrer á su esposo, lo habia visto caer traspasado por una lanza enemiga, y ella misma habia recido una mortal herida, por la mano de un cobarde Espartano. La relacion de semejante desgracia, los suspiros de la infeliz, y la sangre que corria á raudos por

la herida, acabaron de enagenar á aquella desgraciada, que cual herida de una mortal saeta, se encaminó desolada al lugar en que mas sangriento seguia el combate. Deteneos, gritaba, no prosigais Mesenios, sin primero acabar conmigo. Los guerreros no se dignaban atenderla, y su furor se aumentaba cada vez mas. Al fin empuñando una espada que halló abandonada al lado de un cadáver: «Yo, Mesenios soy la que he abierto las puertas del Era á vuestros enemigos.» Evergétidas la aseguró por un brazo, atónito y desconcertado; pero ella mirándolo con espantosa vista: Sí, Mesenios, continuó, yo he entregado á Mesenia; y fijando de improviso la guarnicion de la espada en el suelo, se precipitó sobre su afilada punta, que traspasó su pecho, sin que Evergétidas tuviese lugar de contenerla. Aristomeno retrocedió horrorizado; los mismos Espartanos se miraron unos á otros atónitos y conmovidos, y un guerrero arrancando la espada, la sacó empapada y humeando en la tibia sangre de la malograda jóven, que exaló el último suspiro llamando á Ergóteles, y recordando su traicion. Algunos soldados recogieron el cadáver, y lo colocaron junto á una choza no muy distante, y volvió á renovarse el combate con nuevo encarnizamiento.

Los Mesenios á penas podian regir sus fatigados cuerpos, y sin embargo hacian prodigios de

valor, pero en vano; pues los Espartanos se reemplazaban de continuo, y entraban en el combate cada vez con nuevas y mayores fuerzas. Los que habian peleado durante la noche bajaban al campo para descansar, y ántes de entregarse al reposo contaban á sus compañeros de armas los claros hechos y singulares proezas del magnánimo Apetida.

Ergóteles se hallaba ya mas tranquilo, y sentado al lado de su padre que no le permitia salir de la real tienda, y escuchaba las relaciones de los gefes y soldados espartanos, que referian las circunstancias de los combatientes del Era.

Uno de entre los jóvenes guerreros que acababa de bajar del peñasco, contó el triste fin de la doncella que se habia dado muerte, gritando que habia hecho traicion á Mesenia. ¡Oh dioses! exclamó Ergóteles, y sin que ninguno de los circunstantes bastase á contenerlo, salió precipitado de la tienda. Su padre envió á algunos de los que allí estaban para que lo detuviesen, pero el desesperado joven corria fuera de sí y por los senderos que solo él conocia, por donde fué inútil toda diligencia para lograr atajarlo. Luego que entró en el Era empezó á recorrer todos los parages en que peleaban los Espartanos, examinando todos los lugares con desencajados ojos, y muestras de estremo enagenamiento y desesperacion. De repente divisa un cadáver de una

Jóven tendida en el suelo, inmediato á una choza: y ¡oh dolor! era la desgraciada Sida. La examinó un momento, y cayó á sus pies abatido y exánime. Abrazóse fuertemente con el frio cuerpo, besó su ensangrentado rostro, sus arrecidos ojos, sus cárdenos lábios, y por último exclamó entre sollozos y profundos suspiros: ¡Oh Sida, amada Sida!..... ¡Ya no existes! ¡Oh dioses inmortales! ¡y yo he sido tu matador! O amada sombra, detén tus pasos: espera un momento en las negras márgenes del Aqueron'e: pronto, sí, pronto iré á tí; pero ántes quiero que mi padre sea testigo de su misma obra. Al momento se apoderó del cadáver, lo levantó, y ayudado de algunos jóvenes espartanos, bajó del peñasco, y se dirigió á la tienda de su padre. Al entrar en ella depositó el desangrado cuerpo sobre una alfombra, y se sentó tranquilo á su lado: Anajidamo horrorizado se levantó al punto, y tomando uno de los brazos de Ergóteles, exclamó con tono asustado: ¡Qué es esto, ó indiscreto hijo! Ergóteles saliendo del letargo en que lo tenia sumergido tan funesta desgracia: ¿Qué preguntas? gritó al rey, ¡oh padre cruel! complácete, si te es dado, en tu misma obra; pero todavía no ha llegado el momento de tu mayor complacencia.

Anajidamo penetrando el sentido de las misteriosas palabras de su hijo, se acercó á él para

probar de arrancarle la espada que llevaba ceñida, y al mismo tiempo dió orden con una seña, á uno de sus gefes para que sacasen de allí el cadáver de Sida. En efecto, estrechándolo contra su cuerpo: ¡Oh Ergóteles! le dijo, como habia yo de esperar que tu pasion llegase á tanto grado de frenesí! Ella ha muerto... ¡Ha muerto! y por cual mano?... respondió Ergóteles. ¡Mas qué intentas!... (el rey se habia apoderado de su espada) son vanas tus precauciones, ó padre; y se esforzaba en recobrar su acero; algunos Espartanos lo rodearon para lograr sujetarlo, y en el mismo instante algunos soldados iban á retirar el cuerpo de Sida. Apenas Ergóteles vió que llegaban al precioso cadáver de su amada, cuando lanzando un espantoso grito, y desprendiéndose vigorosamente de todos los que lo sujetaban: deteneos, gritó, y desenvainó el puñal de la cintura de su mismo padre; y tú, ó padre, recoge aqui el fruto de tus promesas. Anajidamo cayó de rodillas á sus pies. ¡Oh hijo! amado hijo! gritó, ese puñal no abrirá las solas venas de tu cuerpo; si te obstinas en querer morir, advierte que tambien á mí me condenas á la muerte. Ergóteles habia dirigido sus miradas sobre el cuerpo de su amada, y no atendia á los vanos discursos de su padre; ántes arrebatado de su furiosa pasion y del desesperado momento en que se hallaba... ¡Sida! exclamó, ya los dioses per-

miten nuestra union. Allá en los campos eliseos el Espartano y el Mesenio olvidan sus ódios, libres de sus impuras pasiones; y clavó el agudo puñal por entre su pecho, y cayó desangrándose junto al cadáver de Sida, de cuya mano se apoderó ántes de perder todas sus fuerzas. Presto el frio sudor de la muerte vino á apoderarse de su hermosa frente. Sus ojos negros y vivaces pocos instantes ántes, empezaron á eclipsarse; sus labios cambiaron al mismo tiempo su carmin en cárdena lividez, y el nombre de Sida llevó consigo el último aliento del desventurado jóven.

Anajidamo cayó desesperado sobre el cadáver de su hijo, mesó sus cabellos, y sollozaba con espantosos gritos y lamentos, testimonio visible de como la poderosa mano de los dioses castiga la traicion y la mala fé. ¡Oh tú, Apetida! esclamaba, interrumpiendo sus palabras con profundos suspiros; tú has conseguido el mayor triunfo: toda vía te queda á tí un hijo, esperanza de tu vejez y apoyo de tus cansados dias, y el mio yace exánime, aquí, á mis plantas, sin que todos los triunfos que pueda conseguir sobre tí le vuelvan un solo álito de vida. Sus amigos no podian separarlo del frio cadáver, y ya Aristomeno habia entregado el Era, cuando insensible al objeto de sus afanes y á la causa de su mortal desgracia no bastó la noticia á distraerlo de su extremo dolor.

MIENTRAS esto sucedía en la tienda de Anajidamo, Gorgo en un momento de instantanea suspension, abrazó á su padre para consolarlo, y al mismo tiempo le rogó que abandonando las calles del Era dispusiera que todos los Mesenios se reunieran en un torreón inaccesible por naturaleza á todo ataque, y en cuya defensa bastaban pocos soldados, para dar descanso á los rendidos Mesenios. Dos dias y dos noches habia durado el horroroso combate, y los dioses no daban muestras de compadecerse de su desgraciada suerte. Ninguna estrella bienhechora lucia en todo el firmamento; la lluvia seguia desplomándose con igual furor, y el rayo estallaba siempre por la izquier-

da , agüero siniestro para los malhadados Mese-
nios. Al fin aprobando Aristomemo el consejo de
su hijo , reunió á todas sus tropas en aquel recin-
to , y les permitió que se entregasen al descanso.
Pálidos y cansados , á penas podian llevar sus es-
padas los soldados , y se tendian sobre sus ensan-
grentadas armas y escudos. Aristomemo , Gorgo ,
Evergétidas , Panormo , Manticlo y Teoclo pe-
leaban protegiendo el descanso de los suyos.
Sollozaban las mugeres que armadas se habian
empleado en la defensa , bajo la direccion de la
heroína Aretusa , y con ojos enternecidos supli-
caban al Apetida buscase un fin á tan terrible
situacion , aunque fuese con la muerte.

Con ojos iracundos y altaneros miraba Aristo-
memo á sus enemigos , y despues dirigia sus mi-
radas de compasion y ternura sobre los Mese-
nios , que caian como exánimes , cerrando los ojos á un
letargo casi parecido al de la muerte , tan es-
traordinaria era su fatiga. Dormid , y recobraos :
esclamaba el Apetida , yo velaré en vuestro sueño
y seré vuestra custodia.

Manticlo entre tanto erigió un altar en medio
de la plaza que formaba el recinto , y Teoclo
preparó los sacrificios para aplacar á los dioses.
Empezó en seguida sus ceremonias , pero el Olim-
po descargaba sus rayos todavía por la izquierda.
A poco rato se dirigió con suma gravedad al
Apetida , y con terrible voz le dijo asi : En vano

pretendes, ó Aristomeno, retardar la última hora de Mesenia. Los dioses han decretado su total ruina; y el trueno se hizo sentir rodando por la izquierda. Abandona á Mesenia, si es tiempo aún: quizás los dioses favorezcan tu empresa. A penas pronunció el sacerdote estas últimas palabras, cuando el rayo brilló por la parte opuesta, y el trueno retumbó por el alto Olimpo en feliz presagio de su misteriosa insinuacion. Los Mesenios levantaron las manos al cielo, y divisaron una estrella por entre las espesas nubes, y las aclamaciones despertaron á los dormidos, y todos prosternados invocaban á los dioses, y les daban gracias por aquel presagio de felicidad.

Inmediatamente mandó el Apetida tocar las trompetas para que todos se pusieran sobre las armas, y habiendo ordenado lo conveniente para emprender su marcha, salió á un sitio despejado, rodeado de un enorme parapeto cubierto de troncos y de piedras, para ordenar lo mas adecuado á las circunstancias, y á los peligros que les amenazaban. Al fin rompió su marcha, y los Espartanos siguieron su movimiento maravillados de tanta audacia, é indecisos en si cargarían á los fugitivos ó respetarian su desgracia consintiendo en su salida.

Evergétidas abria la marcha con un crecido número de valientes y esforzados guerreros, detras de los cuales les seguian los ancianos y las

mugeres deshechas en llanto, y estrechándose con sus hijos en espesos pelotones con las trenzas al aire, rodeados de las tímidas doncellas, en cuyos flancos iban apostados muchos Mesenios armados á las órdenes de Panormo. Manticlo y Gorgo cerraban la marcha con el resto de las tropas, y Aristomeno recorría la columna animando á todos y conservando el mejor orden.

A penas hubieron derribado el parapeto para principiar su marcha, cuando el sacerdote Teoclo, adornado de sus vestidos sacerdotales, y con la cuchilla de los sacrificios en la diestra, dirigiéndose al Apetida, despues de haber besado misteriosamente la tierra: Salva á los Mesenios, le dijo, que este es tu deber; el mio, sacrificarme á los dioses que piden una noble víctima, y nadie puede disputarme esta gloria en salud de los míos. Manticlo desesperado se arrojó á sus plantas, Gorgo y Aristomeno trataron de disuadirlo de su intento, mas el sacerdote con pausada gravedad les impuso silencio de parte de los dioses, y les mandó que continuasen su marcha sometidos á su voluntad, pues no hacia mas que obedecer á sus preceptos anunciados en las entrañas de las víctimas que acababa de sacrificar. Concluidas estas palabras se adelantó intrépido hácia los absortos Espartanos, y cuando estuvo á muy corta distancia de sus primeras filas: Espartanos, les gritó, el sacerdote del so-

berano padre de Itoma os dice que Mesenia cae, pero que volverá á levantarse, y Esparta sucumbirá para no volver á figurar en el número de los imperios. ¿No ois á los mismos dioses? Un trueno se hizo sentir por la derecha del sacerdote. Entonces se precipitó impávido sobre los Espartanos, descargando la sagrada cuchilla por todos lados, y lanzando horrosas imprecaciones contra sus enemigos. Los Espartanos admirados quisieron respetar sus canas, pero los estragos de su brazo obligaron á sujetarlo, lo que no siendo posible, cayó tendido de un golpe mortal, y espiró clamando á los dioses por piedad para el pueblo mesenio.

Los Espartanos quedaron atónitos á vista del sacrificio que habia hecho de su vida aquel anciano. Entre tanto el pueblo mesenio se habia ido adelantando al son de las flautas y trompetas guerreras. Haced lugar, ó Espartanos, gritó el Apetida con atronadora voz al acercarse á sus primeras filas, y al momento los principales gefes y soldados mesenios blandieron las pesadas lanzas, resueltos á romper á toda costa por entre los enemigos. Anajandro contuvo á sus soldados, y mandó que abriesen paso al magnánimo Apetida: los Espartanos obedeciendo la orden de su rey se abrieron en dos filas, y los Mesenios pasaron por su intermedio como en triunfo, guardando el mayor silencio, y apresurando la mar-

cha. Los Espartanos admiraban el paso atrevido del Apetida y reflexionaban cuanta sangre se hubiera vertido sin la prudencia del rey Anajandro, dando gracias á los dioses por el término de tan larga y desastrosa guerra.

Aristomeno encaminó á los suyos hácia el Neda. Asi que llegó á sus márgenes echó por última vez las dolorosas miradas sobre el pais que abandonaba y no pudo sujetar los profundos suspiros que ahogaban su corazón. Evergétidas se paró, miró al rededor de sí, llamó al Apetida, y con segura voz le dijo: Hasta aqui te he acompañado, generoso y valiente Apetida: ya vosotros dejasteis de ser Mesenios: yo pretendo quedar en Mesenia, muriendo como tal: y dirigiéndose al ejército gritó en alta voz: El que no pueda sobrevivir á su patria que se una á mí. Cincuenta Mesenios, los mismos que habian hecho el juramento en el altar de las Euménidas, salieron de entre las filas y se unieron á Evergétidas.

El Apetida, inmóvil y agitado, no sabia qué partido tomar; pero el sensible Gorgo adelantándose hácia su padre: ¡Oh querido padre! cumple, le dijo, con el deber que los dioses han fiado á tu cargo, y deja que Evergétidas cumpla con el juramento que ha hecho á las Euménidas: sin embargo, ó malhadado jóven, concluida está la guerra, dijo, dirigiéndose á Evergétidas, y nada te han de pedir los dioses por tu juramento si han

consentido en que no sucumbieses en las continuas luchas en que has dado muestras del esfuerzo de tu brazo y del valor de tu magnánimo pecho : ven, ó Evergétidas, ven adonde los dioses nos guardan una nueva patria y... Evergétidas con algunas lágrimas en los ojos que no fué dueño de contener, interrumpió á Gorgo, apretándole estrechamente á su seno, así como al Apetida, y desprendiéndose de entrambos : ¡ Oh generosos Apetidas, raza privilegiada de los dioses, y nietos del grande Hércules ! vivid, vosotros á quienes plúgo á los dioses elegir para las altas empresas que han de ser, y dejad que mis cenizas descansen en la tierra que fué patria nuestra. Aristomeno no habia pronunciado todavía una palabra : al fin, dirigiéndose á Evergétidas y á los cincuenta Mesenios que lo rodeaban : Ya que estais resueltos á sacrificaros á la memoria de vuestra patria, exclamó, sea haciendo el último esfuerzo por salvarla. Los Espartanos se hallan sobre el Era entregados al saqueo de nuestras casas : Mesenia ha caido; pero aun puede arrastrar en su caída á la misma Esparta. Marchemos por el otro lado de los montes, y sorprendamos la ciudad : luego que llegue la noche nos separarémnos de nuestras mugeres y ancianos, que podrán proseguir su marcha bajo la custodia de unos pocos soldados. Todo el campo retumbó con los gritos de aplauso y alegría al atrevido plan del intrépido Apetida.

Al momento se reunieron de nuevo y prosiguieron la marcha con todos los demas Mesenios. Al acercarse al monte Olimpo vieron venir hácia ellos un grupo considerable de gente. Eran los Arcadios que habian salido á su encuentro. A penas se reconocieron cuando un llanto general se hizo sentir por todas partes. Los Arcadios no pudieron contener sus sollozos al ver venir á sus amigos cubiertos de sangre y polvo. ¡Nuestros amigos! ¡nuestros hermanos! exclamaban, y se introdujeron en sus filas, aligerándoles del peso de sus armas, del de sus hijos y de cuanto llevaban consigo. En seguida contaron con el mayor sentimiento, como su rey Aristocrato les habia impedido ir en su auxilio. Supimos vuestros peligros, decian, y corrimos todos á las armas; pero nuestro rey nos prohibió emprender la menor cosa en socorro vuestro, y ayer se nos dijo que el Era habia sido conquistado, y que todos habiais perecido al hierro de vuestros enemigos; quisimos cerciorarnos con nuestros propios ojos, y salimos para encaminarnos al Era. Luego repartieron los víveres que traian, entre los Mesenios, consolándolos y ofreciéndoles que les darian tierras y pueblos en donde establecerse; pero Aristomemo les hizo saber el plan que habia concebido, y que en caso de salir fallido, Gorgo debia ir en busca de nueva patria al occidente de los mares de Grecia. Luego que los Arcadios

supieron el proyecto de los Mesenios de ir á sorprender la ciudad de Esparta , se alistaron todos para servir bajo las órdenes del magnánimo Apetida , y sin perder tiempo se pusieron unos y otros sobre las armas , y una partida de jóvenes se encargó de conducir á salvo á las mugeres y ancianos de los Mesenios. Luego que el rey Aristocrato supo la osada empresa del Apetida , envió con la mayor diligencia un secreto mensaje á Anajidamo , el cual llegó á tiempo de poder salvar la ciudad , marchando á su socorro con la mitad de su ejército. El ejército mesenio no pudo llegar ántes por el largo rodeo que debia hacer para no ser visto hasta el momento de la ejecucion. Antes del amanecer del tercer dia , se hallaba Aristomeno apostado detras de unos montes , apercibiendo á sus tropas y dando las disposiciones para dar principio al ataque , al romper el dia , pero uno de los puntos avanzados le envió un prisionero , el cual era un Cretense , que habiéndose aparecido y dado muestras de turbacion habia sido interrogado ; y á vista de la confusion de sus respuestas y de algunos pliegos que le habian hallado escondidos , el gefe del puesto lo habia mandado á presencia del Apetida para que examinase los papeles , y al mismo portador. Entre aquellos papeles se encontró una carta de Anajidamo en la cual daba las gracias á Aristocrato por el aviso que le acababa de dar

acerca de las operaciones de Aristomeno contra Esparta.

Atónitos y horrorizados quedaron Arcadios y Mesenios al ver los testimonios de la inaudita traicion, de modo que los primeros, avergonzados y enfurecidos, se dispusieron á tomar la mas cruda venganza sobre su pérfido rey; por lo que se marcharon precipitadamente á completar la venganza dando muerte á su rey, acabándolo á pedradas y arrojando su cadáver fuera de los confines de la Arcadia.

Asi que hubieron partido los Arcadios, Aristomeno se dirigió á Evergétidas y le dijo: los dioses no quieren la venganza, y tú no debes ya obstinarte en tu funesta resolucion. «Sí, Aristomeno, respondió Evergétidas, mi juramento ha sido triunfar de Esparta ó morir; no te pongas disuadirme.» Al concluir estas palabras tomó sus armas, y con él las tomaron sus cincuenta compañeros, y dirigiéndose á los demas Mesenios, que miraban con dolor la infalible pérdida de sus amados compañeros: ¡Adios quedad, ó amados compatriotas! ¡Adios! exclamaron todos, en las márgenes de los Eliseos volveremos á vernos. Los Mesenios respondieron con llanto á sus palabras, y Evergétidas con presuroso paso se dirigió por el Neda abajo, al frente de los cincuenta guerreros, hácia el Era.

A media noche treparon por las sendas de la

roca, llegaron á las puertas que encontraron mal defendidas, y degollando á la guardia, entraron por las calles entonando el himno de la muerte. Los Espartanos corrian por todas partes á reunirse para rechazar el inopinado ataque, pero ¡cuan terrible fué la última efusion de sangre de Espartanos y Mesenios! Evergétidas recorria furioso toda la ciudad, poniendo fuego á las casas. Las llamas volaban á los cielos, é iluminaban á par del sol del medio dia el lugar de la final pelea; caian los sillares, y con ellos los elevados techos que sostenian, sepultando á los descuidados Espartanos, que ignoraban el terrible acaso. Al fin Anajandro con todas las tropas que pudo reunir venia furioso contra los Mesenios, y en medio de la plaza del Era se trabó el arduo combate, el último y el mas terrible que jamas se habia trabado entre estos dos pueblos.

Los combatientes de una y otra parte se estrechaban mas y mas, y las lanzas y las espadas mezclaban sus estallidos á los rudos gritos de los fieros y encarnizados combatientes. En este singular combate no se pensaba en el camino de la fuga, sino en el de la victoria por parte de los Espartanos, y solo en el de la muerte por parte de los Mesenios. Anajandro perdió algunas veces su acostumbrada serenidad: jamas habia peleado con tan terrible enemigo, ni el brazo del mismo Apetida podia compararse en este

momento al del furioso y desesperado Evergétidas. Los Mesenios ni sentían ni se quejaban de sus mortales heridas, y aun muriendo mataban postrados y cubiertos de sangre, luchando con la mortal agonía. ¡Por tres veces tuvieron que retroceder los Espartanos á pesar de su excesivo número, y algunos se precipitaron sobre las llamas para huir de la espada asoladora del impávido asaltador. Anajandro los volvía al combate, y cada vez se hacia mas crítica la acción. Los Mesenios que aun vivían se estrechaban como en sólida mole, y cargaban al enemigo con nuevo encarnizamiento. Cada vez que caía uno de sus compañeros, «adios» le gritaban todos juntos, pronto vamos á tí: todos en fin sucumbieron, y Evergétidas quedaba solo. Anajandro mandó á los suyos que dejasen de hacer armas, y con imponente voz: ¡Oh claro Evergétidas! gritó, suspende tu brazo. Harto espantosa ha sido la venganza de Mesenia, y todo el triunfo de Esparta se reduce á un monton de cenizas: vive, ó intrépido y magnánimo guerrero, para sosten y defensa de tu nueva patria; yo te juro que podrás volverte ileso á los tuyos, que saben que mis juramentos son inviolables. Evergétidas insensible á las magnánimas palabras del rey Espartano: no es posible, ó generoso Anajandro, le contestó: el mayor de los beneficios que hoy puede hacerme tu brazo es el asestar contra mi pecho el

golpe que ponga fin á mi existencia. Los cadáveres de mis compañeros yacen en torno de mí, y su sangre tiñe mi cuerpo : sus magnánimas sombras no pasarán el Leteo , sin que allá vaya la mia : ¿quieres que el que los llevó á la muerte, los abandone cobarde y traidoramente? y se precipitó sobre la primera fila de los atónitos y suspensos Espartanos que á penas atinaban á defenderse de un hombre solo. Anajandro queria salvarlo ; pero un terrible golpe , llevado por Evergétidas sobre su cabeza, derribó su casco y lo hizo bambolear y caer. Los Espartanos sintieron escitarse de un nuevo furor, y acometiéndole por todas partes, no le dieron lugar á otro golpe: la espada de una mano desconocida penetró su espalda, y dejó ver la roja y afilada punta por su pecho. Evergétidas cayó entonces, rindiendo el último suspiro con estas palabras : pueda mi muerte aplacar la ira de los dioses sobre Mesenia. Anajandro que aun no habia podido recobrase, al intentar levantarse vió el cuerpo del héroe á su lado, y tomándole la inerte mano: ¡Oh! ¿quien es mas culpable, tú que has querido tomar tan cruda cuan inútil venganza, ó mi injusta patria que te impulsó á tanta desesperacion? Entonces se levantó, y contempló un momento el excesivo número de cadáveres que cubrian la plaza del Era, y exalando profundos suspiros, dió orden para que se encendiesen grandes ho-

guerras, y fuesen consumidos por las llamas. Concluida la operacion reunió el ejército que encaminó á Esparta, abandonando el Era, lugar de ominoso y funesto recuerdo á toda la Laconia. Tal fué el desastroso fin de las guerras entre el pueblo espartano y mesenio.

MIENTRAS tanto Aristomeno dió disposiciones para que todos los Mesenios diseminados por los varios pueblos de la Grecia se reuniesen con los que debian partir bajo la conducta de Gorgo, despues de lo cual, se dirijieron á Cilena con sus tesoros. Los Elios les dieron buena acogida, y todo el Pelopenoso los proveyó de víveres y de bajeles. Aristomeno todavía resentia de cuando en cuando el vivo sentimiento de venganza, y en uno de estos momentos propuso á su hijo el apoderarse de la isla Zazinto, para desde dicho punto devastar las costas espartanas. No, padre: le contestó Gorgo, ya no debe correr mas sangre: y no en disminuir nuestro pueblo, sino en acrecen-

tarlo, es en lo que debemos pensar en lo sucesivo. Nuestro suelo patrio está perdido, y concluida la guerra con Esparta. La memoria de sus injusticias y de sus crueldades ha desaparecido como un sueño. Paz ¡oh querido padre! ¡ paz á los infelices Mesenios! Tú les enseñaste á despreciar la vida en el rigor de los combates; yo les enseñaré á ser felices. Aristomeno, penetrado de las razones de su hijo: « Sí, le contestó, enséñales á ser felices y que lo sean en efecto. ¡ Oh Esparta! ¡ Esparta! ¡ Cuando dejará tu memoria de despedazar mi corazón! ¡ Ah! Yo me he vengado, pero Mesenia ha desaparecido de la Grecia. Corre: apresúrate, hijo mio, ves á fundar otra nueva patria, y lleva contigo la protección de los dioses.»

Al entrar la primavera salió finalmente Gorgo con los Mesenios á bordo de las naves que le suministraron los Elios. En el momento de marchar se echó de nuevo á los pies de su padre y le suplicó de acompañarlos. No, respondió Aristomeno, mi destino es de vivir cerca de Esparta: vé, hijo mio, funda tu nueva patria, y no olvides jamás la antigua. Yo me encaminaré á la peña de Otriado: allí está la mansion de los desgraciados, y allí espero acabar mis días. Abrazó en seguida á su hijo, á sus nietos, á Pandion, al anciano Otriado y á sus demás amigos, y les acompañó hasta las naves. Cuando aquellos se

hicieron á la vela , se postró en el suelo , ocultó su cabeza con el manto , y exaló un profundo suspiro , gritando con dolorosa voz : « ¡ Ahora venciste , Esparta ! »

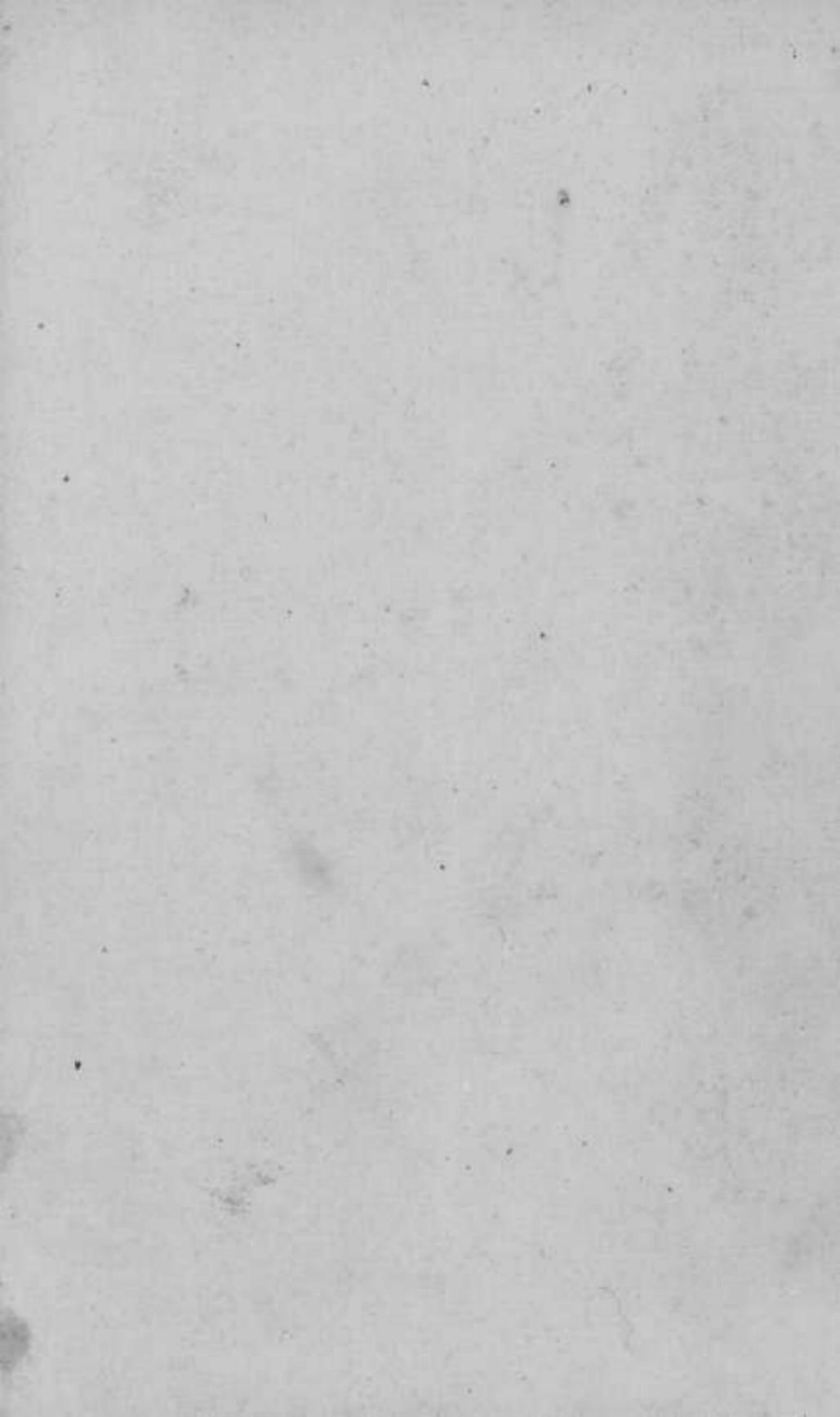
Solo y sumergido en el mayor desconsuelo , no pudo permanecer muchos dias en la costa. En el mismo lugar de la playa donde se habia despedido de los suyos , hizo un sacrificio á Neptuno , y se encaminó despues á la roca de Otriado.

Los Mesenios navegaron con próspero viento hácia poniente , siguiendo las costas de Italia. El primer puerto en que desembarcaron fué Regio , en donde habitaban Mesenios fugitivos , de los que marcharon cuando la pérdida de Itoma en la primera guerra. Las desgracias de estos nuevos espatriados y la fama de sus heróicos hechos habia precedido á su llegada , y fueron recibidos con aclamaciones en el mismo puerto. Las lágrimas corrian en abundancia en unos y otros , y Anaxilas que era el gefe supremo de esta colonia , les ofreció habitaciones y terreno en que establecerse ; pero reusaron su oferta porque estaban comprometidos en una guerra con sus vecinos , y habian hecho juramento de no hacer armas hasta haber fundado su patria. Arquidamia encontró en Regio á su amado Falanto , y Zeona á su padre. Las dos estaban sentadas en la playa esperando el momento de volverse á hacer á la vela , mientras Gorgo daba sus disposiciones.

En aquel instante ancló una nave en el puerto. ¡De Tarento! oyó Arquidamia que decian los recién llegados, y se levantó conmovida, y corrió hácia el lugar en que se habia situado la nave: ¡Sois Terentinos! preguntó á los llegados: ¿Vive aun Falanto? «Vedlo ahí que salta en tierra nuestro príncipe» respondieron los marineros. Arquidamia corrió á los brazos de su esposo, y Zeona se echó á sus pies. «¡Ya no conoces á tu Arquidamia y á tu hija Zeona!» exclamó aquella. Falanto mudó de color. Quería abrazar á su esposa y á su hija, y la sorpresa y el extremo gozo tenian embargado todo su corazon. Gorgo llegó en este momento; pero en vano se esforzaria la pluma en describir las tiernas escenas que aqui se pasaron. Gorgo dió orden de suspender la marcha, y sentados con Falanto y con sus amigos, se hicieron mutua relacion de sus acasos. Gorgo espuso al padre de Zeona que iban en busca de una nueva patria, y Falanto le instó para que pasase á Sicilia, asegurándole que en ninguna otra parte hallaria circunstancias mas favorables á su objeto. Siguiendo el dictámen de Falanto, los Mesenios se hicieron á la vela, y navegando felizmente, entraron en el puerto de Zanca obligados por el recio viento. Los habitantes de la ciudad, que eran todos piratas, se echaron desde luego sobre la nave terentina, que era la primera que habia llegado al puerto; pero

los Terentinos y Mesenios desembarcaron, y los cargaron de repente, obligándolos á la fuga. Los piratas viendo la muchedumbre de guerreros desembarcados, cuando creían encontrar buques mercantes á quienes despojar, y creyendo que no fuese alguna expedición griega, venida con el objeto de reprimir y castigar sus piraterías, se embarcaron apresurados en los buques que tenían en sus ensenadas, y abandonaron el país á toda prisa. Falanto dirigiéndose á Gorgo, y estrechándole en sus brazos: «El cielo, le dijo, os depara aquí una nueva patria; y al pronunciar estas palabras retumbaron por la bóveda celeste los ecos de un trueno. ¡ Nuestra patria! gritó Gorgo, y los Mesenios repitieron alborozados: ¡ Nuestra patria! Todos se postraron de rodillas, y levantando las manos al cielo dieron gracias á los dioses por el feliz término de tantas fatigas. Besaron el suelo, y de este modo tomaron posesion de Zaucla. Pasados algunos dias Falanto se hizo á la vela con su esposa Arquidamia entre los vivas y aclamaciones de sus amigos, y se dirigió á Tarento. Gorgo estendió la ciudad que hasta entonces habia sido guarida de los piratas, y la llamó Mesenia ó Mesena (ahora Mesina.) Hizo paz con sus vecinos, y procuró mantenerla. Pandion dictó leyes benéficas, y Gorgo estendió reglamentos, cuyos principios eran la paz. Gorgo, Pandion y cada Mesenio, educados

en la escuela de la desgracia, estaban convencidos de que todos los males son mas fáciles de sobrellevar que los que provienen de disensiones intestinas de un estado, y que las guerras que ocasiona la animosidad de partido. Construyeron naves, y pronto llevaron la abundancia de sus granos á Grecia é Italia. Su prosperidad se fué acrecentando rápidamente, pues no solo eran justos, sino benéficos con próximos y con estraños. Dentro de pocos años era ya la nueva Mesenia un reino floreciente, colmado de felicidad y de alegría. Solo un dia de luto tuvieron los ya felices Mesenios, y este fué cuando supieron la muerte del magnánimo Aristomeno. Murió en Rodas disponiéndose para pasar á la Media, con el fin de inducir á aquel poderoso Monarca á una guerra contra Esparta. Esta dispuso grandes sacrificios á los dioses en accion de gracias por el acontecimiento, no considerándose segura mientras viviese Aristomeno. Solo Anajandro se condolió de su fin, y al saber la noticia, exclamó: «Si Esparta no hubiese sido injusta, tambien ahora hubiera tenido motivo para decir de él: *Fué el mejor y el mas grande de los hombres.*»







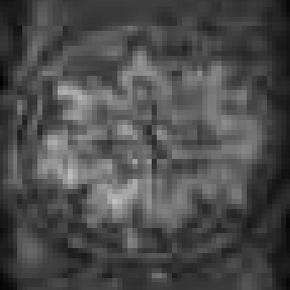
Biblioteca Pública de Soria



71676010 DR 10154 (V.2)

D
10

OFFICE



OFFICE

OFFICE

OFFICE

OFFICE

OFFICE

OFFICE



DR
0154